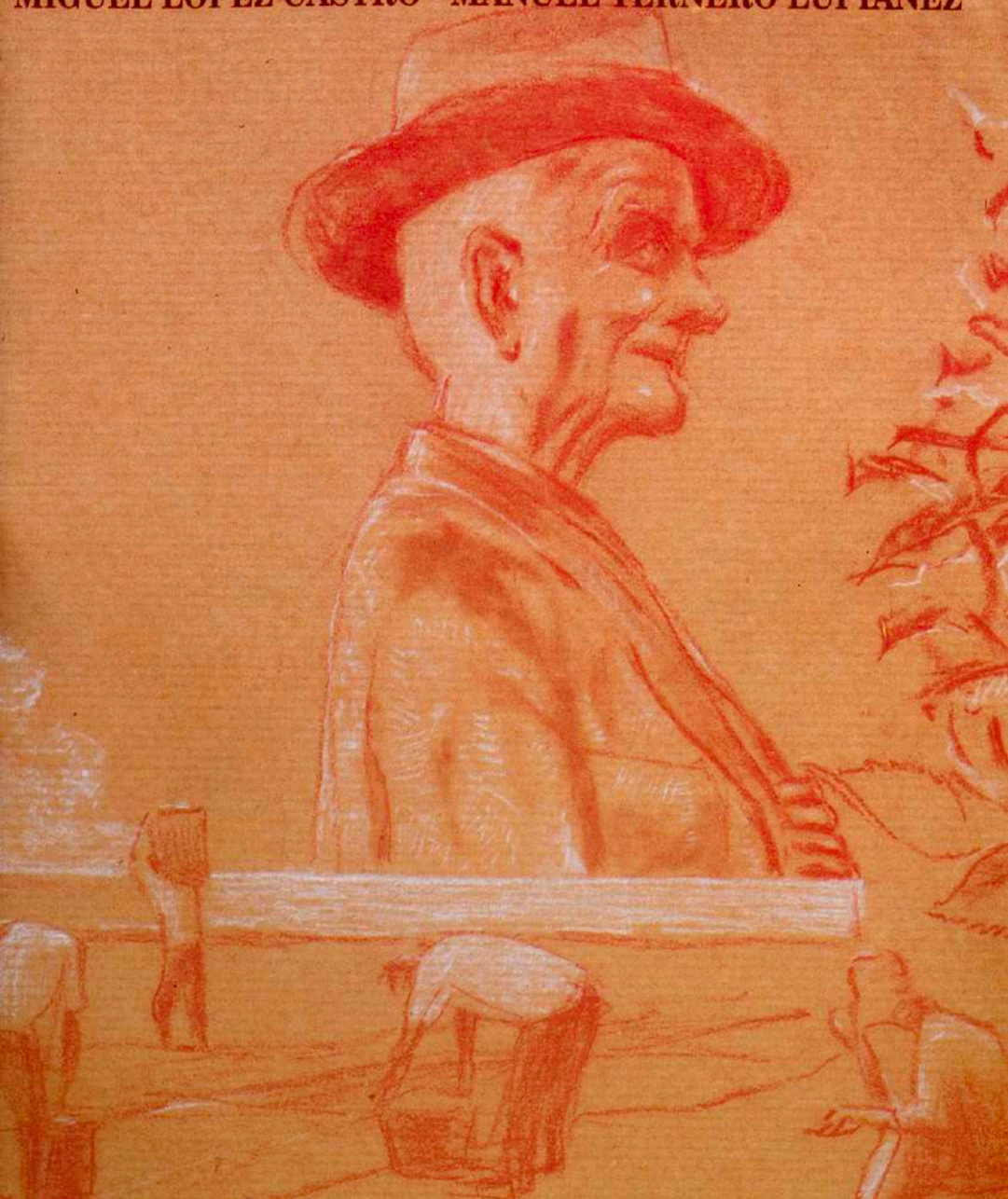


MIGUEL LÓPEZ CASTRO - MANUEL TERNERO LUPIÁÑEZ



EL NIÑO DE LAS MORAS:
entre la mar y el campo.

PRESENTACIÓN

El Niño de las Moras es un personaje singular en la historia del flamenco y en la de su barrio, El Palo; es también, como se desprende de la lectura de estas páginas, un ejemplo de humana sencillez, de amor a su familia y a todos los que formaron su universo vital.

Desde niño conoció la dureza del trabajo del mar y, al tiempo, quedó prendido en la magia simbólica de su realidad, por paradójico que pueda parecer. Uno de los mayores placeres de sus últimos años era sentarse en la orilla y canturrear mientras miraba el horizonte. Este profundo enraizamiento con su mundo de siempre explica mucho de su trayectoria vital.

Es más que conocido su recurso de pregonar las moras que vendía por las calles de Málaga, especialmente por la Victoria y el Camino Nuevo. Este trabajo que desarrolló varias veces a lo largo de su vida movido por la necesidad le otorgó el nombre artístico por el que es conocido, aunque también se le nombró por el Rascones o el Comparito.

Desde niño cantó con dotes que sorprendieron a sus contemporáneos y que le llevaron a compartir cartel con el Cojo de Málaga, su admirado Juan Brea y don

Antonio Chacón. Cantó en Andalucía, en Madrid, Barcelona, Marruecos y otros muchos lugares; pero siempre volvió al Palo, a sus hijos, a Dolores —gran aficionada a su vez al flamenco—, a sus amigos.

Los tiempos que aquí se historian fueron de dificultades sin cuento que Juan sobrellevó con dignidad y estoicismo ejemplares, como buen marengo que era. El libro está lleno de anécdotas que ilustran su vida y su ambiente. De todas ellas se desprende una profunda humanidad y un amor a su familia verdaderamente singular.

Nos encontramos ante una obra escrita desde el amor a la personalidad de Juan y a su barrio. Los autores han dedicado muchas horas para documentarse, han grabado entrevistas y han vivido —Manuel Ternero es nieto del cantaor— el día a día del hombre y su entorno.

Estamos ante una obra necesaria. Es para mí una gran satisfacción que el Área de Cultura patrocine esta edición que es un homenaje de Málaga a uno de sus hijos, una voz de la Málaga eterna del cante.

CELIA VILLALOBOS
Alcaldesa de Málaga

ÍNDICE

	<u>PÁGINA</u>
PRESENTACIÓN	7
AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO	13
1.—ORÍGENES	17
2.—EL BARRIO	23
3.—DE LA TRALLA AL CANTE	29
4.—SU MUNDO MARENGO	41
5.—LAS PRIMERAS MORAS Y LOS PREGONES	49
6.—EL PRIMER CONTRATO	55
7.—LLEGÓ EL ÉXITO	57
8.—LA GUERRA CIVIL Y CHICUELO	71
9.—LLEGÓ LA TERRIBLE POSTGUERRA	101
10.—AMBIENTES FLAMENCOS Y SUPERVIVENCIA	111
11.—LA PEÑA JUAN BREVA Y EL RECONOCI- MIENTO	123
12.—SU DESPEDIDA	145
13.—¿QUÉ NOS DEJÓ EL NIÑO DE LAS MORAS?	159
14.—ANEXO	179
15.—BIBLIOGRAFÍA	187
16.—FOTOGRAFÍAS	189

MIGUEL LÓPEZ CASTRO
MANUEL TERNERO LUPIÁÑEZ

**EL NIÑO DE LAS MORAS:
entre la mar y el campo.**

MÁLAGA, 1997

© Miguel López Castro
Manuel Ternero Lupiáñez

EDITA: Ayuntamiento de Málaga.
Área de Cultura.
Málaga, 1997.

PORTADA Y PINTURAS EN EL INTERIOR:
José Enrique Martínez de la Ossa Fernández.

I.S.B.N.: 84-89883-07-6

Depósito Legal: MA-972-1997.

EL NIÑO DE LAS MORAS:
entre la mar y el campo.

*A Juan Casillas, con todo el cariño,
por la amistad y los hermosos cantes
que nos dejó en El Palo.*

AGRADECIMIENTOS

Como en toda obra el autor (autores en este caso), tiene que agradecer las colaboraciones que recibió para poder realizar dicha obra, en nuestro caso la lista de personas puede ser extensísima, pero sabemos que aunque queramos recoger a todos/as siempre nos quedará alguien en el olvido, así que antes de nada queremos pedirle perdón a todos /as, pues no es esa nuestra intención.

En primer lugar agradecemos su colaboración inestimable a los familiares del Niño de las Moras, igualmente a las sobrinas de El Pena hijo y Pena padre, y a familiares de el Chicuelo. Continuamos los agradecimientos a vecinos que conocieron al Niño de las Moras y que aportaron datos y anécdotas que han sido fundamentales para completar este libro.

A Manuel Alcalá y Toñi Corpas, por su esforzada ayuda en las correcciones y estilo.

A Juan Luis, Martín por su ayuda en las entrevistas a los familiares de "El Chicuelo".

A Eugenio Chicano y a Manuel Peláez por las fotografías aportadas.

A la Asociación de Vecinos de El Palo, por poner a nuestra disposición sus archivos y todo tipo de facilidades para que esta obra pudiera publicarse.

A Manuel López Castro por su ayuda con las fotografías a través del ordenador.

A Antonio Carmona Flores, por aportarnos sus conocimientos y estudios realizados por él sobre la incidencia de la Guerra Civil en El Palo.

A Antonio de Canillas, Cándido de Málaga, José Luque Navajas, Alfredo Arrebola y Pepe Baena, por prestarse a conversar con nosotros, sobre sus experiencias con el Niño de las Moras.

A José Martín Lorente por la grabación del "Zarapico".

A Pepe Hidalgo por ayudarnos a reconstruir la época en la que Juan visitaba la Peña de Juan Breva y sobre todo por la gran amistad que siempre nos ha brindado.

Al poeta Eugenio Castillo Cañete por sus poesías y su ayuda.

A Manuel Alcántara por el hermoso prólogo que nos ofrece a pesar de su apretadísima agenda.

A José Enrique Martínez de la Ossa por sus magníficas creaciones pictóricas para esta obra.

Seguro que se queda alguien en el tintero, le pedimos que nos excuse y le damos las gracias.

PRÓLOGO

Aquel niño huérfano que jugaba por las Cuatro esquinas no sabía que iba a ser el Niño de las Moras. Juan Ternero Rodríguez es Juan español, Juan de Málaga, Juan de El Palo, pero a este Juan le pasó lo mismo que a muchos juanes de su época, de su patria y de su barrio: nunca fue a la escuela.

Su pupitre fue la jábega y sus únicos lápices fueron los escálamos. Hay que partir de esa injusticia para entender la limpia existencia de este ruseñor de las bocacalles. Eso es lo que han hecho, con infinito amor, sus biógrafos Miguel López Castro y Manuel Ternero. En la memoria del aire malagueño que siempre va a su aire, incluso cuando hay terral, están los pregones de aquel hombre bueno que supo ganarse la vida al mismo tiempo que la hacía más hermosa con su cante. Miguel y Manuel, al recorrer las vicisitudes del sonoro mito paleño, han escrito un estremecedor documento: esta apasionada biografía es también un tratado de sociología.

Fíjamente recuerdo a aquel hombre, mucho más pequeño que su voz, que pregonaba su mercadería por

la calle Lagunillas arriba. Recuerdo el canasto de caña y la moqueta de hojas de morera donde se alineaban las moras *mauritas*. Recuerdo también sus manos coloradas y su traje siempre manchado, que demostraba que no debe ser cierto eso de que la mancha de la mora con una verde se quite. Cuando yo era niño, El Niño de las Moras, que lo fue siempre, me parecía que estaba volviendo de alguna guerra antigua, “lleno de sangre, lo mismo que un capitán”. Ignoraba yo entonces que quien ofrecía el postre por las plazuelas aprendió a pregonar cantándole tarantas al rebalaje y que tenía una vida llena de avatares y de penalidades y un corazón tan numeroso que se le subía a la garganta: por cada mora una soleá. Que nadie se confunda: Juan Ternero no fue un vendedor que cantaba, sino un cantaor que vendía. Creó un estilo y el estilo, bueno es recordarlo, es siempre el hombre.

Un hombre cabal que llegó a ser su propia estatua antes de que se la erigieran. Un hombre al que llamaron niño hasta los ochenta y cinco años, quizá porque fue siempre un providencialista y tenía intacta la inocencia. En la última fase de su vida, que fue dura y sonora, como una tormenta en alta mar, tuvo el reconocimiento que supone el premio en el concurso nacional del Cante de las Minas, en La Unión, y el cariño de sus amigos de la Peña Juan Breva, pero el verdadero reconocimiento le llega ahora, con este libro escrito con emoción y sencillez. Sus autores han sabido rescatar su figura humana y su rango de cantaor, precisamente aquí, donde tanta propensión existe a confundir lo típico con lo cochambroso y donde

casi nadie parece reparar en que aquellos cenacheros a los que Juan ayudaba en su infancia, sostenían, en cada brazo, los platillos de la balanza de la injusticia. Mucho más que un tipo pintoresco fue Juan Ternero, Juan español, Juan de Málaga, Juan de El Palo. Si hay cielo, cosa aún no comprobada a pesar de los insistentes rumores, allí tiene que estar. No se le puede negar la entrada a un niño que nunca fue al colegio y después se ganó su larga vida pregonando moras por martinetes y malagueñas.

MANUEL ALCÁNTARA

ORÍGENES

Muchas veces se ha escrito sobre la fecha de nacimiento del Niño de las Moras, la mayoría de ellas erróneamente. El Niño de las Moras también contribuyó (de manera no intencionada) a los equívocos cometidos sobre su fecha de nacimiento: más de una vez manifestó dudas sobre ella, incluso, ante las preguntas de periodistas. La fecha verdadera según reza en su partida de nacimiento es el 19 de Septiembre de

Nació en <u>Malaga</u> prov. <u>ed</u>	
el <u>19</u> de <u>Septiembre</u> de <u>1889</u> Hijo de _____	
y de <u>Francisca</u> E. civil <u>V.</u> Prof. <u>Journalista</u>	
domic. en <u>Malaga</u> prov. <u>ed</u>	
calle <u>P. Callisou Artilla</u> n. <u>11</u>	
Expedido en <u>Malaga</u> prov. <u>ed</u>	
el día <u>19</u> de <u>Septiembre</u> de <u>1908</u> Caduca a los 5 años	
Grupo sanguíneo:	Firma del titular, <u>No Fabi</u>

FOTO 1.—Reverso del D.N.I

1886. Se desconoce el motivo, pero en el D.N.I., que aún conserva la familia, figura el 19 de septiembre de 1889.

El Niño de las Moras nació en la calle Olivar, una de las más antiguas de la barriada de El Palo. Incorrectamente se ha escrito que nació en el n.º 11 de la calle Altillo por haber vivido esta casa durante años. Sin embargo, antes de en ésta también habitó en la zona más popular y pobre de El Palo: Las Cuevas. Así pues, tenemos que nace en calle Olivar, más tarde vive en Las Cuevas y, posteriormente, durante una gran parte de su vida vive en calle Altillo n.º 11. Será después cuando cambie al n.º 17, donde muere. Estas cuatro casas apenas distan 100 metros una de la otra.



Wátasá — Cuevas del Palo
FOTO 2.—Las Cuevas.

La muerte le llega el día 20 de Junio de 1970. Casi 85 años de fatigas y satisfacciones que aportaron al cante un sabroso legado, y a las personas que le conocieron el gusto de haber convivido con una gran persona, con un ser humano que podemos definir como esencialmente bueno.

Las imprecisiones vuelven a aparecer de nuevo en los datos relativos a su nombre completo; tanto es así que, incluso, el carnet de identidad se contagia de ello y le roba su segundo apellido. En este caso, tal vez la culpa se deba al excesivo puritanismo hipócrita de la sociedad en la que le tocó vivir. Su madre, Francisca Rodríguez Mingorance, quedó embarazada antes de casarse, y con tan mala suerte que antes de dar a luz murió de viruela su compañero, convirtiéndose en madre soltera. Es así que nuestro protagonista, Juan, nace "sin padre", lo que era rechazado por la sociedad de aquel entonces.



FOTO 3.—Anverso del D.N.I

EL BARRIO

Su barrio en estos años de finales de siglo era como un pueblo mitad agrícola y mitad pesquero. Era una barriada abrazada por la naturaleza: el campo y la mar, dos grandes ecosistemas que se daban la mano para mimarla. El Palo se situaba entre el orgulloso monte San Antón y el, entonces limpio, mar Mediterráneo. Estaba formado solamente por dos filas de casas que flanqueaban la carretera de Almería. ¿Cómo se fue formando este barrio?

La carretera, eje de El Palo desde mediados del siglo, fue haciendo el papel de dique de contención del mar. Su construcción y el aporte de materiales de los arroyos hizo que la mar se retirara de manera sorprendentemente rápida, apareciendo zonas semipantanosas que, poco a poco, se irían transformando en ricas huertas separadas de la playa. Posteriormente fue formándose una nueva línea de casas entre la carretera y la playa. A su vez, en los deltas de los arroyos también se ocupan las casetas de enseres de pesca formando otra línea de casas.

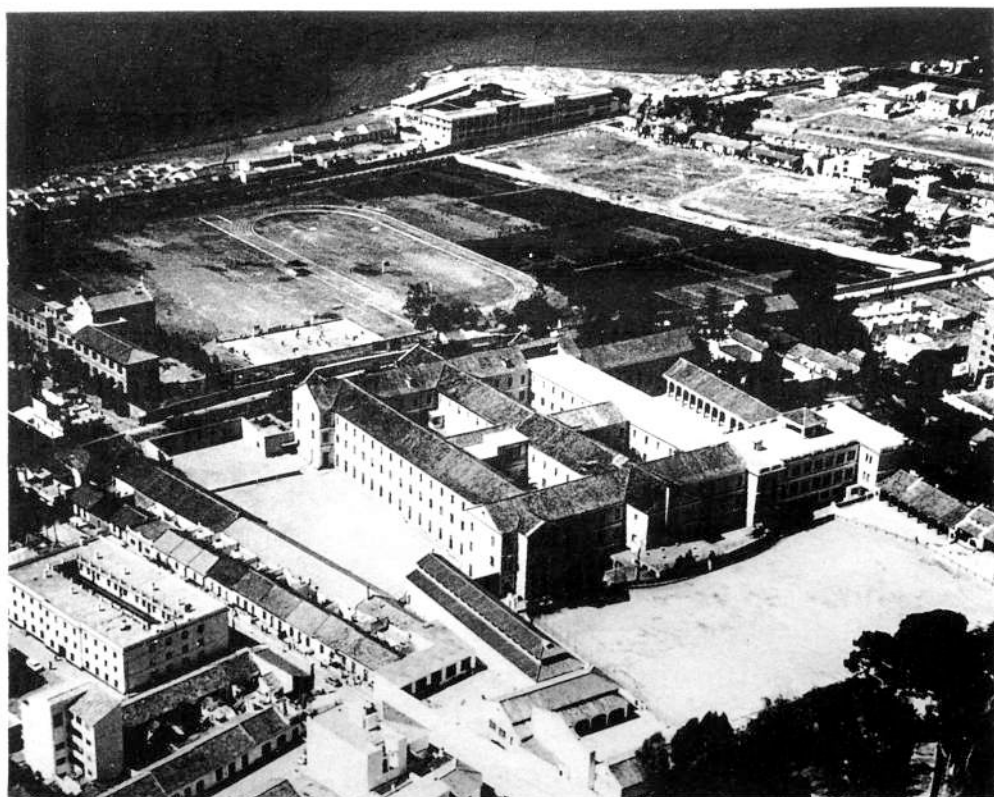


FOTO 5.—Entre el colegio de San Estanislao y las casas de la playa todo eran huertas.

Por estos años ya existía la actual configuración de El Palo. Recordemos que la iglesia de Las Angustias fue inaugurada en el año 1893 y que el colegio de San Estanislao data de 1882.

Fue algo más adelante, a principios de siglo, cuando se establecen las grandes acciones ordenadoras de la ciudad de Málaga:

A) Se amplia el puerto de Málaga con piedras de la cantera del Morlaco, lo que permite por fin el paso de la carretera actual, abandonándose así la del camino de la Desviación, que desde entonces queda en segundo termino.

B) Se construye el ferrocarril de vía estrecha de Málaga a Vélez, conocido por todos como “La Cochinita”; también los de Málaga-Fuengirola y Málaga-Coín. Estos tres trenes confluían en el puerto de Málaga.

C) Por último se construye la línea de tranvías de Málaga a “las cuatro esquinas”, que convierte a El Palo y Pedregalejo en barrios de Málaga. Estas circunstancias hacen de El Palo un lugar de residencia y ocio dominguero de la pequeña y gran burguesía, pero también dormitorio de algunos trabajadores que irán todos los días a trabajar a la ciudad



FOTO 6.—Las Cuatro Esquinas con la Fuente de la Olla.

El auge económico de la Málaga de principios de siglo, hace que parte de la burguesía malagueña se asiente por esta zona, a lo que hay que añadir la proliferación de colegios religiosos. Esta burguesía cons-

truye chalets que contrastan con las viviendas de los trabajadores y pobladores autóctonos.

Así, poco a poco, se va trasformando la barriada. Se levantan también por delante del ferrocarril unas pequeñas casetas de enseres de pesca: son en realidad pequeñas chabolas de madera, construidas previo permiso correspondiente del Ministerio de Marina.

Existía, asimismo, un astillero en la desembocadura del arroyo de El Palo (donde está el I.C.E.T.), dotado de unas explanadas para el varado y reparación de las barcazas. Estos talleres posibilitaron una gran actividad de los paleños, “lo que provocó el comienzo de la construcción del barrio de pescadores”. (Consejo de redacción, mayo-84, El Palo. p. 16.)

“Poco a poco los pescadores van quedándose a dormir en los almacenes de enseres de pesca por lo que estas chozas son ampliadas y mejoradas y lentamente van convirtiéndose en la vivienda familiar”. (Consejo de redacción mayo del 84, El Palo p. 16.)

Con el paso del tiempo, estas barracas, que debieron ser conocidas por el Niño de las Moras, van aumentando sus habitaciones y, en algunos casos, las ampliaciones serían corrales para la crianza de animales. (De ahí vendría la denominación de “Los guarros” a la zona existente entre Casa Pedro y el arroyo Jaboneros.)

Estas sucesivas ampliaciones cada vez se iban haciendo con mejores materiales y se iba dando cabida a los hijos que se casaban y creaban una nueva familia. Así, al extenderse las viviendas construidas paralelamente a la línea del ferrocarril, terminaron

uniéndose entre sí, formándose la actual línea de viviendas de la playa.

En esta época, la playa no ofrecía ningún atractivo para la burguesía, que prefería el balneario de Los Baños del Carmen. Y nos encontramos El Palo dividido en dos sectores bien diferenciados: uno, minoritario y burgués, situado en la parte norte del barrio y otro, trabajador o de pescadores, situado en las zonas centro y sur del barrio.

Se puede constatar cómo esta creciente actividad y desarrollo de la zona de pescadores no anula tampoco la actividad relacionada con el campo. Se produjo una importante afluencia de familias procedentes de poblaciones cercanas —Axarquía—, a consecuencia del desastre provocado por la epidemia de la filoxera. Buena parte de esas familias siguieron dedicándose a las labores agrícolas en las huertas y cortijos próximos a El Palo. A pesar de todo, El Palo



FOTO 7.—Primera línea de casas en las playas de El Palo.

queda configurado, fundamentalmente, como barrio de pescadores.

Y es aquí donde Juan, El Niño de las Moras, pasa su niñez; una niñez que no supo de lujos ni juegos; una niñez, tal vez más austera que la de sus coetáneos, pues, ni tan siquiera pudo o quiso disfrutar de los pocos conocimientos que entonces daba la escuela.

DE LA TRALLA AL CANTE

Suponemos que ya a sus ocho años Juan abandona las letras sin acabar de conocerlas porque de mayor apenas leía. No escribía ni su propio nombre (en el carnet de identidad, donde ha de figurar su firma, se puede leer un explícito “no sabe”). A sus ocho años, poco antes de nacer su primer hermano y, a disgusto de su padrastro, al cual llamaremos a partir de ahora “su padre”, acude a diario a la barca donde trabaja para ayudarle a ganar “unas perras”.

Para entonces ya tenía Juan conciencia de su pobreza y responsabilidad para afrontarla. Soñaba con echar la jábega con su padre y los demás pescadores y traerla preñada de boquerones, salmonetes y jureles o lo que la mar quisiera dar.

La dureza y la monotonía de estas faenas se repetía día tras día y de vez en cuando el tiempo, el maldito tiempo, les jugaba una mala pasada, liberándolos del trabajo (y del sueldo) con un temporal. Cuando “raja la má no sale la barca”. Es en un día de éstos cuando Juan siente por primera vez que el cante flamenco puede ser para él además de algo que “salía

de mis aentros”, otra cosa muy importante: su medio de vida.

El padre de Juan, como todos los jabegotes paleños, solía trabajar en la barca que encartara según iban saliendo a la mar. Pero todos los viejos que aun se acuerdan de aquellos años coinciden en señalar a dos barcas como las más habituales para el padre de Juan: la “Martínez”, de El Palo, y la “Rajá”, de Pedregalejo. Viene a cuento esta aclaración porque es aquí, en El Palo, donde ocurre la anécdota que a continuación relataremos y por lo tanto, de esto se deduce junto a qué barca sucede y a qué patrón nos referimos.

Efectivamente, estando un día con todos los pescadores junto a la barca, y no pudiendo salir a la mar por el temporal, el patrón de la barca pidió a Juan que les cantara algo para ir entreteniendo el tiempo.

—Juanillo, ¿Por qué no te dices un cante para alegrarnos?, porque parece que esta mañana no vamos a poder salir a la mar.

Y dado que Juan no era amigo de hacerse rogar y que ya hacía con dominio los cantes de Juan Breva, cantó unas bandolás que emocionaron a los pescadores. Dio la casualidad que pasaban por allí un grupo de aficionados de esos que tienen dinero y que buscaban en los barrios populares quien les hiciera algún buen cante.

Al escuchar a Juan, se quedaron sorprendidos y admirados por la capacidad y el arte de un niño tan pequeño. Se acercaron y se interesaron por él. Su padraastro, conocedor de los ambientes que por aque-

lla época rodeaban al flamenco, les respondió en tono agrio advirtiéndoles que el niño no iría a ningún sitio con ellos. Al oír esto el patrón de la barca, presumiblemente José Martínez Soler, hermano de Miguel “el de las sardinas” y dueño de la “Martínez”, aconsejó al padre del pequeño:

—“Compadre, deje usted que el niño vaya con esos hombres que a lo mejor tiene suerte y le dan algún dinero, porque hoy no vamos a salir a la mar por el mal tiempo.”

El padre de Juan a disgusto lo dejó ir al merendero de Miguel “el de las Sardinas”, que entonces estaba situado donde hoy está el restaurante Casa Pedro. Una vez allí, tras pedir unas botellas de vino y preguntar a Juan qué cantes hacía, se cuenta que el niño les respondió:

—“Miren ustedes, lo sé cantar todo. Lo mismo canto una taranta que una malagueña o una soleá. ¿Qué quieren ustedes que les cante?”

—”Lo que tu quieras”, le respondieron.

Y Juan, que era un niño espabilao y que sabía muy bien para qué había acompañado a esos señores, les dijo que les cantarí a unas malagueñas de Antonio Chacón si después le daban veinte duros para repartirlo con su padre y los demás, que no podían trabajar por el temporal.

Lo que sigue se puede suponer. De esta anécdota, tal como la hemos relatado, se desprende toda la ilusión de Juanillo por el cante. Infinidad de veces contó Juan cómo les cantó una Malagueña de Chacón,

y cómo aquellos señores permanecían más en silencio “que en misa”. Con uno y otro cante según le iban pidiendo, Juan creó el ambiente de éxtasis y emoción contenida que suele acompañar a estas contadísimas ocasiones en las que el “duende” acompaña al cantaor y contagia a los que lo oyen. En un momento de su cante, uno de sus oyentes se levantó con lágrimas en los ojos, dio un fuerte puñetazo en la mesa que hizo rodar vasos y botellas y gritó:

—“¡¡Así se canta, niño!! ¿Quién te ha enseñado a cantar así?”

A lo que Juan, con la gracia que tenía, le contestó:

—“Pues verá usted: esto no se aprende, esto nace en uno cuando su madre lo tiene en la barriga.”

Y así estuvieron hasta bien entrada la tarde. Cantando y hablando. Cuando se fueron, le entregaron los 20 duros y que Juanillo después compartió con su padre y compañeros.

Aquellos cantes y aquella recompensa hizo que Juan se ilusionara de tal manera con el flamenco que esa noche no pudo coger el sueño. Su decisión estaba tomada, se haría “cantaó”.

No vamos a dejar pasar esta anécdota sin hacer unos comentarios sobre ella. Hay varias cosas que llaman la atención:

—La precocidad del cantaor.

—La intensidad emotiva de sus cantes.

—Que compartiera los 20 duros con los demás.

Con respecto a estos tres aspectos de la historia puede manifestarse la incredulidad por parte del lector. Es lógico y razonable dado lo habitual que es que los cantaores y aficionados exageren en sus apreciaciones, llegando a mentir sin mala intención.

Nosotros creemos fielmente todo lo contenido en esta anécdota y ahora os explicamos por qué:

Con respecto a la precocidad de Juan hay que observar que está la historia del flamenco llena de estos casos: Juan Breva, Manolo Caracol, Antonio Chacón, etc., fueron niños precoces. Eso de “aprender en la barriga” está aceptado por muchos. Se dice que quien disfruta mientras se encuentra en el útero de su madre de una música determinada, cuando nace ya tiene andado mucho camino para su aprendizaje: recordemos que la madre de Juan era una buena aficionada que dominaba los cantes.

Con respecto a la intensidad emotiva de sus cantes puede parecer “peliculero” lo de levantarse con lágrimas en los ojos, golpeando la mesa y demás. Diremos al respecto que muchos pudieron ser los elementos que podían dar origen a esta situación tan mitificada en el ambiente flamenco. Por un lado la simple presencia y actuación de un niño pequeño (ocho años), ya es suficiente para que una persona mayor dé relevancia a los cantes, hasta el extremo de meterse tanto en ellos que se vea envuelto en ese estado de clímax que estalla.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que el vino siempre adereza estas reuniones hasta dar mayor profundidad a los sentimientos y mayor convicción a los gestos, las palabras y los ritmos.

También nos puede hacer pensar que esto sucedió así, como nos lo cuenta El Niño de las Moras porque la predisposición a escuchar algo bueno, ya estaba asegurada. Hay que tener en cuenta que estas personas la buscaban intencionalmente hasta el extremo de andar por las playas, que en aquella época no ofrecía ningún otro tipo de atractivo. Esto unido a que Juanillo cantaba realmente bien, pudo ocasionar esta explosión emotiva de identificación con el cante.

El Duende es una figura mítica dentro del flamenco. La historia contada del flamenco está plagada de relatos como el que hemos referido en los que se ha atribuido al duende, es decir, a un estado especial de mutua compenetración entre el cantaor con el cante y los oyentes. Se trata de una de las situaciones de perfección en la experiencia flamenca que eleva este arte a la categoría de lo no controlable por la razón, pero apreciable por el estado de identificación plena con el cante que unas veces es de honda pena y otras de felicidad indescriptible.

Tal vez en esta ocasión apareciera el duende, figura que, por otro lado, cuenta con tantos seguidores de su existencia como detractores en el mundo flamenco. También podían estar presentes los elementos que mencionamos antes: vino, predisposición, admiración desmedida por la precocidad de Juan, etc. Lo cierto es que se produjo.

Por último, llama mucho la atención en nuestra sociedad actual tan individualista, insolidaria y egoísta que, después de recibir los 20 duros y siendo pobres como eran Juan y su padre, compartieran el

dinero con los demás. Pudo haber ocurrido lo contrario, pero veremos que esta actitud no era tan ilógica entonces como desde la perspectiva actual y desde la mentalidad imperante en nuestra sociedad se puede ver.

Por un lado, era usual presenciar situaciones parecidas entre los pescadores porque el sistema de reparto del beneficio en el trabajo era casi comunal. Se hacía una parte mayor para el patrón (dueño de la barca) y el resto se repartía en partes iguales: además se hacían partes para personas del barrio que estaban necesitadas, o no habían podido salir a pescar por enfermedad. Era un sistema en cierto modo solidario. No estaba visto como una rareza la actitud de repartir lo conseguido en un día de temporal. (Esto no niega el que hubiera ciertos patrones que se valían de triquiñuelas para engañar a los marengos.)

Por otro lado, la familia de Juan y él mismo demostraron a lo largo de su vida, como ya veremos, un sentido de la solidaridad y la justicia social innegable. Su opción ideológica era claramente de izquierdas: ideología en la que el sentido de lo comunal, la valoración de la solidaridad y el compañerismo son elementos claves. También veremos cómo de siempre Juan valoró el dinero por la posibilidad que tenía de compartirlo con los demás, sobre todo si eran débiles y lo necesitaban especialmente.

En este barrio precisamente existen precedentes de pescadores famosos por su espíritu de entrega hacia los más desfavorecidos, por su sentido de la justicia y de la solidaridad. Concretamente nos referimos



FOTO 8.—*Matías Rodríguez,*
patrón de La Jopo.

a Matías Rodríguez, patrón de “La Jopo”, coetáneo del Niño de las Moras, con el que mantuvo relación trabajando en su barca y republicano como él. Paleño que murió en la cárcel durante la Guerra Civil siendo fiel a sus ideales políticos y sociales.

Sin embargo, para nosotros todos estos motivos que tan sólo buscan hacer más creíble esta anécdota están de sobra. El que uno de los que os narramos

esta historia, nieto suyo haya dormido con él en la misma cama durante años y haya escuchado de sus labios esta anécdota infinidad de veces, siempre de la misma forma, es más que suficiente para creerlo.

Pues Juan no era hombre que se diera con facilidad a invenciones de hazañas personales, aunque sí que le gustaba recordar aquellas experiencias que más le habían llenado de satisfacción, cosa lógica en una persona que vivió una época que tan poco le ofreció a cambio de su arte y humanidad. La sencillez de su persona hacía que pasara inadvertido y él se encontraba cómodo en su papel. Nunca pecó de protagonismo. Daba con humildad lo que tenía a amigos y

vecinos y siempre estaba dispuesto por ofrecerles un cante.

Pero antes de seguir hablando de Juan volveremos a prestarle un poco de atención al merendero donde tuvo su primera experiencia como cantaor pagado: el merendero de Miguel “El de las Sardinias”. De este merendero se conoce en el barrio la siguiente historia que narra la visita de Alfonso XII:

En aquellos años los merenderos de El Palo eran muy famosos por sus pescaítos y, a pesar de su pobreza, eran visitados por personas de un alto nivel social y económico. A probar esos pescaítos llegó Alfonso XII al merendero y le fue servido el almuerzo por un marengo que, como era habitual entre ellos, iba descalzo. Al preguntarle el monarca el motivo el marengo contestó que no tenía dinero para comprar alpargatas.

Acto seguido, el rey tomó su dirección y tiempo más tarde recibió unas botas y un puro.

Se sabe que el marengo colgó las botas en la entrada de su casa y se metió el puro en el bolsillo. A partir de entonces siempre lo llevó ahí y lo mostraba como prueba de veracidad cuando contaba la historia.

Pasados los años, este pescador volvió a coincidir con el sucesor del anterior monarca, el rey Alfonso XIII, que también visitó El Palo. Y entonces se dirigió el marengo hacia el rey y después de contarle la historia le regaló el puro que años antes había recibido de su padre, Alfonso XII.

Se cuenta que Miguel había hecho rotular en la pared de su merendero, los siguientes versos:

ESPETONES

*Ni en Córdoba ni en Sevilla
ni en Madrid con ser Madrid,
hay quien coma sardinillas
como las “prepara” aquí.
En las playas divinas
de Miraflores del Palo,
es Miguel el de la sardina
el que sostiene ese galo.
Los Reyes y las princesas
que vienen con sus blasones,
al sentarse en estas mesas
pidiendo a gritos “Espetones”.*

Ahora sí que volvemos a la historia de Juan. Después de aquella primera experiencia como can-



FOTO 9.—Miguel “El de las sardinillas” en su merendero.

taor, que narramos anteriormente, continuó su vida viendo pasar los días y los meses sin que nadie se volviera a acercarse para escuchar sus cantos. A diario seguía ayudando a su padre en el trabajo de la mar. Su experiencia como trabajador en la jábega, tirando del copo, que realizó hasta la adolescencia, y que llegó a practicar ya de mayor, hicieron del Niño de las

Moras el mejor y más personal de los cantaores marengos.

Según José Luque Navajas, los cantes por jabegotes son originarios de El Palo y Pedregalejo. Esto quizás sea el principal motivo de que Juan tenga un estilo personal de hacer los cantes, que todo el mundo relaciona con los jabegotes.

SU MUNDO MARENGO

Como estábamos diciendo, Juan trabajó desde muy niño en muchas de esas jábegas paleñas, tirando de la tralla de “La Martínez” (que fue la primera), “La Jopo”, “La del Lobo”, (cuyo dueño era el hermano de Matías Rodríguez), “La Cocinera” (que era de



FOTO 10.—Vista de las playas desde Casa Pedro, al fondo el merendero del “Traganúos”.

Pedregalejo y pertenecía a Miguel Garrido Morata), “La del Traganúos”, “La Panadera”, “La Rajá”, y otras.

Entre cante y cante, Juan compartía con los pescadores esa cultura inmensa de la mar. En comunión perfecta con su medio marino, asimila la idiosincrasia de su lenguaje, las metáforas, las frases hechas, etc.: reliquias del lenguaje que ya se van perdiendo con los viejos.

Hoy El Palo abandona la mar como medio de subsistencia, y con ella el lenguaje que los unía, lenguaje que, convirtiéndose en lección de poesía, se va olvidando. Y si no atiendan a estas frases:

a) “Se ríe más que la laja”, bonita expresión que más de una vez hubo de oír Juan en las playas de El Palo. La “laja” era un roca que se encontraba frente al actual puerto de El Candado y que sobresalía por encima del agua. Cuando las olas pasaban por encima de ella formaban una línea de espuma que asemejaba una sonrisa: por eso la laja estaba siempre riendo.

b) “A mí me raja la mar 40 betas afuera”. Respuesta bravucona que indicaba que no se asustaba de la mar embravecida. “Beta” es la cuerda de los copos, que suele tener 40 metros de longitud cada una. La palabra “afuera” significaba “mar adentro”.

Muchas de estas expresiones pasaron con naturalidad a los labios y forma de comunicar de Juan:

c) “Echa beta”, se empleaba para indicar que dejara hacer sin interrumpir, porque “echar beta” para los marengos expresaba la operación de echar la beta (cuerda) a la que va unido el copo o la jábega, y

había que dejarla introducida totalmente en el agua. Se cuenta que en cierta ocasión en Cartagena, se dirigió Juan al guitarrista con esta expresión en plena actuación. Ya narraremos más adelante cómo fue.

d) “Cuarteao como un varal”. Ésta se utilizaba para referirse a un objeto o persona situada en sentido perpendicular a otro, en semejanza del “varal” o madero por encima del cual se desliza la barca para ser varada.

Toda esta riqueza cultural de la que apenas quedan vestigios formó parte del acervo cultural de hombres y mujeres que, como

El Niño de las Moras, no tuvieron posibilidades de disfrutar de la otra cultura, de la académica, que hoy deja fuera de juego a estas personas.

Fueron muchas las jábegas que pudieron disfrutar en una jornada de trabajo de los cantes de Juanillo. Además de las que hemos mencionado antes citaremos ahora: las Lolea, Machucá, Corrito, Rosilla, Lima, Melillera, Yavé, Nene, Gorillo, la de Luis “El



FOTO 11.—Marengos “Pateando”.

nueve doble”, “Follaleva”, etc. Eran tantas que debían organizarse para salir a la mar. Lo hacían a través de las cartas, de tal manera que cada jábega tenía adjudicada una carta determinada. Para la Lolea era el dos de oros, para la Jopo el as de oros, para la Rosilla el siete de oros, etc.



FOTO 12.—Varando la barca, en la proa un marengo se ayuda de la palanca.

Para salir se reunían en un bar con el guardapesca (que entonces era el padre de quien nos proporciona estos datos, Paco Román). Cogían una baraja con tantas cartas como barcas, e iban cortando. Las cartas que salían indicaban la prioridad en salir a la mar y escoger donde calar (echar las redes). Hubo una época en la que había que “echar la suerte” (sacar las cartas) con dos barajas dada la gran cantidad de jábegas o barcas que había.

Se podía calar al alba, antes de la salida del sol: se llamaban esas calas “albones”. Si se seguía pescando durante el día, al atardecer ya se denominaba la caladura “de prima”. El “amocael” además de ser el encargado de untar sebo a los varaes, también lo era de custodiar “el chicote” (1) encendido. La mantenía situada en tierra y colocada sobre el “hachó” (2) por si alguno necesitaba encender un cigarro, ya que por aquél entonces raro era el marengo que tenía un encendedor; ¡de yesca, claro!

La economía de la época no estaba para individualismos. La jábega era el núcleo que permitía que se establecieran unas relaciones afectivas y económicas entre los que a ella acudían a ganarse un jornal. Tal vez por ello se “igualaba la barca”: de las ganancias de la pesca de un día se hacía una parte para el barbero que ese día pelaba a toda la tripulación, dejándolos a todos con igual pelado.

¿Cuántas de estas “igualadas” pudo disfrutar Juanillo? A lo peor, alguna de ellas las tuvo que sufrir en contra de su voluntad e impuestas por su padre. Era entonces cuando, después del pelado, habrían dicho de Juanillo los marengos: ¡dejadle, tranquilo, que “tiene agua levante fresca”. Esto era como decir que estaba irritado.

Otra expresión cotidiana que aún hoy se mantiene entre las familias de pescadores, es preguntar por la familia de origen: “¿Tu de qué barca eres?”. Rara era la familia que no guardaba relación con alguna barca. Y todos, de niño, desarrollaron la habilidad de la “mostrá”. Consistía ésta, en una medida

que equivalía a un puñado de pescado con ambas manos haciendo hueco.



FOTO 13.—Marengos en el “enjague”.

Cuando los marengos se apiñaban haciendo círculo en torno al copo recién sacado del agua, y mientras “el prové” (3) dentro del copo, con los peces hasta los tobillos “pateaba el copo” (4), desde atrás los niños metían las manos entre las piernas de los pescadores y atrapaban su “mostrá” para salir corriendo inmediatamente. Por supuesto, antes se humedecían las manos y se las impregnaban en arena para que el pescado no se les escurriera. Y hablando de partes, también la que recibía el “gardón” (5) tenía nombre: “garfá”.

Así, poco a poco, entre copo y fiesta, Juanillo iba siendo cada vez más conocido por sus cantes. En más

de una ocasión tuvo que hacer la “cala el hueso” (esquivar) a más de uno que se los requería con vehemencia. Existía una cala (roca saliente del agua) llamada “el hueso” que era muy difícil de esquivar con las redes; por ello, quien lograba esquivar a alguien en la calle se decía que había hecho “la cala el hueso”.

Juanillo dejó la escuela con ocho años, abandonando la cultura académica, encorsetada, rígida y fría por esta otra cultura, la del contacto con la naturaleza, la ecológica en el más amplio sentido de la palabra. Si necesitaba saber la hora en la mar, les bastaba con colocar la palanca (vara larga parecida al remo) en posición vertical, cogida a pulso, entre el horizonte del mar y el sol. Las palancas correspondientes a esa distancia, indicarían la medida del tiem-



FOTO 14.—En La Campana con algunos amigos, tras la barra Carlos y a su izquierda Rafael “El maestro barbero”.

po (tres palancas de sol, o dos o una). El ser humano, el sol y el mar todos en comunión perfecta.

Y mientras ayudaba a su padre a tirar de la tralla, se empapaba de esta cultura, se impregnaba de los cantos de los marengos. Sus sueños y afición por el flamenco crecían poco a poco y era requerido para cantar en todas las fiestas que se celebraban en el barrio. Por supuesto, sin cobrar, ya que se entendía que entre vecinos era natural que cada uno aportara lo que podía para hacer la fiesta más divertida.

NOTAS

- (1) Punta de un trozo de beta.
- (2) Viga delgada de hierro que se clavaba en la arena.
- (3) Encargado de patear el copo.
- (4) Vender o subastar el pescado en la orilla, con los pies dentro de las redes.
- (5) Ayudante de los marengos para sacar el copo; no pertenece a la tripulación.

LAS PRIMERAS MORAS Y LOS PREGONES

Juan estuvo hasta los 14 años tirando de la tralla y llegado el verano del 98 decidió no volver a hacerlo más: se dedicaría a vender moras. Puesto a ello se dirigió a unos morales que se encontraban en Jarazmín. El dueño de estos morales, un hombre mayor aficionado al flamenco y a los verdiales, se llamaba Miguel Tállez. El día al que nos referimos tenía organizada una fiesta en su casa. Como ya sabía de los buenos cantes de Juan, le invitó a que se sumara a ella.

Juan estuvo cantando y divirtiéndose hasta la madrugada. Cuando acabó la fiesta se acostó un rato en los morales. Por la mañana llenó el primer canasto de moras que había de vender. Miguel Tállez se las cedió, con el acuerdo de cobrárselas cuando las vendiera.

Con ellas bajó andando hasta El Palo. Descansó un rato en las “Cuatro Esquinas” y emprendió el paseo hacia el Camino Nuevo. No conseguía vender

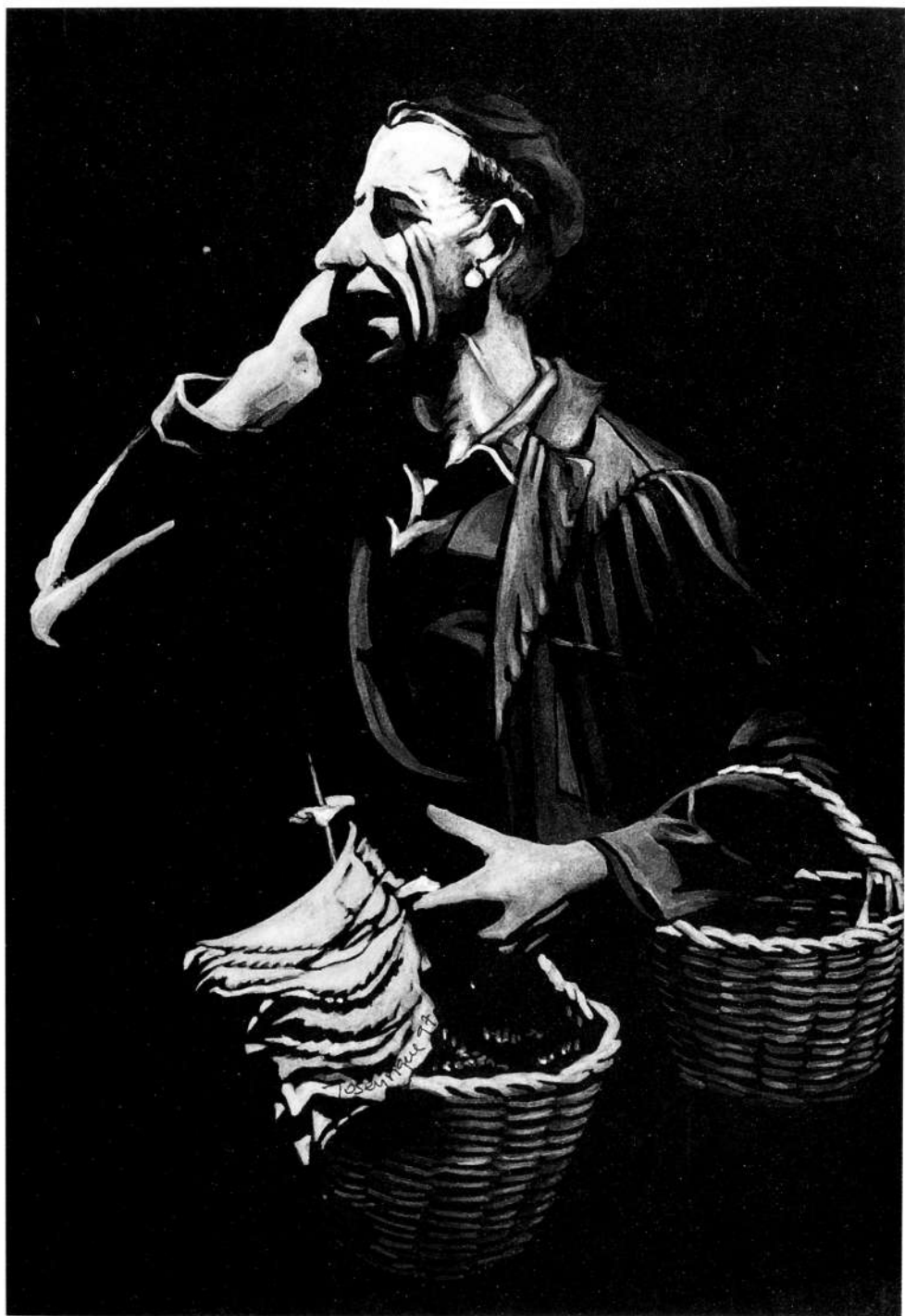


FOTO 15.—Juan Morales "El Canillo" pregonando moras.
(Dibujo de José Enrique Martínez de la Ossa.)

nada y continuó hasta la calle de la Victoria, sin resultado alguno.

Ese día Juan acabó decepcionado, con las alpargatas rotas y ronco de pregonar (no se trataba todavía de su conocido pregón) sin haber conseguido vender las moras.

Pero perseveró y cada día transitaba por largos caminos para vender sus moras. Esta época sería recordada por Juan con tristeza y angustia, pues aunque sólo pensara en cantar, tenía que “reventarse” de andar y gritar vendiendo moras para, encima, no sacar nada. Las reuniones de aficionados no llegaban y él, dolido y apenado, seguía vendiendo su fruto y cantando sólo en fiestas de amigos y familiares de su barrio. ¡Ni sus ilusiones en el cante se podían cumplir ni le iba bien vendiendo moras!

Pero... un día, cuando pregonaba con su canasto repleto, Juan advirtió el caminar triste, silencioso y lento de un hombre de unos 55 ó 60 años que iba con un niño de unos 10 años tirando de un carro cargado de verduras. Llamó su atención que no pregonaran nada y de alguna manera, casi por casualidad les siguió. Al llegar a la calle de La Victoria, Juan presenció algo que ya ambos tenían ensayado: cantando a la manera de pregón, se hablaban; y con su conversación, entre cantada y pregonada, despertaban la sensibilidad del público para que, emocionado, les ayudara comprándoles algo de su mercancía. El pregón dramatizado era así:

- Padre: Anda, Zarapico, anda,
que es tarde, hijo, anda.
- Zarapico: ¡Ay, papaíto de mi “vía”
yo no puedo andar!
“Me s’an” roto las alpargatas
y “me’e clavao un cristá”.
- Padre: Anda, hijo mío, anda, que es tarde.
Anda como “pueas”
“qu’en” calle Mármoles te las voy a
comprar.
- Los dos: Llevo coles, niñas, “güenas” coles,
las habas y los chícharos.

Después de esta representación vendieron toda la verdura. Juan pudo advertir cómo mezclando el cante con el pregón atraían con mucha facilidad la atención del público. Más tarde se enteraría que “Zarapico” era el apodo con el que nombraban al niño en su casa. Y esa noche la pasó Juan pensando (“reinando” solía decir él), en algún pregón que pudiera hacer. Fue entonces cuando creó el primero de sus famosos pregones, que suena por malagueña asoleá:

*Asomarse a los balcones,
mujeres guapas y hermosas
y veréis de vender moras
¡Moras, maúras las moras!*

A la mañana siguiente Juan hizo el mismo recorrido de todos los días. Salió de su casa, anduvo los cuatro kilómetros que le separan de Jarazmín, recogió

sus moras y volvió a las “Cuatro Esquinas”, donde reposó un rato para dirigirse posteriormente hacia el Camino Nuevo. Al entrar en el barrio “La Victoria” Juan hizo por primera vez su pregón. El resultado fue sorprendente: ese día vendió las moras antes que nunca.

Y así fue como se le fue conociendo por El Niño de las Moras.

La venta de moras ya nunca fue un problema. Su canasto quedaba vacío cada vez porque la gente se acercaba a comprarle sólo por oír pregonar. Aproximadamente dos años más tarde, creó un nuevo pregón por martinetes que decía así:

*Ay, al moral solo yo me voy, (bis)
y yo del moral me vengo.
Al amo yo se las compro
y por las calles las vendo. (*)*

Gracias a los pregones la venta de las moras le dio lo suficiente para vivir. Al mismo tiempo Juan seguía acudiendo a fiestas a las que era invitado por sus vecinos para disfrutar de su cante. De este modo se ganaba la vida y a la vez iba mejorando su arte como cantaor.

(*) Los tres pregones recogidos en este capítulo son transcripciones literales de la grabación hecha por el propio Niño de las Moras, y que se encuentran en la cinta que acompaña a este libro. Sin embargo, el texto de estos tres pregones aparece transcrito con ciertas variaciones en otras publicaciones. Entre ellas destaca el hermoso libro de Gustavo García-Herrera: “Cosas de Málaga. Pregones y cantares”, editado por la Diputación de Málaga en el 67.

EL PRIMER CONTRATO

Juan empieza a ser conocido muy joven como cantaor, con sobrenombre incluido, como ya hemos explicado en el capítulo precedente. Uno de los días que pregonaba las moras por Atarazanas, fue requerido por unos señores que se encontraban en un cafetín que había frente al mercado. Estos le pidieron sólo su cante. Juan, como de costumbre, les hizo su pregón y después les obsequió con algunos cantes. En un momento de su actuación uno de estos señores, llevado por el entusiasmo, pegó un puntapié al canasto de las moras.

¿Cómo era posible que un muchacho con aquel talento malviviera cantando por las esquinas? Por eso, aquellos hombres trataron de convencer a Juan para que les acompañara a “Las Terrazas”, una venta que había en Ciudad Jardín. Juan se repuso del susto de ver rodar sus moras por el suelo y quiso confiar en aquellos hombres.

Durante más de dos horas, estuvo cantándoles a estos señores, recibiendo un buen dinero a cambio de su cante, eso sí, con toda clase de elogios, aplausos y

gritos de admiración: “¡eso es cantar por derecho!”, le decían.

El dueño de “Las Terrazas “ vio en él una atracción que podía mejorar los beneficios de su negocio. Le ofreció trabajo y durante mucho tiempo “Las Terrazas” se convirtió en el lugar donde podían ir los aficionados a escuchar al Niño de las Moras.

Juan, que podría tener entonces unos 15 ó 16 años, abandonó la venta de moras por primera vez. Durante dos años ganó bastante dinero (dinero que, como hizo durante toda su vida, repartía entre su familia). Y ya siendo muy mayor, cuando comentaba estas situaciones, solía decir que se quedaba “más tieso que la mojama”.

LLEGÓ EL ÉXITO

Así pasaron los años jóvenes de Juan: unas veces viviendo modestamente del cante y otras, de las moras.

Fue cuando contaba apenas 17 ó 18 años, cuando suponemos que conoció a quien, aún ya antes de conocerlo personalmente, era su cantaor favorito y su maestro de cantes abandolaos: Juan Breva. En 1903 tiene un encuentro con él, de este encuentro no podemos deducir si ya se conocían o no. Así lo cuenta Gonzalo Rojo en su biografía de Juan Breva:

“En el año 1903 trabaja Juan Breva en varios cafés cantantes malagueños, desplazándose también a diversos pueblos de la provincia. Entre otros, canta en Ronda, Coín, Álora, Alhaurín de la Torre y Vélez Málaga.

En la capital se reúne y charla con el Breva Chico, Diego el Perote, Tomás Morilla, El Calderero, el Niño de las Moras, etc.” (1)

Con él estuvo actuando en el Café de Chinitas. Decía de él, de Antonio Chacón y del Cojo de Málaga que eran los cantaores más grandes que había dado la

historia. Fue en este mismo Café de Chinitas en donde Antonio Chacón conoció y “descubrió” como cantaor al Niño de las Moras. Se lo llevó al café Tronío de Sevilla. En el Café Cantante Tronío cantó junto a Fernando de Triana, la Trini, la Niña de los Peines, Manuel Torre, Manuel Vallejo, Juan Breva, Escacena, Pena padre y Pena hijo y otras primeras figuras de la época. También, en estos años, actuó junto a la Niña de los Peines y Antonio Chacón en cafés cantantes de toda Andalucía. Fue éste su mejor momento. Actuó en Barcelona y en Madrid. También viajó a Francia donde grabó sus pregones.

Durante todo el tiempo que Juan estuvo en la compañía de Juan Breva, fue mejorando sus cantes por bandolas —recordemos la admiración que sentía por Juan Breva—, aunque poco a poco les fuera imprimiendo un aire especial suyo. Un aire que todos los que se han referido a él lo identifican con aires de marengos o de jabegotes. ¿Como iba a ser de otra manera si toda su vida estuvo envuelta entre el marismo y el sonido de las olas al acariciar el rebalaje?

Toda su vida fue un ir y venir a la mar, su mar... Esa mar que unas veces es poesía, caricia y olor a vida y otras es dureza, sudor, fatigas y hasta muerte. Aunque dejara la tralla por el canasto de moras, nunca dejó el contacto con la mar. A través de su padre, de sus vecinos y amigos siempre coincidió con el mar. Al mar sí que era difícil “hacerle la cala el hueso”.

¿Con cuántas buenas y malas experiencias pudo obsequiar la mar al Niño de Las Moras? ¿Cuántas

tragedias pudo presenciar con la mar enfurecida, cruel y despiadada? ¿Es poca tragedia la de la vida de los pescadores, que se arrugan como pasas metidos en la mar hasta el tuétano de los huesos, a cambio de lo suficiente para apenas vivir? ¿Es que no es trágico no comer ese día porque a la mar se le antoje presentarse con “agua levante” o vendaval?

Sin embargo, el sonido de la mar ya es suficiente para hipnotizar a cualquiera, incluso a los que sufren sus enfados. El Niño de las Moras era uno de ellos. Desde su más temprana edad, Juan, como tantos hombres de la mar, se dejó seducir por su calma y su furia, hasta el punto de no poder pasar sin ellas. Hay un cante por jabegote que dice:

*No sé qué tiene mi Palo
que “to” el que viene aquí se “quea”.
No sé qué tiene mi Palo.
Eso me dijo un gitano
en el paseo de la “Alamea”.
No sé qué tiene mi Palo.*

Si le hubiesen preguntado al Niño de Las Moras, de seguro habría contestado que aquello a lo que se refiere el cante es la mar. La mar y su familia formaban un todo que le envolvía plenamente. En sus años de profesional del cante no pasaba más de tres meses sin volver a su Palo con su familia y su mar.

Pero volvamos al Juan de los 18 años, porque esa edad tenía cuando conoció a D. Antonio Chacón, de quien aprendió su malagueña. Como hemos dicho, Antonio Chacón se lo llevó con él al café Tronío en



FOTO 16.—El Niño de las Moras en la playa.

Sevilla, donde estuvo bastante tiempo actuando. Para entonces Juan ya tenía tres hermanos, con los que estaba muy unidos importándole más la familia que su carrera profesional; tal vez, éste sea el principal motivo de una vida profesional tan en el anonimato.

En esta época mostraba una especial predilección por su hermano Frasquito, una persona dicharachera y graciosa, siempre necesitada de ayuda y muy relacionada con el mundillo de los carnavales, que por aquél entonces eran muy importante en El Palo.

Continuemos con la historia de nuestro protagonista. Cuando tenía 28 años conoció a quien sería su primera novia y su compañera durante casi toda su vida: Dolores, nacida en un pueblo de las Alpujarras granadinas y con 10 años menos que él.

Dolores era de Albornón (Granada), igual que su hermana mayor, Cristina. Diversas circunstancias familiares hicieron que estas dos jóvenes huérfanas se afincaran aquí, igual que habían hecho otras muchas personas de las que aún hoy quedan descendientes en El Palo. Cierta noche



FOTO 17.—El Niño de las Moras (sentado) en sus años de éxito.

coincidieron en una fiesta en la que Juan cantaba. Al finalizar uno de sus cantes se le acercó una joven para felicitarle; ambos prosiguieron la conversación hablando de flamenco, ya que ella era gran aficionada. Y quizás la conversación continuó por otros derroteros, porque esa misma noche quedaron para seguir viéndose: era Dolores.



FOTO 18.—Dolores, su mujer.

Dolores era una mujer alta y muy guapa. Luego de un noviazgo de tres años se casaron, acontecimiento que tuvo lugar en 1917 en la iglesia de Las Angustias del barrio. De este matrimonio, feliz a decir de todos, nacerían seis hijos: por orden cronológico Antonia, Luisa, Manolo, Aurora, Salvador y Lola. De ellos han muerto las dos mayores.

La primera, Antonia, siempre se sintió especialmente unida a su padre. De él aprendió los cantes mejor que los demás. A los 11 años ya cantaba malagueñas y soleares y de mayor fue una gran intérprete de saetas, que aprendió de su padre. No llegó a hacerse profesional: su padre siempre se opuso a ello, pues pensaba que no era una vida adecuada para una mujer.

En el año 15 ó 16 Juan era tan conocido por sus interpretaciones de los cantes de Juan Breva, que éste, le llegó a visitar en El Palo para oírle en el bar La Paloma. En estos años, era contratado con mucha

asiduidad en el ventorrillo de la Trini, que ésta tenía con Pastora Pavón. En él se trató mucho con Juan Breva.

En esta época, Juan viajó y tuvo un buen número de contratos; unos más ventajosos que otros. En aquella época llegó a cobrar hasta 4.000 pts. por una actuación. Pero en ocasiones también el fracaso rondaba las compañías con las que actuaba.

Él cuenta que en el año 18, ya con los 30 cumplidos, viajó con una compañía a La Unión para actuar durante una semana. Comenzado el espectáculo, el público mostraba su disconformidad e irritación hacia los cantaores con pitidos, risas e insultos: una situación difícil. Juan salió a cantar en quinto lugar, pero su presencia en el escenario provocó que los pitidos, las risas y los abucheos arreciaran. Su pequeña estatura y la pobreza física de su planta hicieron creer al público que no cantaría bien.

En vista de que no disminuían las manifestaciones de enfado, el guitarrista hizo ademán de levantarse y abandonar el escenario. Juan, muy tranquilo, le dijo: “tranquilo compadre, déjales que echen beta a la má”. Como el guitarrista no entendía nada, le pidió explicación y él le volvió a responder con otra de las metáforas marengas de su Palo: “usté tranquilo compadre, déjales calá”. El guitarrista seguía tan “liao” como al principio, y allí aguantó el tirón hasta que el Niño de Las Moras le dijo: “¡ahora, por tarantas!”. Haciendo Juan el primer tercio el público se calló y quedó tan sorprendido de su cante que le pidieron que repitiera la misma taranta, cosa que Juan hizo. Los aplausos se prolongaban con cada cante: cartagene-

ras, mineras, y otros. Acabó su actuación con la mala-gueña de Antonio Chacón rematada por cantes de Juan Breva.



FOTO 19.—Juan (a la derecha), en sus mejores tiempos.

A q u e l l a noche Juan triunfó en La Unión. Mucho más tarde volvería a triunfar allí mismo ganando un primer premio de tarantas y cartageneras en el Concurso Nacional del año 67, pero esa es otra historia. Volviendo al tema, el contrato que en principio estaba previsto para una semana se prolongó

durante tres meses, recorriendo diferentes locales y pueblos de la zona. Pasado ese tiempo y sin que estu-

viera previsto, Juan abandonó Cartagena en busca de su familia porque se había hecho para él demasiado larga la ausencia de su casa.

En este mismo año ocurrió algo que le debió producir un gran dolor, su gran ídolo, Juan Breva, moría el 8 de junio de 1918 en el más absoluto abandono y en una total indigencia. Juan, se apresuró a dar su último adiós a quien, para él, fuera uno de los más grandes cantaores de la historia, así nos lo cuenta Gonzalo Rojo en su biografía de Juan Breva:

«Al día siguiente se celebró el entierro al que asistieron el veleño Fidelio García Pareja, Joselito el de la Venta, Diego el Perote, Juan Padilla "Breva Chico", Antonio Vargas, Tomás Morilla, El Jerezano, Niño de las Moras, Carlitos Sánchez, El Calderero y algunos aficionados y admiradores más.» (2)

Es por estos años cuando canta en Córdoba y en Almería, donde conoce al Cojo de Málaga. Estos fueron sus años mejores como profesional. Era requerido en los mejores festivales y cafés cantantes. Sin embargo, no aprovechó esta racha, negándose a grabar discos (sus únicas grabaciones se hicieron cuando ya era muy mayor). Es importante reseñar que en los años anteriores a la Guerra Civil Juan se dedica casi exclusivamente al cante, pudiendo vivir bien de él, desaprovecha muchos contratos fuera de Málaga para estar más tiempo con su familia.

Una de sus salidas más largas fue a Marruecos y su entorno: Melilla, Ceuta, Tetuán, y Tánger, etc. Por los años 20 (probablemente entre el 20 y el 22) conoce a un matrimonio de andaluces aficionados al flamenco afincados en Tetuán, que se enamoran de sus

cantes y le ofrecen su casa para vivir en ella mientras esté trabajando por aquellos lugares. Manuel Fernández Fernández y Aurora Moyano Galán, como se llamaban, le buscan contratos y se convierten en compadres. (3)

En 1924 nace Aurora, la cuarta de sus descendientes, y es apadrinada por este matrimonio, quienes vienen a El Palo para asistir al bautizo el 5 de septiembre. Por aquel entonces Juan tenía una buena posición como cantador y organizó una gran fiesta que, según se recuerda en el barrio, duró tres días con sus tres noches. Por allí pasaron gran número de vecinos, aficionados y cantadores, entre ellos Pena padre y Pena hijo.

Retomando el tema de sus salidas hay que decir que en estas fechas hace otras por las provincias




Nombre *Juan Berners Rodriguez*
"Niño de las Moras"
 de *62* años *1950*
 Naturaleza *Málaga*
 Provincia *idem*
 hijo de *Juan* y de *Francisca*
 Profesión *Cantador de Flamenco*
 Trabaja en *Ambulante*
 Domicilio *Calles Alidos 19*
Málaga *21 Septiembre de 1950*
 Comisario Jefe
 de la Brigada Criminal,
Tomás...
 Posee carnet de la E. N. P.
 número *26442*

 Firma del Titular,



FOTO 20.—Carnet de identidad.

andaluzas, por pueblos de Málaga, de Madrid y Barcelona, pero la mayor parte de su actividad profesional se desarrolla en las diferentes ventas, tabernas y merenderos de Málaga. Prefería actuar cerca de su familia a salir fuera de la provincia.

Hacer una lista de locales donde actuó Juan es hacer una lista de los locales de la Málaga flamenca de la época. Desde el centro de la capital hasta la Cala del Moral había un buen número de locales donde los aficionados podían disfrutar de los cantes de Juan y de los demás cantaores malagueños y foráneos. (4)

En La Parisiana, que se encontraba en el paseo de Cerrado de Calderón, estuvo actuando durante los años 20 y 21. Frente a La Parisiana se encontraba Los Platillos. Allí se encontraba también el campo de fútbol del Malacitano, donde está actualmente el balneario de los Baños del Carmen. En Los Platillos actuó Juan en torno a los años 21 y 22.

En el 22 y 23 se le podía escuchar en el Guijarro, que se encontraba en el Morlaco. Al año siguiente, 24, cantaba en otro lugar llamado Venta Conejo, situado frente a la entrada del Rocío. Joselito se llamaba la venta que se encontraba en la esquina del callejón Nene de Aldana y que lo pudo disfrutar durante los años 25 y 26. En la Cala del Moral estaba el conocido Loro, donde cantó a lo largo de los años 26 y 27.

Aunque mencionamos las fechas concretas de las actuaciones en cada local, lo cierto es que sus actuaciones eran itinerantes. Las fechas que mencionamos corresponden a actuaciones concretas que son recordadas por quienes hemos consultado. De algunas de ellas hemos podido recoger también anécdotas:

Según nos cuenta el poeta Eugenio Castillo Cañete, sobre los años 20, cuando él era un chaval, era conocida de todos la taberna de Miguel el de Trinidad, que se encontraba junto al fielato de El Limonar. El dueño de esta taberna no lo hacía mal con la guitarra; de hecho, también acompañaba en algunas ocasiones al Niño de las Moras. Esta taberna siempre se encontraba llena de buenos aficionados de El Palo, Pedregalejo y El Limonar. Allí actuaba Juan acompañado por la guitarra del tocaor profesional que acompañó a Vallejo: Realitos, su tocaor habitual en otras ventas. Eran muchos los aficionados que pasaban por allí, de ellos se recuerda todavía a dos jardineros que trabajaban en El Limonar, de los que no hemos podido recabar sus nombres, sólo que destacaban como cantaores aunque no llegaron a ser profesionales.

En esta taberna las reuniones se solían hacer en el interior y también funcionaba como barbería de niños y hombres, aunque a veces, ocasionalmente, pelaban a niñas y mujeres, pues no existían entonces peluquerías para ellas en El Palo. En estas actuaciones espontáneas y verdaderas era cuando el Niño de las Moras se quedaba a gusto. Tenía la costumbre de que cada vez que hacía bien un cante decía, cogiéndose el ala del sombrero: “échale carbón de cok”.

Por cierto, el Niño de las Moras era también conocido por dos apodos. El primero era heredado de su padre: *Rascones*. El segundo, *Compadrito*, era debido a que él solía llamar así a todos sus amigos.

Otro sitio donde se podía oír al Niño de las Moras era en el cine. En El Palo hubo un cine que se

utilizaba para actuaciones denominado Imperial Cinema y su propietario fue Rafael Marín, quien también lo era de otro cine de verano que estaba situado frente a los pisos de Zamarrilla. En estos dos cines, así como en casi todas las ferias de El Palo, era fácil oír al Niño de las Moras en estos años.

También canta en diferentes merenderos para grupos de aficionados que le vienen a buscar: Casa Pedro, Traganúos, Las Delicias, Cazorla, etc. De todos ellos hemos recogido anécdotas, algunas tristes, otras con gracia. En páginas posteriores narraremos algunas.



FOTO 21.—
“El Traganúo”
comiendo en su
merendero.

NOTAS

(1) ROJO, Gonzalo (1992): *Juan Brega: vida y obra*. Málaga, Imprime Gráficas San Pancracio S.L., p. 97.

(2) ROJO, Gonzalo (1992): *Juan Brega: vida y obra*. Málaga, Imprime Gráficas San Pancracio S.L., p. 142.

(3) Costumbre esta que consiste en hermanarse de manera especial y que supone un grado de parentesco existente sólo por la relación de amistad que se establece. Frecuentemente, los compadres apadrinan algún hijo.

(4) La relación de estos locales la hemos confeccionado con la ayuda inestimable de Eugenio Castillo Cañete, aficionado flamenco y buen conocedor de estas ventas.

LA GUERRA CIVIL Y CHICUELO

No queremos pasar por alto a un personaje muy recordado en El Palo que en ocasiones acompañó a la guitarra al Niño de las Moras: Chicuelo. Aquí recogemos el capítulo más trágico de su vida y de la vida del barrio: la Guerra Civil.

El Frente Popular había hecho que fracasara en Málaga la recién estallada sublevación del 18 de julio. Hasta el 8 de febrero de 1937 no pudieron entrar en Málaga las tropas sublevadas. Así pues, la capital estuvo bajo control republicano casi ocho meses.

Con la devastadora llegada de los nacionales en febrero se produjo la desbandada; el terror se apoderó de la población malagueña y se inició una odisea que consistía en llegar hasta Castell de Ferro (Granada), en donde se hallaba la sexta Brigada Mixta, del ejército republicano; quien llegaba allí, se podía dar por salvado, aunque llegar a Motril ya era suficiente para respirar tranquilo. No obstante, muchos paleños decidieron quedarse: uno de ellos fue Chicuelo.

Este paleño de adopción era compañero de afición de Frasquito (hermano del Niño de las Moras). Se llamaba Antonio Asensi Suárez, pequeño como Juan, inquieto; de aguda inteligencia y envidiable creatividad. Nace en Málaga, a los 18 años viene a vivir al barrio. De profesión múltiple: va y viene a Málaga donde trabaja en una platería, también es zapatero, ayuda en el copo, pinta las matrículas y decora las barcas, etc. No es extraño este pluriempleo si pensamos que un barrio de pescadores, es decir, de hombres descalzos, poco trabajo da a un zapatero.

Chicuelo se casa a los 21 años con Carmen Rojas Navas con quien tiene 9 hijos/as, de los que hoy sólo viven dos: Carmen y Lola. Su mujer, hija de carabineros y vecina de El Palo nos contaba en el año 86 —cuando ya tenía 80 años— junto a su hijo Ángel Asensi, que Chicuelo no tenía enemigos entre sus vecinos; por el contrario disfrutaba de la amistad y admiración de todos; que era una persona siempre dispuesta a compartir lo que tenía, aunque esto fuera solamente su tiempo y su capacidad para leer, cosa que pocos hacían en estos tiempos del primer tercio de siglo.

Su primera vivienda estaba en la calle antiguamente llamada Santarén y hoy avenida Salvador Allende y, popularmente, “calle los Muertos” porque por ella pasaban todos los “entierros” que se hacían en El Palo. Después se trasladó a la calle Altillo, la misma donde vivía el Niño de las Moras y donde tenía la zapatería. Raro era el día que no recibía la visita de sus amigos para que les leyera el periódico. Todos sabían de su afición a la lectura, sobre todo de

libros de historia, especialidad ésta que ocupaba el mayor espacio en la biblioteca que había formado en su casa.

Igualmente extraño parecía que una persona tan pobre y sencilla tuviera tal preocupación por la cultura, cuando apenas podía cubrir las necesidades más elementales como la alimentación, la vivienda o la ropa.

Su hija Carmen nos contó cómo en alguna ocasión salió de casa con cinco duros para ir a los toros y volvió habiéndoselos gastado en la compra de un libro, a pesar de ser muy aficionado a los toros.

Pero Chicuelo, más conocido que por todo eso lo era por sus aptitudes artísticas, siendo considerado en Málaga el número uno en el ambiente carnavalesco. Autodidacta en este arte, tocaba varios instrumentos



FOTO 22.—“El Chicuelo”,
ataviado para una de sus comparsas.

y ya a los 14 años era director de comparsa. Cada año formaba un equipo para los carnavales. Eran los años en que estas fiestas estaban muy extendidas y eran el principal exponente de la libre expresión popular.

Las comparsas surgían en los barrios. Las de Chicuelo se paseaban actuando en todos los barrios desde el centro de Málaga hasta el Rincón de la Victoria. La creatividad de Chicuelo era desbordante, destacando su faceta de letrista y músico. Su fama fue tal que incluso desde Cádiz venían a pedirle letras y partituras. Sus letras siempre fueron reflejo de experiencias vividas en la calle o la denuncia de injusticias.

Por ser amante de la lectura de la Historia y en especial de libros de la Inquisición, muchas de sus letras tenían un componente claramente anticlerical. Muestra de éstas es la que a continuación reproducimos:

*En la puerta de la iglesia
pedía con humildad
una mujer harapienta
que verla daba piedad.
Las beatas que allí entraban
al verla se sonreían,
mientras en la casa de Dios
las mendigas se morían
con los ojos bañados de sangre.
Entró a la iglesia arrastrando
y decía: tu promesa no la cumplen
los falsos, los miserables
que con el nombre de Dios
los pobres se mueren de hambre.*

O esta otra de más claro contenido político:

*Aunque España es ya república
y vivimos en el siglo XX,
sigue allí comiendo la sotana
mientras el pobre obrero
de hambre perece.
Se pasean altivos
por nuestras calles, ellos contentos;
de nada les ha servido
quemar iglesias y conventos.
¡Pueblo trabajador,
no consientas jamás
que a costa de tu sudor
coman los pillos sin trabajar!*

Hay que aclarar que en El Palo la quema de la iglesia provocó los siguientes daños según los datos del libro de Joaquín Ruano y José A. Barberá “El Valle de las Viñas de Miraflores de El Palo”:

«En el incendio que sufrió esta Parroquia en el año 1936 perecieron once de los veintidós libros del archivo. El reloj de la torre, que había sido donado por el Ayuntamiento con aportación de la barriada y que tenía maquinaria inglesa, también fue destruido. Fue derribado el púlpito, los bancos y el altar mayor quemados, así como todas las imágenes del templo con una única excepción: La de la Virgen del Rosario.»

Estos daños fueron provocados por personas venidos de fuera del barrio en su mayoría. Cuentan que otros vecinos intercedieron por el párroco junto con numerosas mujeres que en dos ocasiones evitaron su detención en la puerta de su casa.

Chicuelo no llegó a participar en ninguna actividad que no fuera la de expresarse con sus letrillas de carnaval. Los que vivieron con él le recuerdan como un personaje humano, con una gracia desbordante que solía tomarse sus copas en “la Paloma”. Era íntegro y honrado, muestra de esta honradez es esta anécdota que nos contó su viuda. En cierta ocasión que salió de copas con El Gallo (famoso torero) se encontró una cartera repleta de billetes; la cogió y guardó sin saber de quién era y continuó con los amigos. Más tarde, en una parada, El Gallo se dio cuenta que había perdido la cartera, cosa que no le supuso gran disgusto, porque alguien como él ganaba lo que quería. Esto no sirvió para que Chicuelo se callara, aunque él sí que necesitaba ese dinero y no para juergas. Al saber quién era el dueño de la cartera la sacó y se la dio.

Si Chicuelo era hábil letrista, tampoco se quedaba atrás con la guitarra. En muchas ocasiones acompañó al Niño de las Moras, de quien era buen amigo. También llegó a acompañar en una ocasión a Juanito Valderrama y hasta daba clase de guitarra, laúd y bandurria.

Todos estaban de acuerdo en que su mayor habilidad era escribir e interpretar sus letras en las comparsas que cada año creaba. Se preocupó de explicar en sus letras acontecimientos, hechos y una filosofía de vida basada en la denuncia de la injusticia, en la crítica mordaz, humorística y sarcástica; sus letras de carnaval eran la voz de un pueblo que pocas veces podía oír. El carnaval era una de esas pocas ocasiones en las que todos los miedos desaparecían y los pechos

se abrían de cuajo para desahogar mil mensajes, unos de alegrías y otros de penalidades.

Nos hemos servido de un cuñado suyo, Pedro Roji Navas, para recuperar algunas anécdotas, datos y letrillas de aquella época. Pedro es un hombre tranquilo y amable que nació en 1913 y fue miembro de su comparsa “Los Gronchistas Andaluces”. De esta comparsa formaban parte también Antonio Toledo Cervantes el “Collico”, Miguel Ruiz Caparrós el “Malacara” y sus tres hermanos. También estaban Juanillo el “Chico”, Rafael, Pedro Martín el “Cachiculer”, Juan Perico García y Miguel Rodríguez Molina el “Mindolo”.

Chicuelo montó otra comparsa en el año 32 llamada “El Cuadro de Torrijos”, en la que estaban Dolores Asensi Roji (hija de Chicuelo) y Frasquirri. Otra mujer que formó parte de esta comparsa fue Dolores Bueno Rubio, quien salía disfrazada de Mariana Pineda.

Antonio Carmona, paleño que nos ha ayudado en la elaboración de este capítulo, aún recuerda la letra de esta comparsa:

*Vamos a contarles a ustedes
con mucha verdad,
todo lo que hemos visto en esta capital.
Vimos la calle de Larios, que vale un millón,
Alameda, muelle y la Caleta,
y la hermosa plaza de la Constitución.
Pero en la Plaza de la Merced,
allí paramos con mucha fe,
y nos tuvimos que descubrir,*

*frente a Torrijos que estaba allí.
De aquella tarima salió una voz,
que nos decía con gran dolor:
nos degollaron sin tener piedad,
porque defendimos a la libertad.
Mandaba en esta plaza
un general canalla y malvado.
Moreno se llamaba
el que a Torrijos tenía engañado.
Cumpliendo la promesa
que a ese canalla hacía,
Torrijos, sin defensa,
desembarcaba con alegría.
Llegó el momento esperado,
canalla gobernador
a todos los que desembarcaron
fusiló sin compasión.
A Torrijos acompañaba
un pobre niño inocente
que amargamente lloraba
viendo de cerca la muerte.*

Esta otra letrilla, según el citado Pedro, cuñado de Chicuelo, pertenece a “Los Garonchistas Andaluces”:

*Mandan cerrar los teatros
con su ley y autoridad
y comparsa que cantaba
a la cárcel iba a parar.*

En estos años era muy normal que los miembros de las comparsas pasaran por el cuartelillo por sus

letras críticas, y las de Chicuelo lo eran especialmente. Pero no sólo hacía letras de carnaval, Chicuelo fue un creador inagotable al que recurrían las niñas para que les hiciera letras que ellas pudieran adaptar a sus juegos, posiblemente algunos de los cantos de la comba, la rueda u otro haya sido creado por él y popularizado por las niñas de su época. Las vecinas cuentan cómo cuando se esperaban a que terminara de arreglarles algún zapato, se veían obsequiadas con una letra que les improvisaba en ese tiempo.

Dice Pedro que sobre el año 26 ó 27 creó otra comparsa de bandoleros en la que se cantaba coplas admirando a personajes como Juan Palomo, Juan León y José María “El Tempranillo”. Esto le costó la cárcel a todo el grupo y al salir de ella se presentaron de nuevo ante el público cantando la siguiente letrilla:

*Por contar la verdad
a la cárcel nos llevaban
y todos conservamos
la misma cuchara.*

En ese mismo momento, todos enseñaban una cuchara vieja que se suponía era la de la cárcel.

En el 29 ó 30, bajo el reinado de Alfonso XIII, montó otra comparsa en la que aparecían vestidos de toreros cantando esta letrilla:

*Si por toros nos echaran
a los ministros de España,
nosotros con gran valor
empleábamos la espada.*

En otra ocasión actuando en el Cervantes tuvieron que salir por el hueco del apuntador porque aparecieron los Migueletes.

La mayoría de las veces para poder actuar en público tenían que presentar las letras de los temas en el Gobierno Civil para que éste las aprobara. Continúa contándonos Pedro:

«Se entregaban 30 ó 35 coplas con letras sin carga crítica y luego cantaban lo que querían.»

“Chicuelo” creó la siguiente letrilla haciendo referencia a la guardia de asalto durante el gobierno republicano de Azaña, la cual le ocasionó más de una interrupción en sus actuaciones:

*La República naciente
un nuevo cuerpo ha creado
para que sea hábilmente
el obrero apaleado.*

A continuación reproducimos otra letra que hace referencia a un acontecimiento que atrajo su atención apasionada:

*En el parque de Sevilla
la ley de fugas aplicaron;
hombres amarrados en tronillas
los civiles fusilaron.
Y en este parque señores*
otros cuantos asesinaron,
pero todos esos ladrones
han de morir asesinados.*

* Se refiere al de Málaga.

En otra ocasión, según nos cuenta Pedro, un carretero que volvía después de la jornada de trabajo a encerrar el caballo fue parado y registrado en el camino por la guardia civil en tres ocasiones diferentes. A la tercera, el carretero, molesto, les contestó “me cago en Dios, dejarme tranquilo ya”. La respuesta que recibió fue un disparo que le quitó la vida.

La noticia de este hecho se extendió. La indignación de la gente hizo que el entierro fuera tumultuoso. Al llegar la comitiva a la calle “14 de Abril” (hoy calle Larios) el cochero se negó a pasar porque estaba prohibido que los entierros pasaran por esa calle, que, además, estaba en ese momento tomada por la Guardia Civil. De pronto un atrevido joven escoltado tomó y arrastró el carro y —a pesar de ir rodeado de guardias— atravesó la calle seguido de toda la comitiva, logrando llegar al cementerio San Miguel. ¡Nunca había pasado por esta calle un entierro tan escoltado!

Este episodio lo recoge Chicuelo con esta letrilla:

*Al gobierno fueron comisiones
por si podían conseguir
que pasara aquel desgraciado
por la hermosa calle 14 de Abril.*

Antonio Carmona recuerda la existencia de otra letra que contaba un suceso parecido al anterior. En el año 34 un muchacho salía del cine y de vuelta a casa le pararon tres veces para registrarle. A la tercera, el muchacho protestó recibiendo por respuesta una bofetada de un guardia, ¡del otro recibió un dis-

paro! La letra dice Carmona que comenzaba con las fechas, explicando que fue en uno de los puentes de Málaga. Sólo pudo recordar algunos versos deshilvanados:

*Al registrarlo de nuevo
el muchacho protestó.
Le dan un guantazo
.....
.....
un tiro que a bocajarro fue hecho
.....
.....
este crimen tan horrible
debe ser condenado
.....
.....
este crimen es malvado....*

Como buen marengo, también se ocupó Chicuelo de recoger alguna tragedia de pescadores:

*El día 6 de agosto,
ustedes se acordarán:
seis hombres se ahogaron
allá en Torre del Mar.
Un palangrero salió
con seis hombres a pescar
y de pronto les sorprendió
un furioso temporal.
Después de meter las jarcias
pronto izaron las velas*

*y con valor y audacia
pusieron proa a la tierra.
Eran tan grandes las olas
que no podían resistir,
sin haber quien les socorra
allí tenían que morir.
Y en aquella mala hora
mueren esos marineros
y sus familias les lloran
con amargo desconsuelo.*

También al mundo de la mar pertenecían las mujeres. Estas trabajaban en condiciones de extrema explotación en las fábricas conserveras. De esa situación hemos recuperado esta letrilla que recibimos de dos personas distintas: primero de Pedro y más tarde de Carmen “la Mota”:

*Ya tenemos en El Palo,
varias industrias competentes
de abusos y atropellos
de mujeres inocentes.*

*Unos cuantos freidores,
a costa del proletariado
aumentan sus capitales
y se han puesto millonarios.*

*Un mezquino jornal,
esas mujeres reciben,
mientras que el miserable
de explotaciones tranquilo vive.*

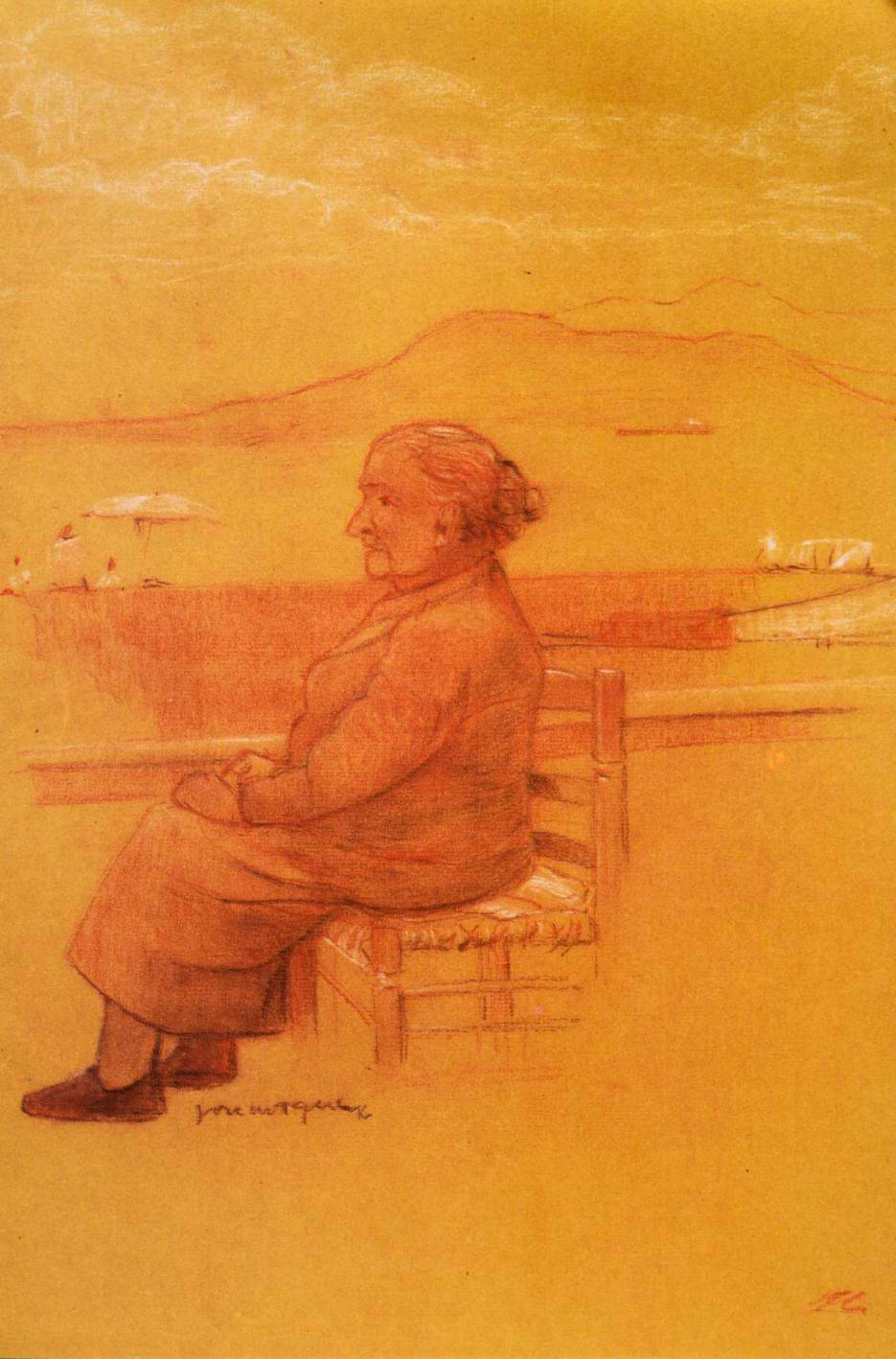
*¡Pobres mujeres que abandonan sus hijos y sus casas!
Están hambrientas,
casi desnudas y descalzas.*

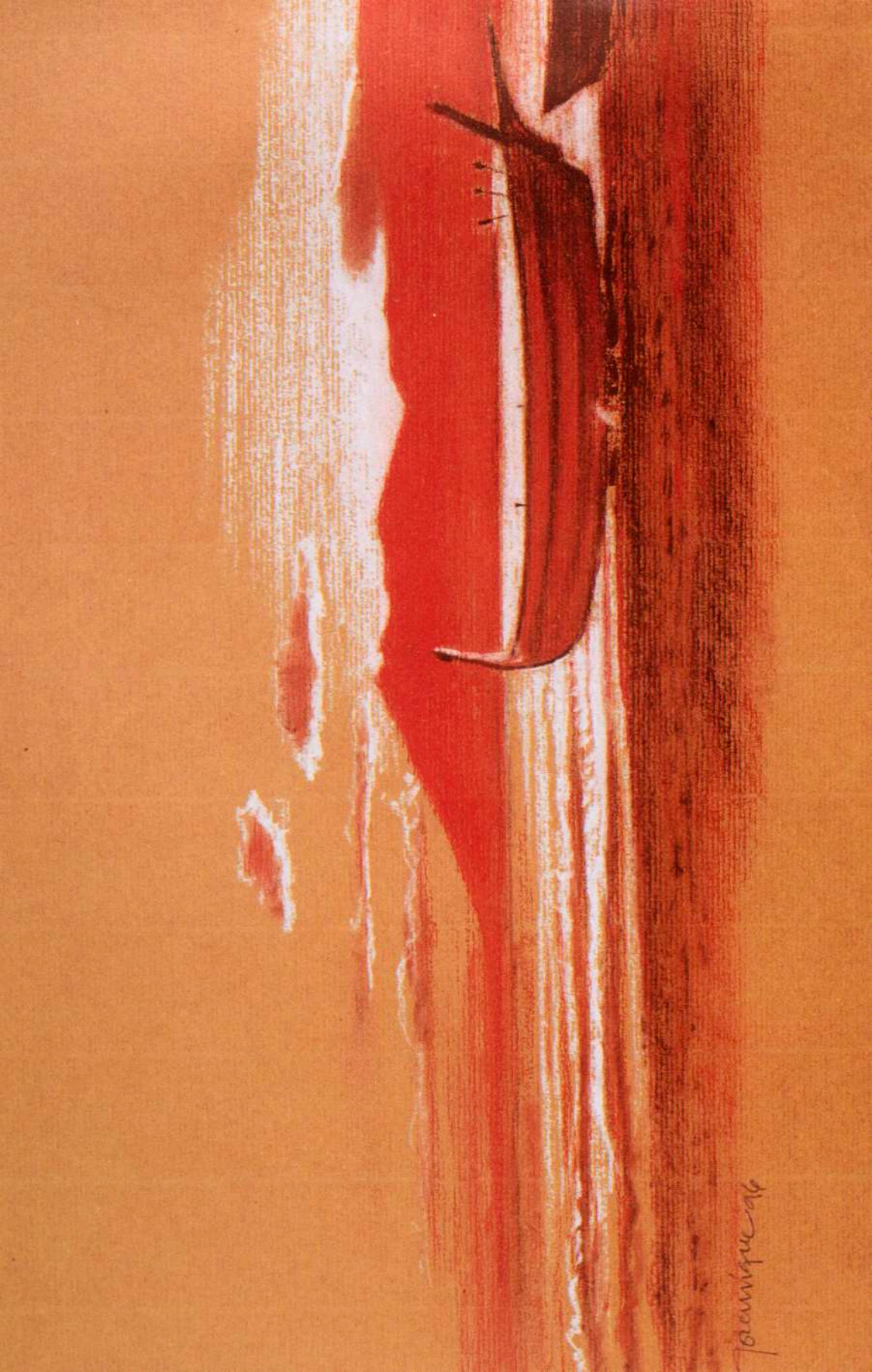
*Deben esas mujeres,
deben pedir con coraje:
¡vayan to esos ladrones a tirar de la traya al rebalaje!*

Hasta el 35 estuvo preparando comparsas y creando letrillas nuestro antiguo vecino. Según recuerda Pedro, una de las últimas comparsas fue "Los bandidos mejicanos". En ella sacaban unos disfraces muy completos y unas pistolas de madera que ellos mismos se habían fabricado.

Chicuelo no militaba en ningún partido, su forma de militancia eran sus denuncias, sus letras. No obstante, se alistó en las milicias republicanas aunque no llegó a luchar nunca. Cuando los nacionales entraron en Málaga él se fue con su familia a Rincón de la Victoria y poco después volvió a El Palo.

Vuelve porque no tenía conciencia de haber hecho algo malo. Sin embargo, comienza a ser buscado por los falangistas y tiene que permanecer escondido durante tres días en un nicho del cementerio de El Palo. El 8 de febrero, cuando el hambre apretaba demasiado, sale para dirigirse a su casa y alguien lo debió denunciar, así que logran detenerlo y le llevan a un barco que se usaba de cárcel: el Echevarri. Allí permanece un mes. Durante su encierro recibe la dura noticia de la muerte de un hijo con trece meses. Es allí, en ese barco-prisión, donde escribe esta letra

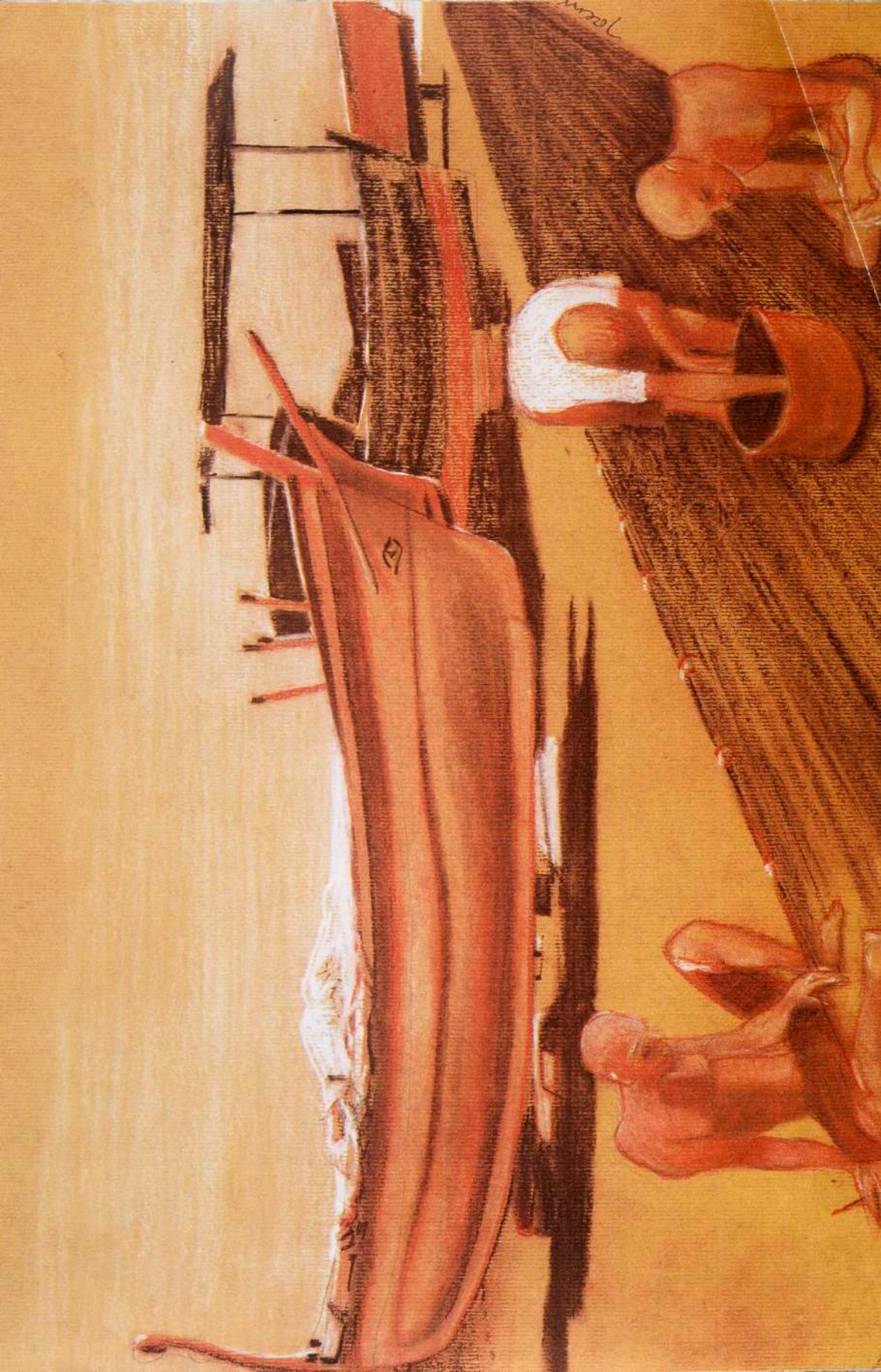




dominique 06



The II
the end of the world



sobre sí mismo, expresando su amargura, su impotencia:

*Pobre Antoñito
que por no "pensá"
coge el trompo y la guita
y lo pone a "bailá".*

Tenía que ser duro no poder hacer otra cosa que bailar un trompo ante tan grande tragedia. Del Echevarri es trasladado a la cárcel; ahora tenía la suerte de que su mujer le llevaba la comida todos los días. Pero a los pocos días, cuando llega Carmen con la comida, le devuelven el hatillo con sus ropas y, sin ninguna atención, le anuncian que fue ejecutado.

Después de su detención los falangistas habían registrado en muchas ocasiones su casa, mas nunca encontraron nada: sólo sus letras y libros de historia. Jamás obtuvieron pruebas de ningún cargo y, sin embargo, lo mataron. Tres días después su mujer, Carmen, fue citada y se le comunicó que habían recibido la orden de poner en libertad a su marido. ¡Ya era demasiado tarde pues los responsables de la cárcel se habían adelantado! Con él fueron asesinados también sus dos hermanos, Juan y Ricardo, este último, entonces tenía 18 años y era torero

Chicuelo, siempre fue solidario con el trabajador, con el débil y el pobre. Sus letras fueron un grito de esperanza y de libertad. Valgan estas páginas para rendir homenaje a este paleño de adopción al que le robaron la vida a los 47 años.

La Asociación de Vecinos tras varios años reivindicando una plaza para ponerle su nombre, por fin lo consiguió. El día 23 de febrero de 1997 se inaugura la plaza "El Chicuelo" haciéndolo coincidir precisamente con la celebración del pasacalles de Carnaval de este año. La plaza está situada entre las calles Aljofaina y Martínez Falero.

Por suerte, el Niño de las Moras es más desconfiado que Chicuelo y, al igual que muchísimos paleños y paleñas, tomó el camino de Almería. La guerra los empujaba a huir de los nacionales, que desde el mar y el aire disparaban a la población civil y militar. La población huía desordenadamente, llevando consigo los enseres que podía. El pavor y la desgracia se cebaba en ellos, que en desbandada trataban de preservar la vida. En Málaga se encontraba gente que procedía de Casares, Manilva, Carmona, Osuna y otras localidades que ya habían sido tomadas por los fascistas. Buena parte de esta gente confluía al huir en la salida hacia Almería por lo que la zona de la carretera se hallaba colmada de presas fáciles para la cacería que los nacionales tenían organizada desde los barcos apostados en la mar y sobrevolando con aviones.

Hay que recordar que los barcos del bando nacional estaba tan cerca de la costa que las personas que huían podían distinguir, incluso, que los marineros de estos barcos tenían uniformes italianos. No sólo bombardeaban sino que también disparaban con ametralladoras. La masacre fue tal que la gente tropezaba con los cadáveres de quienes le precedían. Entre tanta confusión y miedo en medio, Juan pierde en Almuñécar a su hijas Luisa y Lola. Por mucho que

buscaron Juan y su mujer no dieron con ellas y se vieron obligados a seguir.

Situaciones como éstas eran muy comunes; fueron muchas las familias que perdieron algún pariente en el camino. También hay que tener en cuenta que esto se produjo en febrero y el río Guadales —que desemboca cerca de Salobreña— se encontraba muy crecido, las aguas bajaban embravecidas y provocaron muchas muertes. El puente que se encontraba en la carretera de Almería estaba destrozado y la gente, desesperada, intentaba cruzarlo al encontrarse con él sin saber que unos 500 metros más al Norte había otro puente.

El Niño de las Moras logra vencer todos estos peligros y llega con sus hijos a Almería. Desde allí viajan a Alicante en un tren. En esta ciudad pasan dos noches en un cine transformado en refugio republicano. De allí pasan al estadio de Montjuïc de Barcelona donde están cuatro días. De nuevo emprenden el viaje, esta vez a Gerona, a un pueblo llamado Figueres. Tras una estancia de dos días pasan a otro pueblo, también de Gerona, llamado Guarriguella. Es durante su estancia en Gerona cuando reciben una buena noticia: sus hijas Lola y Luisa están en Málaga y se encuentran bien.

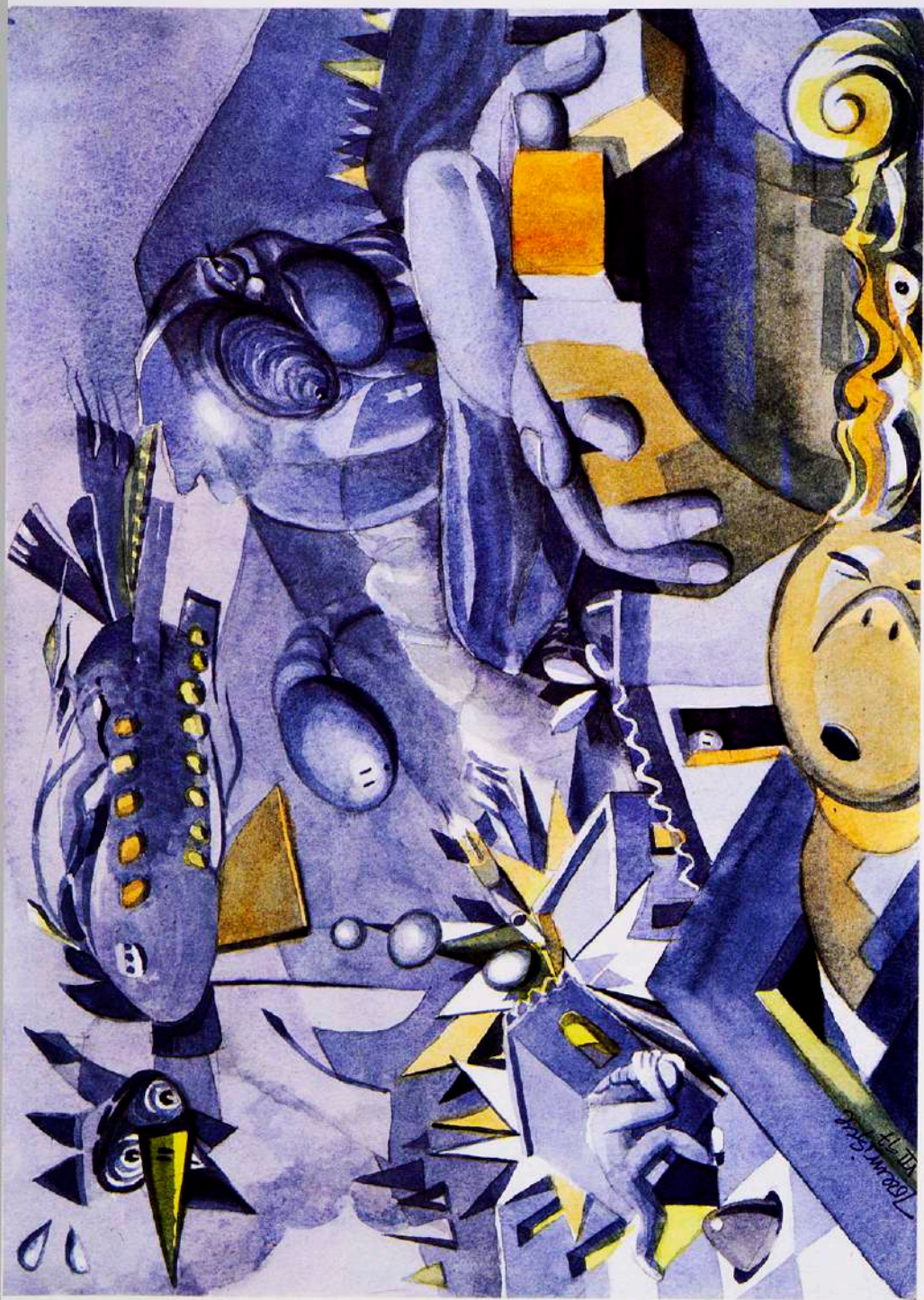
Al poco tiempo volvieron a Barcelona y la angustia les vuelve a azotar pues se pierden los cuatro hijos que quedaban con ellos: Antonia, Manolo, Aurora y Salvador. En la espera de poder encontrarlos trabaja cantando en cafés y tabernas para poder subsistir, lo que duró aproximadamente unos ocho meses.

Juan había anunciado en el periódico la pérdida de sus hijos. El azar quiso que el alcalde de Garriguella leyera en la prensa la noticia y colaborara. Resultó que los hijos, viéndose perdidos en la ciudad de Barcelona optaron por volver al pueblecillo gerundense. Desde allí lograron ponerse en contacto con sus padres.

Sin pensarlo mucho, el Niño de las Moras vuelve a Garrigueche a encontrarse con sus hijos e hijas; aquí se queda y trabaja junto a su hijo Manolo en la construcción de un campo de aviación. También estaba dispuesto a cantar cada vez que lo llamaban, pues Juan no dejaba pasar la oportunidad de ganar algo de dinero para sacar a su familia adelante.

En este pueblo vivieron hasta que con la llegada de los nacionales hubieron de huir a Francia. Se asientan en Vayorsurmen durante tres días; después pasan a la capital de Gaor donde permanecen cinco días. Al quinto día los refugiados republicanos son distribuidos por diferentes pueblos franceses. Al Niño de las Moras y su familia los trasladan a Vayorsurmen, donde permanecen hasta acabar la guerra.

Durante el tiempo que permanece en Francia trabaja arreglando carreteras. El frío en aquel lugar era superior al que habitualmente tenía que soportar en Málaga. Cierta día, de camino al trabajo hacía tanto frío que tenía que llevar las manos recogidas en los bolsillos; tropezó, pero con tan mala suerte que no tuvo tiempo de sacar las manos de los bolsillos y no pudo evitar romperse la nariz y la boca. Este fue un



"La huida", de José Enrique Martínez de la Ossa.

contratiempo, sin embargo, durante su estancia en Francia nunca pasó hambre ni él ni su familia.

Historias para contar de esta odisea que tuvieron que vivir muchos paleños y paleñas hay tantas como familias en El Palo. En cierta ocasión y volviendo en los avatares en su camino hacia Francia, el grupo en el que se encontraban ellos fue abordado por soldados nacionales que llegaron dispuestos a detener a todos los hombres que encontraban. La habilidad de Antonia —la mayor de sus hijas— le salvó en esta ocasión. Antonia cogió a su padre envolviéndole en mantas y le escondió entre los matorrales. Una vez que los nacionales acabaron con su lista de detenciones y se hubieron marchado, Antonia metió a su padre en un carro y tras un largo camino de hambre y frío lograron llegar a Francia. De esta manera, y ayudado también por su pequeña estatura, se salvó Juan de los campos de concentración nacionales.

Otra anécdota de unos vecinos del Niño de las Moras nos muestra la desesperación de los paleños en los días de huida hacia Almería. En esta ocasión se trata del abuelo de uno de los que os narramos (Miguel López). Luis se llamaba, pero su apodo era “El Nueve Doble”, en referencia al juego del dominó, del que era muy aficionado.

Este hombre, que también pudo emplear en alguna ocasión al Niño de las Moras en su barca “Ana María”, huyó de noche apresuradamente con su familia. Cuentan que cuando llevaban andada toda la calle Olivar cayó el padre en la cuenta que uno de sus hijos (Lorenzo) apenas daba un paso caía al suelo sin

dejar de llorar. Entonces advirtió que le habían puesto los pantalones pasando las dos piernas por un solo pernil. La desesperación hace estas cosas. A las pocas horas de camino y viendo que era tan fácil morir en la carretera por las bombas como en casa ejecutado, Luis decidió volver con su familia a casa, entre llantos, y arriesgándose a ser posteriormente detenido y ejecutado, cosa que por suerte no ocurrió. Cuando se cuenta esto en familia se hace entre risas, pero la situación real debió ser de un dramatismo impresionante.



FOTO 23.—Jábega Ana María, de Luis "El Nueve Doble", que aparece con sombrero. Junto a él, está su hermano.

Durante el tiempo en que El Palo estuvo bajo el control republicano sólo murieron dos personas: se trata de dos hermanos propietarios de la finca

Lagarillo Blanco. Antes de la guerra, en el 35, apareció la novia o amante de uno de ellos, muerta en una era cercana, junto a la pistola que sirvió para darle muerte. Cuando durante la guerra, aparecieron los cadáveres de estos dos hermanos, mucha gente comentó que pudo ser un ajuste de cuentas por la muerte de la mujer a la que nos referimos antes. De cualquier manera, se asegura que los que les mataron vinieron de fuera de El Palo. Fuera un ajuste de cuentas o un asunto político, sólo se conocen esas dos muertes durante el período republicano.

También en este período, se produjo la detención de ocho personas, entre las que se encontraba una mujer (día 19 ó 20 de julio). Estas personas estuvieron detenidas en la sacristía 24 horas, tras las cuales fueron puestas en libertad por el Comité del Frente Popular de El Palo. Sin embargo, cuando llegan los nacionales a El Palo fueron ejecutados, por fusilamiento, garrote vil o asfixiados por presión, desde el año 37 al 40, al menos las siguientes personas:

1.—José Rosa Mateo, ejecutado el 16 de febrero del 37.

2.—Rafael Pastor Navas, que era guardia de asalto. Ejecutado el 20 de febrero del 37.

3.—Antonio Asensi Suárez, "Chicuelo", era zapatero y carnalero. Ejecutado el 2 de Marzo del 37.

4.—Juan Asensi Suárez, hermano de "Chicuelo". Ejecutado el 16 de junio del 37.

5.—Francisco Toro López. Era representante del P.C.E. de El Palo. Ejecutado el 5 de marzo del 37.

6.—José Toro López.

7.—Enrique Jiménez Vertedor. Ejecutado el 9 de marzo del 37

8.—Rafael González Cazorla, era de El Candado. Ejecutado el 9 de marzo del 37

9.—Antonio Mediavila Gallardo. Ejecutado el 1 de diciembre del 39.

10.—Adolfo Salado Rando. Ejecutado el 12 de marzo del 38.

11.—Amparo Martín Vila, era del Corralón y fue fusilada estando embarazada, el 20 de marzo del 37.

12.—Antonio Galacho Jiménez.

13.—Matías Rodríguez Mellado, dijeron a la familia que se ahorcó en su celda el 5 de septiembre del 37

14.—Antonio Reina Arcas, cabo de carabineros. Ejecutado el 2 de marzo del 37.

15.—Francisco Ojeda Morales. Ejecutado el 13 de marzo del 37.

16.—Luis Vertedor Alcalá, guardia de asalto.

17.—Enrique Guerrero Rodríguez, era hortelano. Ejecutado el 12 de marzo del 37.

18.—José Reina Arcas. Ejecutado el 8 de mayo del 37.

19.—Diego Pinazo Estampa. Ejecutado el 27 de febrero del 37.

20.—Miguel García Román, era galafate y cons-

truía barcos junto al actual restaurante Casa Pedro. Ejecutado el 21 de mayo del 37.

21.—Fernando Brahogo.

22.—Rodrigo Muñoz Gómez.

23.—Luis, el zapatero.

24.—Ricardo Asensi Suárez, hermano de “Chicuelo”.

Este es el saldo de la actuación franquista en El Palo, sin contar los famosos paseillos que les hacían a las mujeres en los cuales se les vejaba paseándolas peladas al cero y con el vientre descompuesto tras haber sido obligadas a ingerir aceite de ricino.

Por fin termina la guerra, paréntesis triste y demencial de la historia. Juan decide regresar a España, pero antes de volver a Málaga se afinca un tiempo de aproximadamente un año en Madrid. Un amigo le consigue contrato en un café teatro donde se daban números cómicos y de variedades. Durante el tiempo que está contratado su familia vive en una pensión. Simultanea sus actuaciones en el café teatro con otras en reuniones íntimas de aficionados. El dinero que ganaba le permitía ir saliendo adelante a pesar del hambre que caracteriza a estos años de posguerra.

Por fin, en el año 40 Juan vuelve con su familia a Málaga. En su casa de El Palo se reencuentra con sus hijas perdidas al comienzo de la huida (Luisa y Lola), con su hermano y con los vecinos que habían sobrevivido. El día de la llegada era una fiesta la casa de Juan. Tras cuatro años de ausencia, la alegría

explotaba en forma de flamenco. Aquel día fueron pasando por la casa del Niño de las Moras la mayoría de los paleños y paleñas que le conocían; unos simplemente para saludarles, otros para participar de la fiesta cantando o jaleando.

La fiesta duró todo el día y la noche. Uno tras otro, fueron apareciendo los palos que son la esencia de alegría flamenca; un universo de felicidad afloraba en los fandangos abandolaos; los tangos y las bulerías transmitían gritos de gozo; los cantes del Piyayo y los jabegotes sonaban jubilosos; las alegrías y demás cantiñas pregonaron aquella noche ecos de regocijo a través del aire paleño.

LLEGÓ LA TERRIBLE POSTGUERRA

Si la guerra trajo el odio, la miseria y la muerte, la paz envió al barrio el hambre: muchas personas llegaron a morir de hambre en El Palo. Se pudo sobrevivir con las cartillas de racionamiento. Con ellas se podía conseguir algo de pan, aceite u otro alimento de primera necesidad. Para colmo Juan es vigilado por un confidente de la Guardia Civil que le hacía la vida imposible.

Aunque no militó jamás en un partido político ni era una persona militante, se consideraba republicano y de izquierdas y esa ideología ha sido la que siempre se ha vivido en el seno de toda su familia. La situación era terrible, el revanchismo fue brutal. En El Palo que conoce Juan tras la guerra faltaba mucha gente. Los sindicatos de conserveras, cenacheros, hortelanos, servicios varios, la sociedad de vecinos y otras organizaciones sindicales, políticas y ciudadanas que existían en el barrio, fueron ilegalizadas y sus representantes fueron encarcelados, torturados o ejecutados; a las mujeres que se les suponía alguna actividad

política, si se libraban de los castigos anteriores se le daba “el paseillo”.

En aquella terrible época de desgracias El Palo tenía su corazón de vida urbana en las Cuatro Esquinas, como ha sido hasta hace algunos años. El mercado estaba entonces en las Cuatro Esquinas, al aire libre. Como los actuales mercadillos, se montaba por la mañana y se desmontaba por la noche. Las Cuatro Esquinas era el paradero de mucha gente que venía a vender y comprar frutas y verduras; gente de Olías, Totalán, Jarazmín y otros sitios se desplazaban hasta aquí en burros y mulas que dejaban en “La posá”.

En el actual bar Miraflores, que entonces se llamaba Rancho Grande, se reunía gente que venía de fuera de El Palo. Allí esperaba cada mañana el Niño



FOTO 24.—Bar Rancho Grande, actualmente es el Bar Miraflores.

de las Moras que un grupo de aficionados le requiriera para cantar y así poder ganarse algún dinero que llevar a su casa.

Eran años de miseria y Juan los vive con fatiga, ya que no consigue ni contratos ni actuaciones y las reuniones de aficionados son escasas. En el verano del 41 Juan tiene que volver a vender moras. En el invierno siguiente su familia tuvo que sobrevivir con lo que ganó con las moras en verano. Este no sería el único año que necesitó vender moras para sacar a su familia adelante.

El Niño de las Moras era muy buen saetero. Todos los años le contrataban por Semana Santa para cantarle a los Pasos. En el año 41, lo hizo acompañado de su hija Antonia. Ya nos referimos a ella para decir que era muy buena aficionada y que habría sido una gran cantaora si su padre le hubiera permitido integrarse en los ambientes flamencos de la época. Desde un balcón le cantaba a Jesús el Rico el



FOTO 25.—Su hija Antonia.

padre y desde otro lo hacía su hija Antonia. Gustó tanto aquella saeta —que había aprendido de su padre— que todo el mundo le pidió que siguiera cantando.

A partir de aquel año Antonia acompañaba a su padre a cantar saetas desde los balcones y las tribunas. Esto se vino repitiendo hasta el 47 y cada año era seguida por decenas de vecinos y vecinas paleños que la vitoreaban. Antonia, que se ganó el apodo de “la cantaora” era muy activa. Solía estar siempre rodeada de amigas y le gustaba organizar fiestas en su casa de calle Calvario. Ella pudo estudiar y gozó de una cultura que no era habitual en mujeres de su entorno en esa época. Además, siempre estaba organizando algo en el barrio: cruces de Mayo, belenes, pastorales y todo tipo de actividades populares. Antonia fue una mujer muy comprometida con la vida social y política del barrio, de tal manera que en los años anteriores a la Guerra Civil era la responsable del Sindicato de Conserveras en El Palo.

Pero sigamos con el Niño de las Moras. Por los años 42 ó 43 cantó en Córdoba donde se hace amigo de un matrimonio de aficionados al flamenco. Con el tiempo, éstos viajarán a Málaga, serán recibidos por el Niño de las Moras y organizan una fiesta flamenca en Casa Pedro. Tan buen ambiente había en aquella reunión que Juan se atrevió a hacer cosas que sólo hacía en momentos muy íntimos y muy de su agrado. Por ejemplo, contar anécdotas de su época en los cafés cantantes y, especialmente, una muy graciosa en medio de la cual él imitaba el sonido de un avión, lo que siempre provocaba la risa de todos.



FOTO 26.—Con “Brega Chico” y otros amigos.

El matrimonio ya citado, al despedirse, le entrega a Juan una cantidad de dinero que le sirvió para comprar las moras del Mayorazgo esa temporada. Él compraba las moras que producían los morales ese año y luego las recogía y las vendía. Entre el cante y la venta de moras sobrevivía, a rachas

En el año 42, cuando tenía 56 años, le sale una de esas escasas reuniones que simultaneaba con la venta de moras. Fue en el restaurante Casa Pedro, que entonces era un merendero. Un grupo de aficionados pregunta por el Niño de las Moras; inmediatamente Juan, que estaba en las Cuatro Esquinas, se entera y acude al merendero; se trataba de un grupo de “señores” con “mucho pasta” y ganas de oír cante, según le cuentan. Juan les comienza a endulzar la reunión con sus cante, pero se da cuenta que no estaba siendo escuchado. Los “señores” hablaban, pedían

bebidas y estaban más pendientes del alcohol, las mujeres y la juerga que del cante. Esta situación que ha tenido que vivir más de un cantaor y que es tan degradante como artista y como persona, no pudo ser digerida por Juan aunque la situación económica de esta época exigía aguantar. Parando de cantar se dirigió a ellos diciéndoles que si querían seguir oyéndole tenían que pagarle. En ese momento uno de los señoritos llegó a decirle que no le pagarían nada. Esto colmó el vaso de su paciencia: Juan perdió los estribos, cosa que no solía ocurrirle y le propinó una bofetada. Inmediatamente se dio cuenta de la gravedad de lo que acababa de hacer y, en medio de la confusión, salió huyendo para su casa. Su sobrino, alarmado por la noticia, corrió a Casa Pedro en su busca. Al no encontrarlo, se dirigió a su casa en donde por fin pudieron encontrarle escondido debajo de la cama.

Esta anécdota es la menos representativa del carácter del Niño de las Moras. Él era una persona pacífica, amable y tranquila. Sin embargo, en esta ocasión la desfachatez y actitud caciquil de estos “señores” provocaron que Juan reaccionara como jamás lo había hecho. Por otro lado, cuando volvió en sí sintió miedo, pero no a las posibles bofetadas que le pudieran propinar, sino a la reacción de gente tan rica y por lo tanto tan influyentes en esta época.

También por esas fechas le contratan en las fiestas de Totalán, pueblo con mucha tradición musical tanto flamenca como folklórica. Hoy Totalán cuenta con uno de los mejores cantaores malagueños: Enrique Castillo. Pues bien, en aquella ocasión el Niño de las Moras subió andando arroyo arriba,

acompañado por Manolo, uno de sus hijos que es, a su vez, el padre de uno de los que escribimos esta biografía (Manuel Ternero). Fueron bien recibidos e invitados con unas tapas y copas. Ya antes de la Guerra Civil había actuado en este pueblo y tenía muchos amigos en él.

Tras la actuación de la orquesta musical salió el Niño de las Moras para cerrar la fiesta. Una vez en el escenario y comenzada su actuación, un grupo de jóvenes no dejaban de reírse de las ropas tan pobres que vestía (entonces se dedicaba también a vender moras y tirar de la tralla) y apenas le dejaban cantar. Su hijo Manolo, que se encontraba cerca de estos jóvenes, no pudo soportarlo y le dio un puñetazo a uno de ellos. Inmediatamente se organizó una pelea que provocó la intervención de la Guardia Civil. El Niño de las Moras tuvo que venirse andando con su hijo por el arroyo de Totalán. Además de no cobrar, en el camino les cayó una tormenta de agua.

Por estos años la situación de Juan era muy penosa. Seis hijos, su mujer enferma, no salía ningún contrato y reuniones muy pocas. Tal era la situación que tuvo que ir vendiendo la ropa que había traído con su familia a su regreso de Francia y Madrid para poder subsistir. En estas circunstancias Juan se vio forzado a su edad (56 años) a tirar de la tralla.

De esta época de posguerra y hambruna cuenta su nieto Manuel de Fuengirola (1) que la Marquesa de Cauche, que era gran aficionada al cante, vino una tarde desde su hacienda a las playas de El Palo con la intención de saborear los cantes de Juan. Aquella tarde se encontraba Juan tirando de la tralla, le avi-



FOTO 27.—Manolo Blanco,
"Carbonero de Fuengirola".

saron y, rápidamente, llegó al merendero de Traganúo, lugar donde ella esperaba. Por lo visto la señora quedó sorprendida de la apariencia de pobreza que ofrecía Juan pues venía vestido con la ropa de faenar. La señora le invitó a sentarse a su mesa y después de que Juan hubo comido algo, comenzó a cantar. Pero él no ignoraba la

sorpresa que su aspecto había causado a la Marquesa, así que en un momento de su actuación, de manera inesperada, cantó el siguiente fandango:

*Porque me ven "malvestío"
"tó" el mundo me da de "lao".
Y el que va bien "presentao"
en "to" los sitios es "admitío"
sin saberse si es "honrao".*

Terminado este cante —que era una clara expresión de orgullo— dio por finalizada su actuación y, sin prestar atención a las súplicas de la Marquesa, se marchó. No obstante, con posterioridad pudo esta señora oír cantar al Niño de las Moras en otras muchas ocasiones, incluso llegaron a ser amigos.

Pocos aficionados saben que el Niño de las Moras a sus 56 años se vio obligado a meterse hasta la cintura en el agua a las cinco o seis de la madrugada, calarse la tralla al hombro y engancharse con ella en la beta, empujando



FOTO 28.—El Niño de las Moras con sus amigos los marengos.

con toda el alma para sacar el copo a la orilla. Mucho puede tener de poético esto, pero en el caso de Juan era simplemente una mala pasada del destino.

También es un hecho vergonzoso el que la sociedad no estuviera preparada para, por medio de sus

instituciones, proteger a personas que como el Niño de las Moras eran tesoros artísticos y culturales, dignos de ser tratados (al menos en su vejez) con las atenciones que se merecen quienes nos hacen sentirnos orgullosos como pueblo.

NOTA

(1) Este Manuel es cantaor conocido con el nombre artístico de Carbonero de Fuengirola.

AMBIENTES FLAMENCOS Y SUPERVIVENCIA

Los ambientes del flamenco no siempre han sido los más recomendables desde el punto de vista de las “buenas costumbres”. Como en todo, te podías encontrar con gente enamorada del flamenco como fenómeno cultural y artístico, pero también con gente que sólo buscaba la juerga y cachondeo mal entendido. En más de una ocasión tuvo el Niño de las Moras que soportar reuniones de este segundo tipo por necesidad, ya que él no lo pasaba bien en estos ambientes. De cualquier manera, ya sabía cómo actuar en situaciones de éstas. La anécdota que vamos a relatar viene a corroborar lo que decimos:

De las muchas tabernas que había en El Palo, la que pertenecía a Emilio Román, que estaba situada donde hoy se encuentra el restaurante Hija de Antoñín, se caracterizaba por acoger a todo tipo de reuniones y personajes de dudosa reputación. Al propietario Emilio Román le gustaba la juerga y habitualmente participaba de ellas. Solían acompañarse estas fiestas con prostitutas y abundante alcohol.

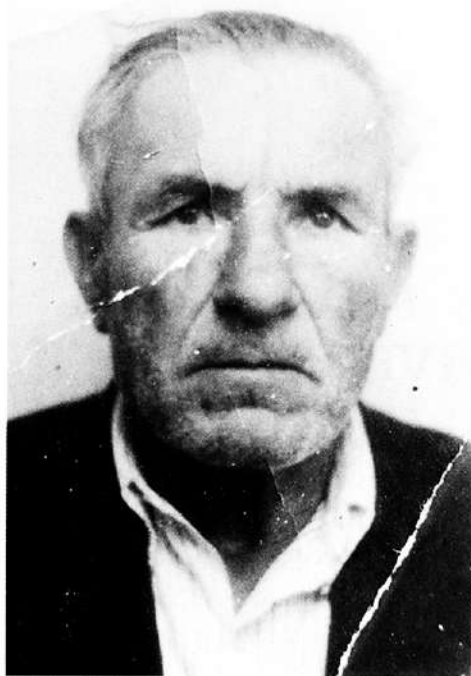


FOTO 29.—Emilio Román.

Pues bien, a una de ellas acudió Juan cierto día, requerido por un grupo de juerguistas. Al llegar a la taberna ya advirtió Juan que la mayoría de ellos estaban borrachos y el ambiente estaba excesivamente caldeado, así que tuvo la idea de pedir por adelantado el dinero por su actuación. Al momento, uno de ellos sacó la cartera y pagó lo acordado a Juan. Ya más relajado comenzó con sus

cantes, que se prolongaron hasta la madrugada. En esta ocasión no salió mal parado, pero de todos eran conocidas las actitudes chulescas de estos señoritos con dinero que en muchas ocasiones se marchaban sin pagar nada al cantaor, después de haberlo tenido toda la noche cantando para ellos.

La anécdota que nos cuenta su hijo Manolo nos sirve para seguir acercándonos al mundo oscuro —a veces ruín— de algunos ambientes flamencos de la época. El “Traganúo” es el apodo del propietario de un merendero y, también, patrón de una barca en la que Juan tiraba de la tralla cuando las cosas del cante no

daban suficiente para comer. Corrían los años 42 ó 43. Un día se encontraba el Niño de las Moras charlando en la playa con unos amigos pescadores cuando se le acercó un muchacho y le dijo: «Compadre, ha llegado un grupo de hombres y mujeres preguntando por usted. Le están esperando en el merendero del “Traganúo”». Al momento dejó la charla, se dirigió hacia al merendero y se presentó a ellos. En cuanto vio que se trataba de gente de dinero conocida de Málaga y acompañados por prostitutas se sintió a disgusto y comenzó a pensar en la manera de irse.

Ya era tarde para ello y no tuvo más remedio que acompañarles al reservado y comenzar con ellos la juerga. Los platos de pescado y las botellas de vino llegaban una detrás de otra sin aparente control; el



FOTO 30.—Primera fila de izquierda a derecha: Agustín Núñez, Antonio de Canillas, Pepe de la Isla, Manuel Ávila y el Niño de las Moras.

tono de la juerga subía y apenas se escuchaba nada de cante. Esto enervaba a Juan, que tras pasar allí tres horas con ellos, encontró la manera de salir de allí: les pidió permiso para ir al servicio y ya no volvió. Cuando cayeron en la cuenta los “señores” comenzaron a protestar y armaron una trifulca negándose a pagar las consumiciones. Al final hubo paz, pero aquel día el Niño de las Moras “trabajó de balde”.

A pesar de las fatigas que en aquella época se pasaba, Juan prefirió pasar de aquella juerga. Y es que Juan no era muy amigo de ellas, bebía sólo en reuniones por estar a tono con el ambiente, pero no era muy aficionado a beber. A él el flamenco le interesaba por todo lo que encierra de profundidad cultural y artística, por la capacidad de comunicación que suponía para él como cantaor y como aficionado. El cante era importante para él por lo que contiene, no por lo que había a su alrededor. Sin embargo se veía abocado a convivir con estos ambientes soportando a los señoritos de turno y algunas veces para no obtener nada a cambio.

Hay que decir a propósito de esa anécdota que lo narrado no era lo más habitual en este merendero. En otra ocasión fue llamado Juan por Manolo Caracol y Pepe Pinto para compartir el cante con ellos y en otras ocasiones los aficionados que le requirieron en este merendero eran gente honrada y verdaderos aficionados al cante.

El Niño de las Moras se sentía a gusto en las reuniones de aficionados que se realizaban en otros locales de nuestra barriada que no estaban disponibles para el tipo de juergas que citábamos antes: el



FOTO 31.—De izquierda a derecha: Eugenio Chicano, Niño de las Moras, La Paula, Antonio Vargas y Luis Torres.

restaurante Casa Pedro, bar Aurelio, bar Las Delicias que estaba en calle Almería (este bar pertenecía al padre de Rafael, quien puso otro bar de igual nombre en calle Mar) y otros. Eran sitios donde se le podía oír bien a Juan; a ellos venían aficionados de los pueblos cercanos y de Málaga capital para disfrutar los cantes del Niño de las Moras. En estas reuniones Juan se entregaba por completo y disfrutaba tanto como los que venían a oír. No necesariamente cobraba estos cantes; él cantaba siempre, pero sólo cobraba cuando era requerido por un grupo de aficionados que llegaba de Málaga en su busca.

Solía ir en sus últimos años a echar uno de estos ratos de tertulia y cantes al bar Jundilón y a una baldonería que había junto al Pilpil. Allí se reunía con el

dueño y otros viejos y echaba buenos ratos. También solía cantar en algunos fiestas privadas en chalets de las urbanizaciones Miraflores y El Candado.

Por fin cambia un poco la situación y en el 44, 45 ó 46 es contratado en la Venta de Almellones. Esta venta estaba donde hoy se encuentra el Club Náutico El Candado. Allí actuó durante tres años, se acompañaba a la guitarra de Rafael "El Rutina". Este guitarrista no era paleño, pero vivió aquí en calle Vara mucho tiempo. Cuando murió le enterraron en el cementerio de El Palo. Era mucho mayor que el Niño de las Moras, pero se llevaban muy bien y actuaron juntos durante muchos años tanto en la venta Almellones como en otras actuaciones que le salían al Niño de las Moras.

Junto al Niño de las Moras también actuaba en esta venta El Niño de Coín. Durante estos años Juan solucionó sus problemas económicos porque además de estas actuaciones de la venta le salían reuniones con grupos de aficionados para cantar en fiestas privadas en fincas como la Pineda de Olías, la Malango de Arroyo Gálica, los Morales de Tállez de Jarazmín, Santa Paula de Jarazmín, El Mayorazgo del Limonar, etc.. Esto supuso el abandono de las moras y de la tralla durante este tiempo.

Dentro del barrio, otro merendero donde él solía actuar para reuniones era el Cazorla, inaugurado en el año 31. A él acudían muchos aficionados para organizar "reuniones". Aquí coincidió en una ocasión con Pepe Pinto, que llega allí con un grupo de amigos atraídos por la fama del buen pescado que Cazorla vendía. En otra ocasión, por los años 50 y según nos



FOTO 32.—Niño de las Moras.

cuenta Juan Cazorla, llegaron al merendero un grupo de aficionados sevillanos buscando al Niño de las Moras para que les cantara. Avisado Juan acude al merendero con su hermano José que, como ya aclaramos al principio, recitaba poesías creadas por él mismo, además de cantar bien por fandangos. A poco de comenzar la reunión, uno de estos aficionados pide chanquetes a Juan Cazorla. Como no tenía, pero tampoco quería que se quedaran a disgusto, Cazorla les engañó por partida doble; les dijo que les serviría chanquetes ingleses, pero lo que en realidad les sirvió fue macucos (alevines de distintas especies).

Hay ocasiones en las que uno piensa que el flamenco trae consigo “mal farío” a todo aquel que se acerca a él de manera intensa y apasionada. La historia del flamenco está llena de casos que, como los de Juan Breva y Antonio Chacón, nos hacen pensar eso. Estos cantaores, después de haber llegado a ser los mejores de su época y ganar grandes cantidades de dinero y el reconocimiento de toda la afición, se encontraron a la vejez desamparados y en la más completa ruina

No es el caso del Niño de las Moras porque éste ni llegó a ser el mejor ni llegó a ganar tanto dinero; por otro lado, tampoco quedó en la miseria gracias a su familia. Sin embargo, podemos decir que sí le ocurrió algo parecido a uno de los más grandes cantaores de Málaga: Sebastián “el Pena”. Después de conocer el éxito tuvo en su vejez que depender de las atenciones de su familia porque todo lo que ganó durante su vida artística lo perdió al final de su vida.

En 1954 Sebastián comienza a vivir en El Palo, en la calle Conde de las Navas, en la casa de sus dos sobrinas. En Málaga había vivido en la calle Madre de Dios y, más tarde, en Guerrero Strachan. Atrás quedó el bar que tenía en la malagueña calle Méndez Núñez, que tantas veces se llenara de ecos flamencos, pues era uno de los sitios donde se daban cita los aficionados y cantaores de Málaga.

Pues bien, el destino hace que en la misma calle que vive Antonia, la hija mayor del Niño de las Moras, se afincara El Pena. El Niño de las Moras va a tener bien cerquita la tertulia flamenca.

Antonia era de la misma edad de estas dos sobrinas de El Pena y se llevaba muy bien con ellas. Juan, su padre, la visitaba a diario, así que, en cuanto llegó El Pena a casa de sus sobrinas le hizo una visita. El Pena era mayor que el Niño de las Moras, pero habían coincidido en el mismo escenario en varias ocasiones y tenían muchas cosas en común; la más importante de ellas: el flamenco.

Poco a poco, las visitas se fueron haciendo más frecuentes, hasta convertirse en indispensables. Sebastián no recibía más visitas que la del Niño de las Moras. Entre cante y cante un rato de recuerdos y añoranzas de éxitos pasados, el Niño de las Moras le cantaba las malagueñas de la Trini y las de Chacón; también le hacía la de Baldomero Pacheco, que para Juan siempre fue "la del Pena". Sebastián se emocionaba oyéndole y pasaba unos ratos muy agradables con él. Por su parte, una de las cosas que más le enorgullecía era ser el cantaor preferido de la Emperatriz

Eugenia de Montijo, para quien cantó en muchas ocasiones.

A veces, si las fuerzas se lo permitían, paseaban hasta las Cuatro Esquinas recordando historias de cuando se conocieron en el Café de Chinitas; en otras ocasiones los paseos no iban más allá de los alrededores de la casa, pero siempre disfrutando con los recuerdos y las conversaciones sobre los mil y un temas conflictivos que el flamenco ofrece a los aficionados.

Cada cierto tiempo, la monotonía se rompía y la vida de la casa era de pronto más dinámica. Aparecía José, el hijo de Sebastián conocido como "Pena hijo". José nació en 1900, es decir, 14 después que el Niño de las Moras. Igual que su padre compartió escenario muchas veces con Juan en los años 20. Estando contratado en Madrid con la compañía de Angelillo, estalla la Guerra Civil y por ser éste republicano, tuvo que abandonar España, dejando el piso que José tiene en la Castellana y se asientan en Argentina. Allí triunfan en los mejores teatros de Buenos Aires y de Córdoba, En esta ciudad inauguran un restaurante que les deja grandes beneficios.

Es en Buenos Aires donde José conoce a Sabicas y realiza varias grabaciones con él. La amistad que surge de esta relación es grande y en una ocasión José regala a Sabicas una guitarra. Su gusto por la guitarra era algo que se desaprovechó porque, al parecer, pudo ser un buen guitarrista si se hubiera dedicado a ella. Otra de las pasiones de Juan "El Pena hijo" eran los caballos.

Pues bien, volvamos a la casa de sus primas en la calle Conde de las Navas. José visitaba a su padre y sus primas muy a menudo cuando venía de Argentina, pero no se relacionaba con nadie ajeno a la casa; se encerraba en una habitación a leer y le molestaba mucho que le interrumpieran; sólo salía de su encierro voluntario cuando llegaba el Niño de las Moras. Se repetían entonces las situaciones que Juan vivía con Sebastián: conversaciones sobre la esencia de los cantes, cantes y recuerdos de anécdotas pasadas. A José le gustaba especialmente que Juan le hiciera sus pregones. José murió en Argentina.

Estas situaciones se repitieron hasta que Sebastián muriera en 1956, Sebastián no llegó a ver al Niño de las Moras como ganador del primer premio de Tarantas y Cartageneras en La Unión. Dos años duraron estas sesiones de tan buen caldo. ¿Qué seríamos capaces de dar muchos aficionados por estar presentes en estas conversaciones entre gigantes de la cultura flamenca?; ¿cuánta sabiduría y experiencia debió derramarse en estas reuniones sin orden del día ni temas previstos?; ¿qué cantes se escaparon a los micrófonos de una grabadora, quedando para siempre en el aire sólo saboreados por ellos dos?

Sebastián fue enterrado en el cementerio de El Palo.

LA PEÑA JUAN BREVA Y EL RECONOCIMIENTO

Ya de muy mayor el Niño de las Moras comienza a visitar la joven peña de Juan Brevva. En ella se encuentran los mejores cantaores malagueños: Diego El Perote, Ángel de Álora, Manolillo el Herraó, Antonio de Canillas, Pepe de la Isla, Cándido de Málaga, Adolfo el Cuchillero, etc. De ellos, por desgra-



PEÑA
JUAN BREVA



Tarjeta del socio

D. **JUAN RODRIGUEZ MINGORANCE**

Domicilio **Callejón Altillo, 11 (EL PALO)**

Fecha de ingreso **15 de Junio de 1.962**

Expedida en Málaga a **12 de Enero de 1.967**

EL PRESIDENTE

EL SECRETARIO

FOTO 33.—Carnet de socio de la peña Juan Brevva.

cia, sólo quedan vivos y en activo Antonio de Canillas y Cándido. Aunque Juan era socio, en el listado que publica Antonio Mata Gómez en su libro "la Verdad del Cante" no aparece, pero nosotros hemos podido conseguir el carnet de socio de Juan, que, por cierto, está expedido con fecha de 1 de enero de 1967.

En esta peña Juan se encuentra a gusto y echa sus buenos ratos de tertulia y cante. Son muchos los cantaores malagueños y de otras provincias que le visitaron en esta peña para oír sus cantes y aprender de sus conocimientos y experiencias.

La vida de este hombre de la mar y del cante era más un vendaval que levante o poniente. Las olas lo mismo le golpeaban para sacarle a flote que para hundirle. Tras estos años de mar en calma, la vida le golpea como tormenta con la muerte de su mujer en el año 63. Queda sólo, hundido en una fuerte depresión y no sale a la calle durante un tiempo. Desde el principio de este triste suceso, vive con él en su casa (calle Altillo n.º 11), incluso durmiendo en la misma cama con él, su nieto Manuel (coautor de este libro) que entonces tenía 11 años. La casa de calle Altillo en realidad era más cueva que casa; tenía un portal de obra, éste continuaba con una habitación también de obra y a continuación había una cueva espaciosa que se dividía en dos habitáculos por unas cortinas colgadas del techo. No hemos podido fotografiar la cueva porque actualmente está tapiada. En esa cueva se quedaba a dormir algunas noches Barquerito de Fuengirola (entonces se llamaba Moyanito) con otro nieto del Niño de las Moras: Manuel Blanco. Estos venían a El Palo para aprender de sus cantes.



FOTO 34,—En una actuación.

Como decíamos antes, Manuel Ternero y Juan duermen juntos en la misma cama durante casi 14 años, hasta que Juan, a sus 70 años, enferma del hígado y permanece muy enfermo durante seis meses. Gran parte de lo que se cuenta en este libro son las informaciones de las largas conversaciones que tuvo Manuel con su abuelo.

Cuando enferma compra una casa que estaba junto al número 17 de la misma calle y que era la casa

de su hijo Manolo. Manolo se cambia al número 11 con sus hijos y el Niño de las Moras pasa a vivir en la de él con sus dos hijas solteras Aurora y Lola.

Antes de estos hechos y durante decenas de años esa calle Altillo, estrecha y encalada, ha sido una fuente de "soníos flamencos". Cuando no cantaba Juan lo hacía Carmen Mota. Con ella estuvimos hablando una tarde de septiembre del 94 en su casa. Esta mujer temperamental, que tiene una voz como un templo, recibió un homenaje en el 95 en reconocimiento por su amor al cante. Si no hubiera nacido con el sino que nacen las mujeres en esta sociedad patriarcal, habría sido cantaora. Ella, como casi todas las pobres, tuvo que dedicarse a "sacar palante" a su familia, sin más tiempo para nada. Atrás quedó la posibilidad de dedicarse al cante, cosa que según el Niño de las Moras y todos los que la han oído cantar, podía hacer perfectamente, pero no fue ese su destino.

Ella nos contó aquella tarde que echaban mano a mano en la calle y todo el mundo se paraba a oír. Carmen dejaba las cosas de la casa si encartaba echar un rato de cante con Juan, que siempre estaba dispuesto. Nos contó que entonces la calle era como una familia. Había sólo 15 casas y todos se llevaban muy bien, aunque de vez en cuando había algún problemilla. Así, entre comentario y comentario, Carmen nos cantó más que nos habló. En ella vimos toda la emoción desbordada de quien nota que con el paso del tiempo se le escapa lo que sabe hacer: el cante. Ante eso Carmen se rebelaba cantando. Nos obsequió con cantes de Baldomero Pacheco, de Porrina de Badajoz,

malagueñas de Chacón, granaínas, cantes y canciones de Angelillo, fandangos y hasta canciones de carnaval del Chicuelo. Una a una se fueron quedando atrapadas en la grabadora que llevamos con nosotros y que ningún reparo provocó en Carmen.

Pero, volviendo al relato de los años de la peña, una vez superada la depresión que le produjo la muerte de su mujer, Juan sigue acudiendo a la peña Juan Breva y en el 64, por iniciativa de Luque Navajas, se graba el más significativo de los discos antológicos de cantes de Málaga, en el que no podía faltar el Niño de las Moras: "Café de Chinitas". En este disco Juan graba una malagueña de Antonio Chacón y otra de Baldomero Pacheco con tal perfección que, según la opinión de muchos cantaores y aficionados, es casi imposible mejorarlas hoy. La de Baldomero Pacheco la aprendió del Pena y cuando la interpretaba siempre decía "Malagueña del Pena". El Niño de las Moras sólo tiene dos grabaciones: la mencionada de "Café de Chinitas" y otra con los pregones en un disco que no hemos podido localizar, pero, por suerte, sí los podemos disfrutar en la grabación doméstica que se reproduce en la cinta que acompaña a este libro.

Acerca de la grabación del disco "Café de Chinitas", Luque Navajas nos contó que el Ayuntamiento de Málaga había contratado un autocar para que los artistas que participaban en la grabación se desplazaran a los estudios en Madrid. Cuando llegaron a Madrid, una vez acomodados, el concejal representante del Ayuntamiento de Málaga

Alberto Peláez Domínguez, que había hecho muy “buenas migas” con Juan, le invitó a pasear por la ciudad y le llevó al rastro. A la vuelta del paseo, Juan venía muy orgulloso y contento por el detalle y contaba a sus compañeros que le había llevado al “retazo”. Todos reían con los detalles y confusiones de palabras



FOTO 35.—El Niño de las Moras actuando.

que cometía Juan, pero a la vez, todos admiraban su sencillez su inocencia y su bondad.

No le gustaban nada micrófonos, ni los focos, ni nada que pudiera entretener y desnaturalizar los cantes. Acerca de esto existe una anécdota curiosa que le ocurrió siendo ya mayor. A propósito de una actuación en el cine Royal (o en el Alameda), situado en el escenario y listo para cantar al levantarse el telón se quedó parado mirando al público, pero sin verlo por estar deslumbrado por los focos. Varias veces le tuvieron que decir que empezara, pero él seguía allí clavado, totalmente ciego por el efecto de los focos. Tal vez esto sea uno de los ocultos motivos de su gran animadversión hacia lo artificial de las actuaciones ante grandes públicos, y uno de los motivos de sus reiterados rechazos a grabar.

“El cante hay que decirlo a pelo liso”, decía con frecuencia en señal de rechazo a los micros. Sin embargo eso no significa que valorara excesivamente las voces potentes, pues ya de viejo decía que los cantaores que tienen mucha voz no hacen los cantes bien: “el cante tiene que salir de la talega de los garbanzos” y “lo más importante de un cantaores es aguantar los tercios”. Viene bien la anécdota siguiente para ilustrar esta opinión.

En el 64 Pepe Marchena visita la marisquería La Florida (también llamada El Pilpil) en El Palo. Su dueño era muy buen aficionado al cante. El Gorillo, que es el nombre por el que se le conoce, hacía bien los cantes de Palanca y también los de Marchena. Pepe Marchena se muestra interesado por conocer al Niño de las Moras y le mandan llamar. Allí Marchena hace

un cante con el cigarrillo en la boca mostrando su gran voz; entonces Juan le cantó la malagueña de Chacón y por Tarantas, dejando sorprendido a Marchena. Acabados sus cantes y siendo consciente de la impresión que había causado a Marchena, le mostró su desacuerdo con el cante de falseta y le regaló con su frase ya familiar: “el cante tiene que salir de la talega de los garbanzos”.

Durante estos años los aficionados malagueños se van dando cuenta de la calidad artística y humana del Niño de las Moras. Muestra de ello es que García Herrera le dedica unas páginas de su libro *Cosas de Málaga. Pregones y cantares*, escrito en 1967, donde cuenta historias de su niñez y de sus pregones. También la Peña Juan Breva le obsequia con un homenaje a nuestro protagonista en este mismo año de 1967. El domingo 5 de noviembre a las 11'30 de la mañana y con la colaboración de Radio Juventud, la Peña Juan Breva organiza un merecido homenaje en el Teatro Cervantes.

A este homenaje se sumó una larga lista de cantaores compañeros de él, que actuaron sin cobrar: Pepe Alnazcollar, José Palanca, Antonio Canillas, su nieto Manolo Blanco, Pepe de la Isla, La Jimena, La Paula, etc. El homenaje fue todo un éxito: la taquilla tuvo que cerrar por falta de entradas. Antes se habían vendido carteles de una caricatura de Juan que realizó el organizador del homenaje, Eugenio Chicano. Al final le entregaron 35.000 pesetas, que, como siempre, repartió al día siguiente entre sus nietos e hijos.

Ya por estas fechas el Niño de las Moras aunque agradeció el homenaje por lo que de reconocimiento tenía, no necesitaba ninguna ayuda económica, pues su familia le cubría de sobras todas sus necesidades. Prueba de ello es que, dada su afición a vestir de traje, llegó a tener hasta 12 trajes comprados por sus hijos.

No por eso deja de cantar en público. En el año 69, cuando el emplazamiento de la feria de Málaga era el parque, el Niño de las Moras canta en la caseta de la peña El Palustre.



FOTO 36.—Actuando en la caseta El Palustre, en la feria de Málaga.

Casi a diario Juan visitaba la peña. Solía sentarse siempre en el mismo rincón junto a Diego el Perote. Pasaba un buen rato charlando y tarareando los cantes de los que hablaban. En torno a ellos dos se formaban, de vez en cuando, tertulias que podían terminar en cante o no. Si era algo sin mayor importancia él tarareaba aquello por lo que le preguntaban.

Juan tenía una máxima cuando se trataba de reuniones en las que los aficionados se lanzan a cantar espontáneamente sin orden. El decía que, en estas ocasiones, cantaba poco porque se aprendía más oyendo que cantando. No quiere decir esto que le gustaba guardarse para sí lo que sabía; al contrario, Juan era muy generoso en este aspecto y hacía lo que le pedían sin poner ningún inconveniente. Juan hablaba poco, pero no eludía la conversación. Era escueto pero no seco en sus respuestas; si alguien enturbiaba el ambiente de la tertulia elevando el tono de voz o tratando poco civilizadamente a los contertulios, o si aparecía algún aficionado de estos que creé encontrarse en posesión de la verdad y faltaba al respeto o creaba un ambiente enrarecido, en estas situaciones Juan lo pasaba mal y se marchaba, al igual que ya lo hizo en el año 42, en el merendero del Traganúo, decía que iba al servicio y no se le volvía a ver. Juan eludía las discusiones, sólo quería estar con "gente güena" y "güenas reuniones". Era una persona pacífica, humilde y muy humana, sencillo e inocente.

El Perote solía contar una anécdota que mostraba su sencillez e inocencia. Nos la cuenta Pepe Hidalgo que estuvo presente en una de estas reuniones o tertulias en la que El Perote y Juan hablaban entre ellos

recordando historias de sus salidas para actuar. Sobre el año 66-67 ó 68 actuaron juntos en Melilla; tras la actuación, Juan, como siempre, nada más coger el dinero se preocupó de enviárselo a su familia a Málaga. Metió el billete en un sobre y lo mandó desde el edificio de Correos. El Perote quiso gastarle una broma y le dijo:



FOTO 37.—Niño de las Moras
pregonando.

“Pero Juan, ¿cómo has enviado el billete?, debías haberlo enviado en moneda. Puede que se pierda por el camino”. Juan, preocupado, llegó incluso a intentar solucionarlo en Correos; por supuesto, ya no pudo hacer nada.

Cuando Diego El Perote contaba esto, todos los allí presentes se reían y Juan hacía lo mismo reconociendo así su inocencia.

El Perote y Juan eran buenos amigos. Sin embargo, existían diferentes gustos por el cante. Es de todos conocido que, aunque ambos eran sobrados espe-

cialistas en cantes por malagueñas, cada uno mostraba preferencias diferentes. Un ejemplo muy claro de ello lo tenemos en las discrepancias con respecto a la malagueña de Baldomero Pacheco. Ésta era interpretada por el Niño de las Moras con una maestría inigualable. En cambio, El Perote no la interpretaba nunca; incluso cuando Juan se disponía a hacerla, El Perote soltaba un característico carraspeo de garganta que todos interpretaban como un gesto personal de desaprobación (cuando se hacía un cante que no le gustaba siempre carraspeaba, especialmente ostensible era el carraspeo cuando se trataba de Zánganos).

Además de diferencias en los gustos también existían entre ellos diferencias en las actitudes. Juan bebía lo imprescindible y Diego no se controlaba lo suficiente. Juan hablaba poco y Diego llevaba la voz cantante entre ellos. En reuniones de aficionados en las que todos participaban cantando, Juan lo hacía cuando se lo pedían y Diego monopolizaba las intervenciones. Eran, pues, dos personalidades distintas y, sin embargo, inseparables en la peña.

Pepe Hidalgo solía ir a la peña siempre acompañado de su grabadora. Aún así nunca grabó sus cantes, aunque pensaba que los cantes de Juan serían eternos y nunca faltarían. Hoy se arrepiente de ello, sobre todo cuando recuerda cierta ocasión en la que Juan y El Perote echaron un mano a mano. Después de estar un buen rato cantando, cada uno hizo la malagueña que más les gustaba interpretar; El Perote, la de la Trini y el Niño de las Moras, la de Baldomero Pacheco. Esas dos interpretaciones crearon en el local tal euforia que desde entonces Pepe y

los que estaban allí ese día han considerado que jamás se han vuelto a interpretar con tanta perfección e intensidad esos dos estilos de malagueñas. “Yo no las grabé, pero si alguien lo hizo puede estar seguro de tener un documento único e insuperable para el cante”, decía Pepe Hidalgo.

Así, entre noches memorables y otras no tan intensas, pero siempre interesantes, vivía Juan aquella época de visitas a la peña de Juan Breva. Al final de la noche siempre había algún amigo que le trajera a su casa, unas veces lo hacía Luque Navajas, otras, Enrique del Pino y otras, Paco Leal o Salvador en su moto. Antes de esto, cuando se encontraba mejor físicamente, Juan siempre se iba andando al Palo. Cuando le regañaban por ello: “¡¡Pero hombre, porque no coge usted el tranvía!!”, él contestaba: “Para eso, lo que me voy a gastar, se lo doy a mi hija y mi familia”.

Entre estas experiencias, cuando ya parecía que su vida como cantaor sólo podía esperar este tipo de actividades ya a sus 81 años (1967) le llegó el mayor reconocimiento como cantaor. Se presentó animado por Pepe Baena al Concurso Nacional de La Unión, recibiendo allí el primer premio de Tarantas. En esta misma edición se presentó también Canalejas de Puerto Real. Se cuenta que Canalejas, en cuanto supo que se presentaba el Niño de las Moras, dijo: “Esto ya tiene premio, es para el Niño de las Moras”. Efectivamente, después de haber cantado Juan todos lo daban por ganador.

Ganar un premio de este prestigio y a tan avanzada edad fue algo que llenó de orgullo a Juan. Se puso loco de contento. Al recibir el premio les recordó

a los asistentes al concurso que en el año 18 él fue contratado por una semana y se tuvo que quedar tres meses gracias al éxito que obtuvo (esta anécdota ya la hemos contado). Ese día se volvía a repetir el éxito 51 años después.

Hemos podido contactar con quien lo llevó a este concurso: Pepe Baena. Con él quedamos citados para hablar en el local de la Asociación de Vecinos de El Palo. Allí nos habló de muchas cosas relacionadas con el flamenco y sobre todo del Niño de las Moras a quien conocía desde que Pepe era niño. A continuación les narramos la “odisea” que según Pepe fue el viaje a La Unión:

El grupo que acompañó al Niño de las Moras estaba formado por: Pepe Baena que conducía, Ramón Moreno Rodríguez, Juan de la Loma, Felipe Vázquez (entonces socio de Pepe Baena) y Luis Peña que adoptó el papel de “ama de compañía” de Juan. Puesto que ya estaba mayor y poco acostumbrado a viajar, Juan se pasó un viaje horrible. No dejó de vomitar hasta llegar a Adra. Cada cincuenta kilómetros, había que parar para que Juan vomitara. Siempre le acompañaba Luis Peña, que le sostenía por el brazo. Cariñosamente, le ponía la mano en la frente y le dispensaba todos los cuidados que podía. Una vez llegados a Adra, pararon en un bar que había junto a la carretera. Juan no quiso entrar, prefirió quedarse en la puerta tomando el aire, se sentó y pidió una “Santa” que era así como llamaba al refresco de naranja Fanta.

Sus acompañantes, entraron a tomar algo y al rato de estar allí oyen la voz del Niño de las Moras

cantar por malagueñas; salen del local y la sorpresa fue mayúscula: allí estaba Juan, cantando para cerca de cuarenta personas. Entre carreros que tenían aparcados sus carros en aquel lugar y paseantes, le rodeaban para escucharle una multitud.

—“Pero hombre, Juan, ¿después del viaje que ha tenido se pone usted a cantar?” —le dijeron sorprendidos sus compañeros de viaje.

—“¿Y qué voy a hacer? —les respondió Juan—, si nunca han escuchado mis cantes”.

Tan animada se puso la reunión, que incluso consiguieron que Juan de la Loma se arrancara con algunos cantes. Una vez terminado este episodio, reemprendieron el viaje, y ya sin más incidencias llegaron a Cartagena. Allí, se acomodaron en la Residencia Mediterránea, donde Pepe Baena había reservado habitaciones. Juan, llegó tan cansado que no quiso cenar y se retiró a la habitación, que compartía con su atento compañero Luis Peña.

A la mañana siguiente, Luis Peña, les confió a los demás que había pasado una de las noches flamencas más inolvidables de su vida: Luis les contó que Juan al llegar a la habitación y después de ser ayudado por él a desnudarse, se recostó sobre la almohada de su cama y estuvo cantando hasta las siete de la mañana. No era un cante destinado a ningún oyente, era el cante de un hombre cuya vida no se podía entender sin el cante. Cantaba como quien piensa en lo ocurrido durante el día para coger el sueño. Luis estaba pleno de satisfacción y no llegaba a creer que aquel hombre, tan menudo y pacífico, tuviera tanta

energía. Apenas durmió unas horas y ya estaba en pie, acompañando a los demás, camino de la cafetería Dember, que estaba situada frente a la residencia donde se hospedaron. Una vez allí, de nuevo sorprendió a todos desayunando un plato combinado de: filete, huevos y patatas acompañado éste de un café. Pero no fue suficiente comida y acabó el poco café que le quedó, con un bollo que pidió al acabar el plato. A continuación fueron a dar un paseo por el puerto y hasta la tarde no se vieron con miembros del jurado. En estos años los concursantes solían pasar una prueba de calidad para pasar a la final, y puesto que Juan estaba muy mayor, Pepe Baena habló con el presidente del Jurado para que éste le evitara las pesadas horas de espera para realizar esta prueba. Esteban Bernal accedió y quedaron citados en un medio más adecuado. Se vieron en el Bar Pagán. Una vez allí, Esteban Bernal, que era el presidente del jurado, le pidió un cante por tarantas. Juan, con la inocencia que le caracterizaba, le dijo que esos cantes los guardaba para el concurso (cosa que anteriormente le había recomendado que hiciera Pepe Baena) entonces Esteban le indicó que cantara por tientos. Juan cantó con tanto paladar que Esteban entusiasmado le pidió que no cantara más:

—“No cante usted más, a ver si se pone ronco, déjelo para el concurso”, le dijo. Entonces Juan le respondió: “Yo ronco, ¿qué quiere usted que le cante?, yo soy capaz de cantar siete meses seguidos”. Y continuó con una soleá de Juan Breva, con la misma maestría que la hubiera cantado su creador. Quedaron pues para la final, aquel día, en la tarima hacía un viento

huracanado que hacía incomodísima la actuación. A pesar de todo, Juan cantó tan bien por tarantas, que Jacinto Almadén, que era el miembro del jurado que decidía en caso de empate, se puso en pie gritándole: ¡Ole!, cosa que hicieron también el resto de los miembros del jurado.



FOTO 38.—Recibiendo un premio.

Consiguió el premio de la taranta que consistió en una cantidad de 25.000 pts. Era tanto dinero para él que se lo metió en el bolsillo de la chaqueta y, según cuenta Pepe Baena, no sacó la mano del bolsillo hasta llegar a El Palo. Esa noche no se desnudó, durmió con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta y durante el camino de vuelta a Málaga, no bajó del coche, los cafés y copas que consumieron en las diferentes paradas que hicieron, él las tomó dentro del coche. Ni que decir tiene que fue llegar y repartirlo entre sus hijos y nietos.

En alguna ocasión se ha comentado esta anécdota del bolsillo con tono crítico interpretándolo como racanería. Nada, en cambio, más lejos de la realidad. Juan nunca tuvo dinero porque para él nunca tuvo valor en sí mismo. En todas las situaciones que vivió, hizo lo mismo con el dinero: repartirlo entre su familia; nunca lo acumuló ni le rindió ningún tipo de honores. Al contrario, lo detestaba y se gustaba ver siempre como alguien humilde que evitaba la opulencia y la apariencia.

Cuando Juan llegó a su casa en calle Altillo, Pepe Baena le aconsejó que se comprara un traje nuevo y que le visitara con él en Fuengirola.

La calle Altillo estaba ese día llena de amigos, vecinos y periodistas. Para celebrarlo, los vecinos y vecinas habían blanqueado las paredes y adornado la calle con macetas. Toda la calle estaba envuelta en fiesta.

A los pocos días, Juan con su traje nuevo, visitó a Pepe llevándole un regalo: "Te traigo un megatón", le dijo. Se trataba de un Mercator, un puro de marca muy conocida en la época.

La fama le llegó de nuevo a sus 81 años y estando enfermo del hígado, de nuevo le comenzaron a llegar contratos para festivales y actuaciones. Los periodistas desfilaban por su casa para entrevistarle, pero ya era demasiado tarde. Sólo necesitaba tranquilidad y el cariño de su familia, y eso ya lo tenía. Málaga se daba cuenta demasiado tarde de que tenía un gran cantaor.

A su edad, Juan tenía ya suficiente con sus paseos por el barrio, sabiéndose querido por todos. Se sentaba a la orilla de la mar y hacía repaso de su vida canturreándole algo a algún amigo. El rebalaje le acogía con generosidad, ahí se encontraba con viejos pescadores y hablaban como hablan los viejos: sin prisas, con regocijo y con una paz infinita.

Ahora que ya están terminando sus días, Juan se encuentra con un barrio cambiado, con las heridas de una falsa civilización sobre su piel, que antes era huertas y ahora tapa el asfalto y el hormigón. En estos años (final de los sesenta) el urbanismo feroz ya está haciendo estragos. En el barrio se levantan, agresivos, nuevos bloques de pisos robando los espacios



FOTO 39.—*El Palo comienza su desarrollo urbanístico.*

libres que antes existían y que facilitaban la relación humana sin obstáculos. Ahora la polución, el ruido del tráfico, la creciente densidad de población van asfixiando la calidad de vida.

La especulación del suelo hace que se les robe a los vecinos y vecinas una manera de vivir y de comunicarse. Poco a poco las prisas y la falta de espacio, los miedos al tráfico y la desconfianza a la vida en la calle hace que las personas se recluyan en sus casas y que la comunicación entre ellas sea más difícil y escasa cada día. A pesar de todo, todavía permanece casi igual la playa. Aún no se ha hecho el plan de regeneración de las playas y Juan podía eludir el caos del barrio urbano para refugiarse en la playa, oliendo a sardinas frescas pescadas en el "ardá"*, y viendo brillar la plata de los boquerones en la copada del amanecer.

Con respecto al flamenco, se pierden los lugares de reunión de aficionados y surgen lugares donde el flamenco se oye sólo una o dos veces al año. Cuesta siempre dinero, y es compartido con mucha gente que no necesariamente son aficionados o entendidos. Se trata de los festivales, último recurso de quienes no cuentan con un ambiente estable para oír flamenco. El Palo se va quedando sin esos bares donde era fácil oír un cante o discutir un rato de flamenco. Aún así, Juan sí que los encontraba o en la baldonería, o en casa de Aurelio, o en otros lugares del barrio que ya no eran muy concurridos, pero a ellos les bastaba.

Aún podían disfrutar viendo a los marengos jóvenes cabecear tirando de la tralla y "enjuagar" al final del esfuerzo. El copo, como siempre, se extiende

generoso sobre la arena: llegaba el momento de “patear” el pescado. Como de costumbre, el “prové” se subía en la barca y daba unos golpes acompasados con un remo para llamar a la subasta; entonces, alguien descalzo se metía en el copo entre el pescado y ésta comenzaba. Si no se vendía en la arena, el “malají” lo llevaba a pescadería, mientras el “sotarraje” reparaba las redes. Estas escenas ya es muy difícil verlas en Málaga. Por suerte el Niño de las Moras pudo disfrutarlas hasta dejarnos. Al menos, las cosas más esenciales de su niñez, vividas entre la dureza del trabajo y la dulzura de la poesía que encierran, permanecieron presentes hasta sus últimos días.

Hasta el ocaso de su vida paseó y canturreó por el rebalaje o se sentó a la orilla y con parsimonia lanzó piedras al mar. Observar cómo salpicaba ese agua hoy tan contaminada y tan limpia y clara en su tiempo, le daba paz y le hacía recordar noches de gloria.

NOTA

* Ardá: zona donde al pasar casi en la superficie del agua la “bandá” de sardinas brilla al ser iluminadas por la luna

SU DESPEDIDA

Pero todo tiene su fin. El Niño de las Moras o el Rascones o el Comparito, que por los tres apodos se le conocía, dejó el cante y la vida en la madrugada del 20 de junio de 1970. Y decimos que dejó el cante porque toda su existencia se la dedicó al cante, no para ganarse la vida sino para vivirla más intensa y poéticamente, con mayor emoción y dimensión artística.

El día de su muerte muchas personas que, posiblemente nunca repararon en él, se dieron cuenta de su existencia y pensaron en lo rentable que podía resultarles esta muerte. El diario malagueño "Sol de España" publicó que Juan había muerto solitario en su casa paleña; debía ser esta imagen más poética que la realidad y así quiso expresarla el periodista, pero la realidad era que Juan vivió hasta su muerte acompañado por sus dos hijas: Lola y Aurora. En el momento de su muerte, estaba acompañado de sus dos hijos, sus cuatro hijas, sus dos nueras, sus dos yernos, sus diecinueve nietos, y varios bisnietos. Mayor compañía no cabe. ¡Y el periodista ni se enteró!

Otro periodista, en un gran esfuerzo por resultar poético, decía que murió en uno de los rincones más

DIOCESIS DE MALAGA

Certificación de Defunción

Don Fernando Garcia Aparicio, Cura de la Parroquia
de Ntra Sra de las Angustias en Malaga

LIBRO 8
FOLIO 82
NUM. 20

CERTIFICO: Que, en los archivos de esta Parroquia, se encuentra inscrita una partida que substancialmente, dice así:

"En Malaga, a veinte
de Junio de mil novecientos setenta,
en la casa núm. 17 de la calle Attilio,
falleció:

D. Juan Tornero Rodriguez,
natural de _____
de 84 años de edad, de estado _____ e hijo de
D. _____ y de
D. Francisca
y su cuerpo recibió cristiana sepultura, el día siguiente
en el Cementerio de S. Juan.

Y, para que conste, expido la presente certificación en Malaga
a trece de Enero de mil novecientos
veinte y cuatro.



Fernando Garcia Aparicio

LEGALIZACION
(para otras diócesis)
V.º B.º
EL VICARIO GENERAL,

FOTO 40.—Certificación de defunción.

típicos de El Palo, rodeado de macetas y con su jilguero. Lo del rincón típico y las macetas podía ser, aunque suena a flamenco tónico, pero lo del jilguero él se lo habría tomado como un insulto. Juan era incapaz de tener un pájaro enjaulado. En multitud de ocasiones discutió con sus hijos por ser éstos aficionados a la caza con red.

Desde los años sesenta, su familia se encargaba de sus necesidades y no le faltaba nada. Después de haber estado trabajando toda la vida, no recibió ni una sola peseta de “vejez”, que así se llamaban a las pensiones de entonces. Ese aspecto sí muestra la soledad del artista, pero no ante las necesidades de la vida, sino ante la falta de reconocimiento de toda una vida de esfuerzos y penalidades.

Al morir no pudo evitar reflexionar sobre lo que le esperaba. En sus últimos momentos, ya delirando, canturreaba fragmentos de cantes suyos. Sus últimas palabras fueron: “...y que este cuerpo mío se lo tenga que comer la tierra”. Así fue. Los restos de Juan se colocaron en un nicho del cementerio de El Palo junto a los de la mujer que él siempre había amado. Sus restos fueron llevados a hombros por vecinos y familiares desde su casa en calle Altillo hasta el cementerio. Aquel día El Palo era una manifestación de dolor. La multitudinaria comitiva, como una ola, iba extendiendo por donde pasaba los llantos con frases de despedida elogiosas para Juan: “Adiós, Compadrito, te vas al cielo porque te lo has ganado en la tierra”, “Ya nunca volveré a escuchar tus cantes”, etc.

Al año de su muerte surge la iniciativa de erigirle un monumento en el barrio y ponerle su nombre

a una plaza. Dicha iniciativa se canaliza desde la peña El Palustre. Así pues, se forma una comisión que se encarga de ir recogiendo donativos casa por casa para pagar la escultura. El barrio se vuelca en ello y durante la feria se inaugura una plaza a la que se le da su nombre. En su centro se coloca una escultura de su busto realizada por el artista malagueño Miguel García Navas.



La Comisión Organizadora
Pro-Monumento al

“Niño de las Moras”

Le dirige la presente, para informarle que en breve, en nuestra Barriada, va a ser instalado un monumento para perpetuar la memoria de D. Juan Terneró Mingorance «Niño de las Moras», para lo cual va a ser restaurada la Plaza ubicada entre las calles Mar y Bara. La reforma y embellecimiento de dicha Plaza está aprobada por el Excmo. Ayuntamiento, el cual costeará los gastos de las obras a realizar en la misma. Para costear el Monumento, contamos con la reconocida generosidad de los vecinos de la Barriada, por lo que nos atrevemos a solicitar su aportación por medio de la presente, en la medida que considere oportuna. Dentro de unos días, miembros de esta Comisión, pasarán a recoger su donativo para esta obra, que constituirá un legítimo orgullo para la Barriada de El Palo y sus convecinos.

Muy agradecidos por su colaboración
LA COMISION ORGANIZADORA,
«Peña El Palustre»



DISEÑO: BARRIO E. BARRIO E. - SANJOSE, 10 - MALAGA

FOTO 41.—Octavilla de suscripción popular para hacer el monumento.

El acto se realizó en dos partes, una en los locales de la peña El Palustre el día 15 y la otra, la inauguración propiamente dicha. Al acto acudieron todo tipo de personajes malagueños importantes de la época: el alcalde Utrera Ravassa; Luque Navajas, que llegó a conocerlo muy bien en sus tardes en la Peña

Juan Breva; concejales del Ayuntamiento; directivos de la Peña El Palustre; el locutor Diego Gómez, etc. También estuvieron presentes sus hijos e hijas y nietos, con la compañía de cientos de vecinas y vecinos. Para finalizar el acto cantó su nieto Juan Blanco.

La plaza está en un buen sitio, el busto de Juan está colocado de manera que mira al mar, su mar. Pero sus vecinos y vecinas no podían olvidar fácilmente a un personaje tan entrañable. Años después, un grupo de aficionados deciden crear una peña flamenca y ponerle por nombre el de Niño de las Moras. Se crea la peña y

funciona durante unos años. La última actividad importante que realizaron fue el III concurso de cante "Niño de las Moras" en el año 82. Toda la actividad



FOTO 42.—Caricatura realizada por Chicano.

flamenca de estos años en el barrio es organizada por este grupo teniendo siempre presente la figura del Niño de las Moras.

En el año 77 la Asociación de Vecinos de El Palo comienza a reivindicar el adecentamiento de la plaza del Niño de las Moras que ya se encontraba en pésimas condiciones. En el n.º 0 la revista "El Copo", de octubre del 80, se sigue reivindicando a la nueva corporación municipal socialista, que se compromete a reconstruirla. En Julio del 81 y con motivo de la feria, se vuelve a inaugurar aunque sin terminar las obras.

En la revista "El Copo", de la Asociación de Vecinos de El Palo, n.º 13, de marzo-abril del 82, la Asociación de Vecinos se hacía eco de las protestas de vecinos y vecinas del barrio por el abandono de las obras de la plaza y se exigía que se terminaran con un mejor acabado del que había proyectado. Sigue la polémica sobre la plaza entre la Asociación de Vecinos y el Ayuntamiento contenida en la revista "El Copo". Ya en su n.º 23 se recoge una contestación del concejal a la editorial del número anterior de esta revista y también se recoge la respuesta del consejo de redacción, que aporta un artículo sobre la personalidad del Niño de las Moras y una cronología del tema de la plaza, la cual reproducimos a continuación:

Febrero del 80: Petición al Ayuntamiento socialista de que se reconstruya la plaza.

Junio del 80: Planos municipales de la 1.^a y 2.^a fase.

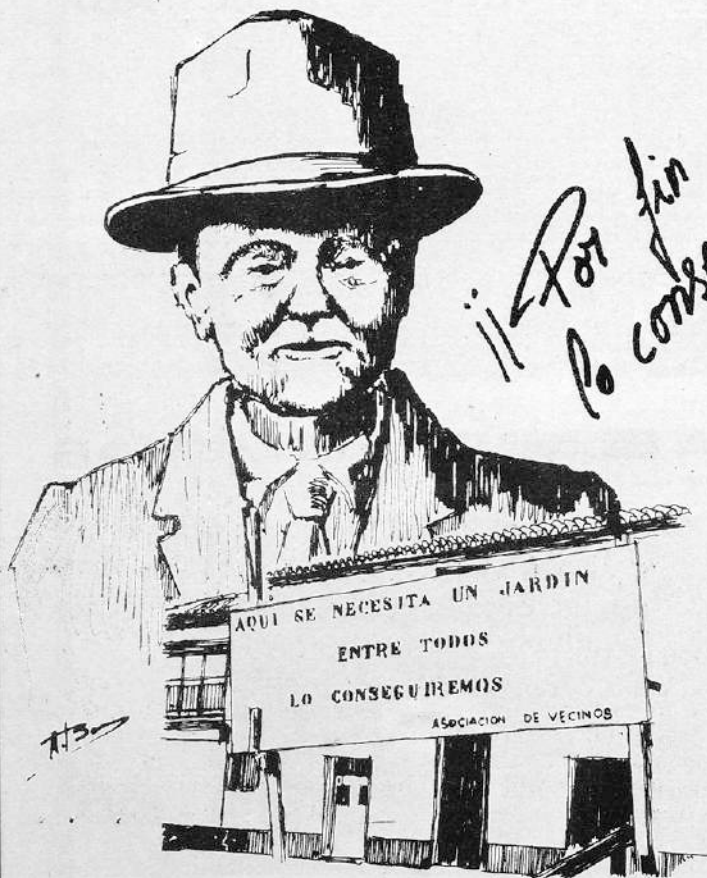
Octubre del 80: "SUR" del día 5 informa sobre la construcción de LA NUEVA PLAZA DEL NIÑO DE LAS MORAS.



EL COPO

Boletín de la ASOCIACION DE VECINOS DE EL PALO

Nº. OCT-80



*¡¡ Por fin
lo conseguimos!!!*

FOTO 43.—Portada de la revista "El Copo".

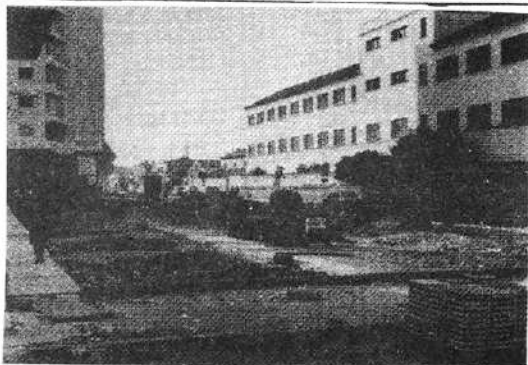


Boletín de la

N° 13 - MARZO-ABRIL-82

ASOCIACION DE VECINOS DE EL PALO

No
nos
gusta
como
va
a
quedar



PLAZA EL NIÑO LAS MORAS

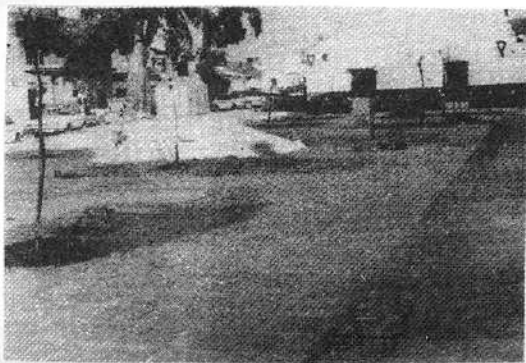


FOTO 44.—Portada de la revista "El Copo".

Octubre del 80: “El Copo” en portada: “Por fin conseguimos la plaza”.

Julio del 81: Se inaugura la plaza sin terminar la segunda fase.

Octubre del 81: El concejal dice que terminará antes de diciembre del 81.

Abril del 82: En “El Copo” n.º 13, en portada, se protesta porque la plaza no está aún terminada, y por la forma en que se pretende dejar.

Julio del 82: Nuevo plano de la plaza que ahora sí cuenta con la felicitación de la Asociación de Vecinos.

Diciembre del 82: El concejal promete que iría a la Comisión del viernes inmediato. El proyecto no fue a la Comisión.

Enero del 83: El concejal promete que iría al Pleno de enero y que la plaza se empezaría a final de febrero. El proyecto no fue al Pleno.

La polémica en torno a la segunda fase se refiere a la plaza que está situada junto a la que alberga el busto del Niño de las Moras, delante del antiguo corralón. En este lugar antes había unos lavaderos. Esta segunda fase se terminó posteriormente y se volvió a inaugurar dándosele el nombre de otro paleño muy querido y coetáneo del Niño de las Moras. Ya nos hemos referido anteriormente a él, se trata de Matías Rodríguez. Así pues, son vecinos de plaza. Los dos juntos mirando al mar: el patrón de “La Jopo”, defensor de los pobres y oprimidos, y el Rascones, pescador, vendedor de moras y cantaor.



FOTO 45.—Los autores de este libro con Enrique Castillo y Pepe Sánchez, junto al busto de El Niño de las Moras.

autodenominarse Grupo Flamenco Niño de las Moras, que todavía existe. Se dedican a organizar tertulias, jornadas didácticas, festivales. Han organizado el “Primer concurso juvenil de flamenco Niño de las Moras”. Actualmente siguen funcionando.

También aparece en el 95, en los locales de la peña El Palustre otro grupo de aficionados que se denominan Bodeguilla Niño de las Moras.

En torno a estos grupos se han forjado como cantaores aficionados varias personas. Por un lado tene-

A pesar de que la peña flamenca de su nombre se deshizo, no dejaron los aficionados de reunirse, aunque de manera ocasional. Ya a finales de los 80 se vuelve a crear un grupo que desde la Asociación de Vecinos organiza actos flamencos. En el 90 deciden aparecer como Vocalía de esta Asociación y

mos un magnífico cantador que no ha podido profesionalizarse totalmente, se trata de Antonio Román. Su hermano Pepe, sin llegar a los niveles de calidad de Antonio, también canta. Sin embargo, la hija de Pepe Román, Laura Román, ha hecho aparición recientemente en los escenarios flamencos como una joven promesa. Lo mismo se espera



FOTO 46.—Antonio Román.

de su hermano menor José Carlos que igual se agarra a la guitarra que a los cantes por malagueñas.

Seguimos enumerando nombres de cantadores aficionados que han surgido en torno a la actividad flamenca del barrio desde que murió el Niño de las Moras. Podemos mencionar a otros como Belmonte, Niño del Aguaero, Chile y dos cantantes de canción española o de copla: una joven promesa, Macarena, y un espléndido cantante, que por desgracia no tuvo la suerte de encontrar quien lo promoció, se trata de Curro Román. Curro, canta una milonga en recuerdo al Niño de las Moras. Esta milonga, aparece en la

cinta que acompaña a este libro pero en esta ocasión cantada por Antonio Román, la letra es la siguiente:

*Era un viejecito muy viejo,
que los años se lo llevó.
Yo le dedico este cante
con todo mi corazón,
porque era un embrujo del cante,
de lo bueno lo mejor.*

*Con un canastillo al brazo
desde El Palo a la farola
iba lanzando pregones:
"Mauras llevo las moras
salid niñas a los balcones".
Era un hombre muy cabal,
¡qué corazón más sencillo!
Y era igual que un fandanguillo
cuando se ponía a cantar
al son de yunque y martillo.*

*Cuando se ponía a cantar
nos admiraba su garganta.
Sonaba a bronce y metal
y con sol de soleá, malagueñas y tarantas.
Málaga a ti te recuerda
cuando te escucha cantar.
Ponía el alma y voluntad (bis)
¡y era el Niño de las Moras!*

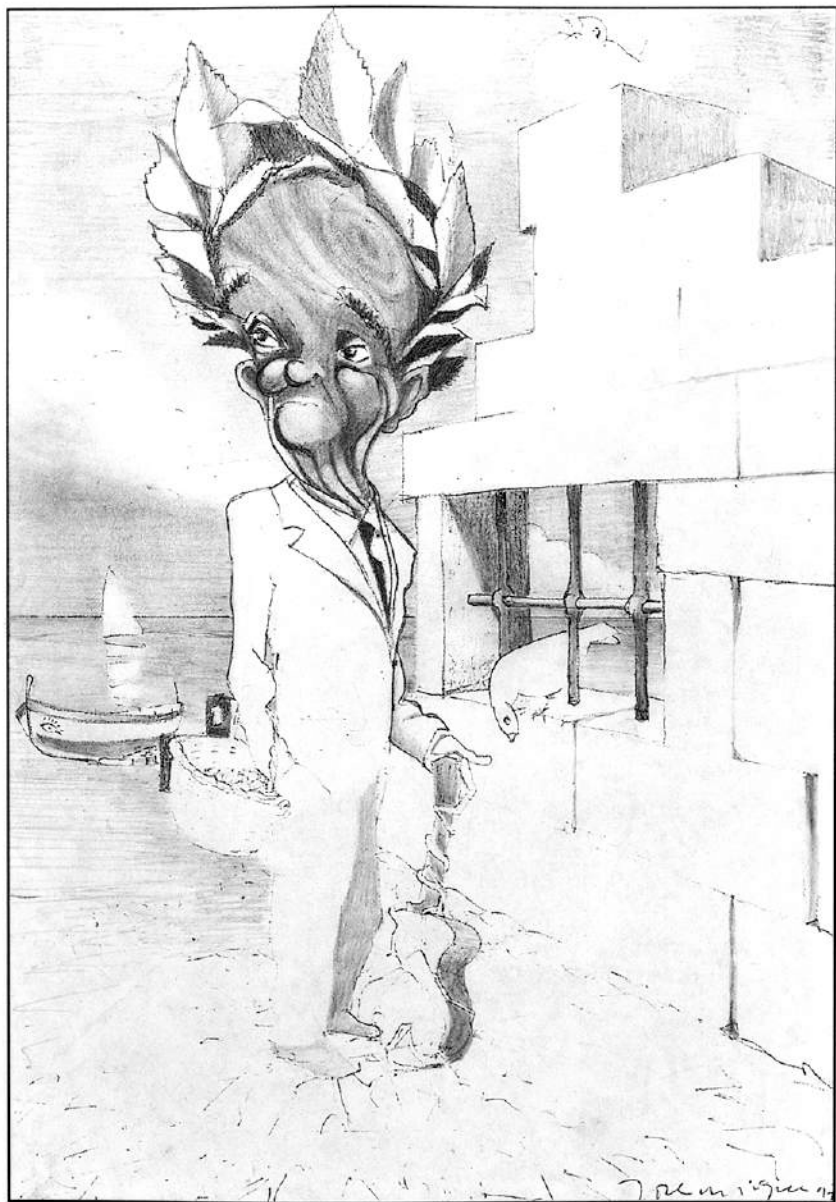


FOTO 47.—Caricatura del Niño de las Moras.
(Autor: José Enrique Martínez de la Ossa.)

¿QUÉ NOS DEJÓ EL NIÑO DE LAS MORAS?

Vamos a destacar dos aspectos:

1.—**Su humanidad y sencillez.**

2.—**Su aportación al cante**

1.—**Su sencillez y humanidad.** Con respecto a este punto poco más podemos decir. Creemos que a través del relato que hemos hecho de su azarosa vida, ha quedado demostrado con suficiente claridad la integridad moral y valores personales de Juan.

Hoy, es difícil encontrarse ya con personas que hagan lo que él hacía, que sabiendo tanto de cante, no se vanaglorien de ello; que sabiendo cantar como cantaba no capitalicen las reuniones de aficionados; que se dediquen antes a su familia que a la fama y al dinero; que después de tratarse con los más grandes del cante, compartan reunión y amistad con los vecinos y

vecinas de toda la vida: los marengos; que se quiten de en medio cuando la reunión sube de tono. En definitiva, Juan fue un hombre sencillo, humilde y digno. Como Antonio Machado hubiera dicho, “un hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno”.

Cuando comenzamos la aventura de recobrar la memoria sobre este personaje ya sentíamos admiración por él, pero dentro de nosotros existía el miedo a estar equivocados y conocer sólo el aspecto familiar de Juan. Ahora, tres años después, podemos tener la certeza de esa bondad de Juan. Hemos entrevistado a decenas de personas que le conocieron en diferentes ambientes y circunstancias y todas han coincidido en las mismas descripciones de su personalidad, en las mismas adjetivaciones. La imagen que de él tenían todos era la misma, desde los marengos, pasando por vecinos y vecinas, cantaores, guitarristas, familiares, aficionados del barrio y de otros lugares distantes; todos coincidían en esos valores de humanidad y sencillez. Podíamos haber eludido esta faceta de su biografía pues el legado que supone su aportación al cante, ya de por sí es más que suficiente para justificar la edición de este libro. Pero nos parece conveniente e importante destacar estos valores tan escasos hoy en nuestra sociedad.

2.—Su aportación al cante. A Juan se le podían escuchar muchos cantes. Algunos de ellos eran: granaínas, soleares, tarantas, cartageneras, martinetes, saetas, bandolás, jabegotes, jaberás, fandangos, pregones y un gran número de malagueñas. De ellos sólo nos vamos a detener en algunos porque ofrecen especial interés. Los estudiaremos en los siguientes bloques:

- a) *Jabegotes.*
- b) *Pregones.*
- c) *Malagueña de Baldomero Pacheco.*

Pero antes de pasar a ello, reproduciremos la letra de un verdial que Juan solía hacer entre amigos, imitando con la boca y el movimiento de las manos el sonido de los crótalos:

*Yo no quiero ser de Olías,
que se pasa mucha hambre.
Yo quiero ser de Antequera,
donde están los panes grandes,
y las morcillas enteras.*

Jabegotes

Juan ha sido calificado por todos los que de él han hablado o escrito como *el mayor representante de los cantes marengos*. Quienes a él se han referido y las diferentes enciclopedias y publicaciones en las que aparece una reseña sobre él, así lo presentan. Nosotros nos vamos a atrever a decir algo más arriesgado, pero que planteamos como un tema abierto para el debate, abierto a futuras investigaciones que puedan rebatir o consolidar lo que ahora plantearemos.

— De todos es conocido que los cantes de jabegotes son un estilo de bandolás de las más antiguas. Así lo expresa Luque Navajas en su libro *Málaga en el cante*:

«...Es probablemente la bandolá más antigua que conocemos. Propia de las playas cercanas a la capital, debe su nombre a que la cantaban los pescadores en sus faenas. Pero según qué faenas, pues nunca lo hacían mientras remaban o tiraban del copo, sino en las más tranquilas de repasar las redes sentados en la arena bajo el ojo avizor de su jábega varada.» (Luque Navajas, 1988, p. 49.)



FOTO 48.—Cenachero.

— Francisco Bejarano concreta más sobre su antigüedad en otra publicación titulada *Del cante y la malagueña*. Textualmente dice:

«Hubo un cante de jabegotes y gente de la playa, con su centro quizás en nuestra ciudad, al que a finales del siglo anterior, se le podría calcular unos cincuenta o sesenta años de existencia, y que quedó recogido en el cante “abandolao” por “malagueñas” de La Chilanga... De estos cantes no pudo ofrecerse disco en cinta grabada, pero la escuchamos al ya nombrado Padilla, cuyo nombre como “cantaor” fue el de “Juan Breva Chico”, pudiendo apreciar sus similitudes con la “malagueña”.» (Bejarano, 1966, página 27.)

— El Niño de las Moras cantaba por Jabegotes aunque no los hacía demasiado. Su nieto asegura habérselo oído en casa y en el merendero de Cazorla. Así pues, los hacía aunque prefería cantar bandolás, incluyendo en alguna de ellas una letra de jabegotes. Aquí va una:

*Por ti atravesé la mar
con un temporal muy grande...*

— También Alfredo Arrebola oyó al Niño de las Moras cantar por jabegotes. En unos fascículos publicados por el diario “Sol del Mediterráneo” y titulados *Los cantes de Málaga*, dice Arrebola:

«Lo escuché por primera vez en las playas del Palo, entre los “hombres de la mar” y el cantaor “Niño de las Moras”.» (Arrebola, Coleccionable n.º 2 del “Sol del Mediterráneo”, p. 19.)

— Otra persona de reconocida experiencia en esto del cante también nos deja claro que cantaba jabegotes. Se trata de Fernando Durán Bonilla, quien dice en uno de sus trabajos:

«El “Niño de las Moras” fue un gran conservador de los cantes antiguos de Málaga: fandangos, jabegotes, jaberías, etc., y sirvió de enseñante viviente a muchos cantaores posteriores. Así “Cándido de Málaga” tiene registrado un cante por jabegotes, de una dulzura y de una belleza exquisita:

*Se me mojaron las velas
estando la mar en calma.
Se me mojaron las velas.
Y fue de las puras lágrimas
de estar llorando por ella.»*

(Durán Bonilla, 1991, p. 762,
Revista “Candil”.)

— Juan era el único cantaores con su edad que se crió entre marengos (acordémonos que a los ocho años ya cantaba entre las barcas y pescadores).

— Aunque hoy cantan jabegotes muchos cantaores, de los más mayores sólo los han grabado Antonio de Canillas y Cándido de Málaga. Estos dos son mucho más jóvenes que El Niño de las Moras. También los cantaba El Breva Chico, aunque no los grabó y éste es de la edad de Juan.

— Luque Navajas, en una conferencia sobre los cantes de Málaga pronunciada el día 15 de febrero del 94 en el Club Mediterráneo, expuso, que los jabegotes nacen en El Palo y Pedregalejo.

—También dice Luque Navajas que los hacían Joaquina Payán, La Brígida y María la Chilanga. Esto mismo lo dice Arrebola:

«Es tradición oral que el jabegote nos ha llegado a través de las cantaoras malagueñas Joaquina Payán, La Brígida y María Chilanga.» (Arrebola, coleccionable n.º 2 del "Sol del Mediterráneo", p. 19.)

— Sin embargo, Luque Navajas matiza en otro lugar de su libro:

«Adjudicada a Concha la Peñaranda, nos ha llegado un cante que ni es malagueña ni es de ella; se trata de una versión relentizada de la bandolá de los jabegotes recogida de las cantaoras Joaquina Payán y María la Chilanga.» (Luque Navajas, 1988, p. 79.)

— Por otro lado, encontramos que Luque Navajas dice que la letra de jabegotes que a continuación reproducimos solía cantarla La Brígida:

*Se me redoblan las penas
como las olas del mar,
pero en llegando a tu casa
"toas" se me vuelven "pa'trás"
lo mismo que la resaca.*

Ante estas reseñas nos pusimos en contacto con sus autores para tratar de extender (si era posible) estas informaciones.

En contacto con José Luque Navajas, éste nos aseguró que las informaciones que daban por intérpretes de jabegotes a María la Chilanga, la Brígida, Luisa la Chirrina y Joaquina Payán proceden de los testimonios de Adolfo el “Cuchillero” que las había oído. Por otro lado, nos explicó que él personalmente los había oído en la calle Brasil de Pedregalejo en la voz de marengos viejos. También los solían interpretar muy bien dos camareros viejos, hermanos, que trabajaban en bares flamencos de Málaga donde oían estos cantes, que ellos nombraban “de los marengos”. Estos dos hermanos, se llamaban José y Antonio García Moreno y eran apodados “Escobonero”.

Antonio el “Escobonero”, coetáneo del Niño de las Moras, tenía buen oído, cantaba muy bien y conocía los cantes gracias a la experiencia que le daba los lugares donde trabajaba. Solía cantar por jabegotes la siguiente letra:

*Ni quien se acuerde de mí,
yo no tengo quién me quiera
ni quien se acuerde de mí.
El que “desgraciao” nace,
mejor debiera morir.*

El “Escobonero” vivió en la zona centro, trabajaba en un café llamado “El Cafetal”. A veces, le acompañaba a la guitarra el padre de Ángel de Álora: un italiano llamado Fabio Luilli.

Luque, nos proporciona una nueva posible fuente de procedencia de los jabegotes, se trata de un tal Manuel Narváez Rico, afincado en Torrox y que solía

hacer los jabegotes. Manuel decía que eran cantes de María Tacón, este Manuel lo cantaba un poco lento y equivocadamente asociaba este cante con la jabera.

Así pues, tenemos, por un lado el Niño de las Moras que según nos confirmó también Luque Navajas, cuando Juan cantaba Jabegotes le llamaba "cante de los marengos". A Juan le atribuimos la fuente paleña.

Por otro lado la fuente de Pedregalejo está representada por los hermanos "Escoboneros" y marengos viejos.

Y una tercera fuente en Torrox representada por Manuel Narváez.

Por último las aportaciones de Adolfo el "cuchillero" no las podemos fijar en una zona geográfica concreta.

También tuvimos la oportunidad de hablar de este tema con Alfredo Arrebola, quien nos dijo que oyó cantar por jabegotes al Niño de las Moras en muchas ocasiones, pues, se conocían desde el año 58. Más tarde, su amistad creció a raíz de un encuentro que tuvieron en las playas de El Palo. Es a raíz de este encuentro que hablan de este cante y Juan le cuenta a Alfredo que también solían cantarlo los cenacheros.

Después de todos estos datos: podemos dar por válido que el jabegote es de las bandolás más antiguas. También que ha llegado a nosotros a través de las fuentes que hemos mencionado antes. Pero de todos ellos nadie lo grabó, ni siquiera El Niño de las Moras, que la aprendió de los marengos.

Si damos por cierto que es un cante de gente de la mar y tenemos en cuenta las fuentes mencionadas, podemos situar su origen geográfico en las playas de El Palo y Pedregalejo que es de donde proceden las versiones de mayor raigambre. Esto nos lleva a inferir que El Niño de las Moras ha podido aprenderla de los marengos, tal como se ha venido haciendo a lo largo de los años. Así pues, cabe la posibilidad que él la haya salvado del olvido, la haya extendido y protegido. De los que la grabaron por primera vez, (Cándido) escogió la versión que el Niño de las Moras hacía, por ser único cantaor marengo, con experiencia en la mar y en el cante desde los ocho años (1897).

De Canillas sabemos que cuando vivía en Vélez se desplazaba hasta El Palo para encontrarse con el Niño de las Moras y aprender de él sus cantes. Canillas, según nos contó, le conoció en el año 51 ó 52 a través de su amigo Paco Plaza en el Mercado Central, y de Juan aprendió los cantes de Juan Breva y algunos estilos de malagueñas.

De Cándido podemos deducir de lo que nos cuenta Fernando Durán que la aprendió del Niño de las Moras. A él acudimos y también nos confirmó que fue de Juan de quien aprendió los jabegotes. Ya antes de la existencia de la peña de Juan Breva se conocían, pues, habían actuado juntos en reuniones de aficionados. Cándido le visitaba en El Palo para aprender sus cantes y lo encontraba casi siempre en la playa con sus amigos viejos. Cuando Juan se dirigía a Cándido le llamaba "Tito".



FOTO 49.—Cándido de Málaga.

Concluyendo: el Niño de las Moras no pudo crear los jabegotes, porque estos son más antiguos, pero que este cante se conozca hoy y esté grabado podemos decir, sin temor a equivocarnos, que se debe en gran parte a la labor de conservador de los cantes antiguos y en especial los estilos marengos que realizó Juan.



FOTO 50.—Antonio de Canillas.

Pregones

Málaga siempre ha sido una excelente pregonera, siempre se las arregló para vender todo tipo de artículos, de ello pueden dar fe todos los pueblos que por estas costas se acercaron para intercambiar sus mercancías con los malagueños. Fenicios, griegos, romanos, cartagineses, árabes y castellanos; todos han tenido la posibilidad de conocer el arte de vender. No podemos saber (ni nos atrevemos a decir) si cuando los fenicios nos visitan se encuentran con habitantes tartésicos pregonando sus joyas de metales preciosos; si los malagueños de la época romana pregonaban el *garum*; o si existía el “aguaó” pregonando con su botijo en los siglos de la Málaga árabe. Lo que sí es cierto es que Málaga lo ha pregonado todo. Es y ha sido en esto de la venta muy extrovertida; simple y llanamente abierta y sin complejos; muy comunicativa, incluso para colocarte un producto. De esta tradición viene la gran variedad de pregoneros que paseaban por sus calles sus mercancías: el platero, el “aguaó”, el colchonero, el de los “caramelos toreros”, el biznaguero, madroñero, cenachero, afilaor, castañeras, hojalatero, sillero, etc. Si alguien quería vender algo se las tenía que arreglar para pregonarlo, esa era la campaña de publicidad malagueña: el pregón.

Así fue como surgió el mayor de nuestros pregoneros: Niño de las Moras. Cada día salía nuestro pregonero sosteniendo en el brazo el canasto de caña con su lecho de hojas de morera; las moras brillantes y pulcramente colocadas en el canasto; en el borde del mismo y pinchadas en él las hojas de morera que

usará para colocar en ellas las moras y, como era normal, las manos y ropas siempre manchadas de ese color tan escandalosamente llamativo. Esta descripción puede parecer romántica, pero coger las moras del árbol y patearse toda Málaga de esta guisa tenía para ellos más sentido como acto de supervivencia que como actividad estética o mantenimiento del tipismo.

Juan también se planteó como acto de supervivencia la creación del pregón que tan famoso le hizo. Pero, además de vendedor de moras, era un cantaor, y hoy podemos decir que era un cantaor con un gran potencial de creación. De ahí que el pregón que creó tuviera un valor que no se le atribuía a otros pregones. Su pregón no es un simple grito con mayor o menor musicalidad, su pregón tiene una estructura muy parecida a la de la soleá. Es casi un estilo de cante, por eso llama tanto la atención. Nosotros estamos seguros que si a Juan se le hubiera ocurrido crear nuevas letras y cantarlas con la música de su pregón, estaría hoy considerado creador de un nuevo estilo de soleá.

El pregón es muy apreciado entre los estudiosos del folklore y la cultura popular, pero tanto como por éstos lo es también por cantaores y aficionados flamencos. El pregón de Juan no provocaba sólo admiración complaciente, más bien arrancaba ¡olés! flamencos, como cuando un cantaor hace un cante por derecho.

Y no es un cante o pregón cualquiera, su realización tiene verdadera dificultad. Aún recordamos una conversación con Juan Casillas, cantaor mala-

gueño, gran admirador de los cantes del Niño de las Moras. Juan Casillas fue hasta su prematura muerte el cantaor malagueño con mayor futuro dentro del cante. Éste nos contaba que quería integrar en sus actuaciones el pregón del Niño de las Moras, pero que llevaba mucho tiempo ensayando el final y no le convenía como le salía.

Juan Casillas era un gran estudioso de los cantaores antiguos y muy sistemático a la hora de aprender e interpretar los cantes. Tenía una voz muy personal que usaba con gran fuerza. Pues bien, con todos esos argumentos a su favor no podía con el pregón. Desgraciadamente no pudimos verle interpretarlo nunca, el destino o quien quiera que tenga la culpa, nos arrebató a este gran cantaor y mejor persona.

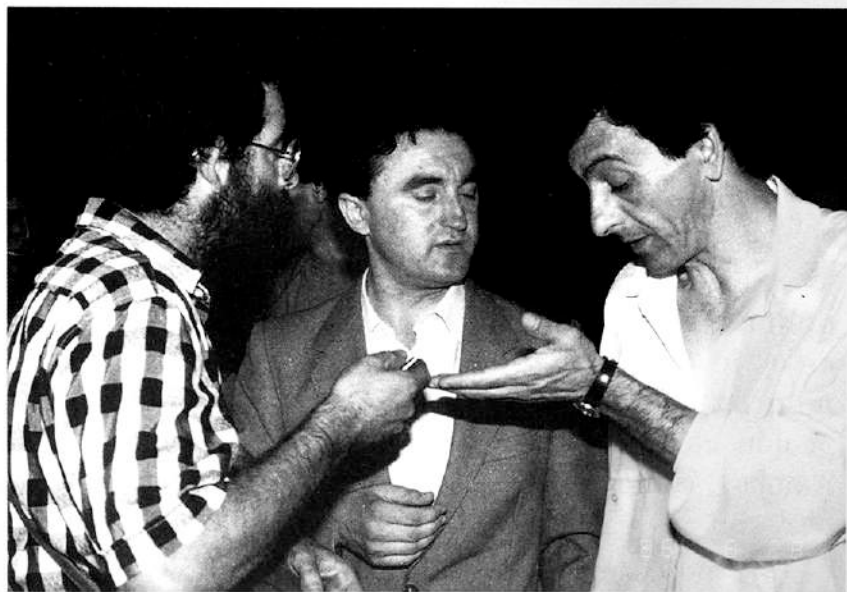


FOTO 51.—Juan Casillas (en el centro) con Paco Leal y Miguel López (izquierda).

Sirva esta anécdota para ilustrar la valoración que del pregón se tiene, o al menos tienen quienes le han prestado un poco de atención.

El pregón del Niño de las Moras ha gozado de todos los mimos; ha sido grabado en disco, interpretado por radio, en tertulias flamencas y puesto como ejemplo en infinidad de ocasiones y publicaciones. Posiblemente, si Juan no hubiera creado este pregón, la nómina de cantaores malagueños no contaría con uno de los más interesantes de esta época. A pesar de sus cualidades como cantaor habría pasado desapercibido entre la tralla y la venta de moras, cantando sólo entre amigos y familiares.

Como decíamos, Juan, tuvo que crear el pregón para poder subsistir, le sirvió de inspiración una escena, que ya describimos al principio, de un padre y su hijo en la que éstos pregonaban sus verduras y Juan, además de contarnos la historia, interpreta el pregón que hacían. Posiblemente se trate de una reconstrucción puesto que este pregón del Zarapico guarda mucho parecido con el suyo de las moras.

Así pues, tenemos que Juan hace el pregón del Zarapico y su pregón asoleao de las moras. Pero esto no queda ahí, Juan crea un segundo pregón por martinetes; posiblemente se dio cuenta que los sones flamencos que introdujo en el primero eran el origen de su éxito y decidió dar mayor pureza y "jondura" al pregón. Y que mayor "jondura" que el martinete.

Este último no aporta mucho de novedoso pues es un martinete muy bien interpretado por él, pero no aporta nada nuevo al cante. Lo que sí es significativo es que se llegue a pregonar algo por martinetes. Como

todos sabemos el martinete es un palo agrio, duro, difícil de digerir para los que no son aficionados al flamenco. Después de esto, que Juan pregonara por martinetes sólo tiene sentido desde dos argumentos: o Juan lo interpretaba maravillosamente agradando incluso a quienes no eran entendidos, o la afición por el flamenco entonces era muy superior a la actual. Sea lo que sea, lo cierto es que resulta atípico encontrar un pregón interpretado mediante un cante tan serio.

El Niño de las Moras destaca dentro del espectro de pregoneros de la época porque sus pregones eran el indicio, el entremés, del potencial flamenco que se intuía dentro de esa voz, y así, como ya hemos dicho: son sus pregones los que propician que se descubra a este cantaor.

Damos un salto en el tiempo y nos situamos en nuestros días. Ya quedan pocos pregoneros y resulta paradójico que en la era del marketing, de las campañas de publicidad asesoradas por equipos de psicólogos, sociólogos, modistos y una larga lista de especialistas, sigan existiendo los pregoneros populares. Y decimos populares porque las empresas de publicidad son otro tipo de pregoneros.

Hoy se gasta más dinero y esfuerzo en la publicidad misma que en el producto que se vende. Antes el producto lo era todo, el pregón te advertía de lo que se vendía. Hoy las grandes empresas te venden el "pregón". Envuelven el producto en materiales que resulten "llamativos" y lo vocean en la radio, en la tele, y en el resto de los medios de comunicación. Hoy

vale más el “pregón” que la mercancía y es más importante el pregonero que el trabajador que fabrica o trabaja el producto. Así están las cosas y a pesar de todo, siguen viéndose por nuestras calles pregoneros de “chumbos gordos y reondos”, “biznaga d’oló”, “arvillanas”, “cuatropaquetes veinte duros”, etc.

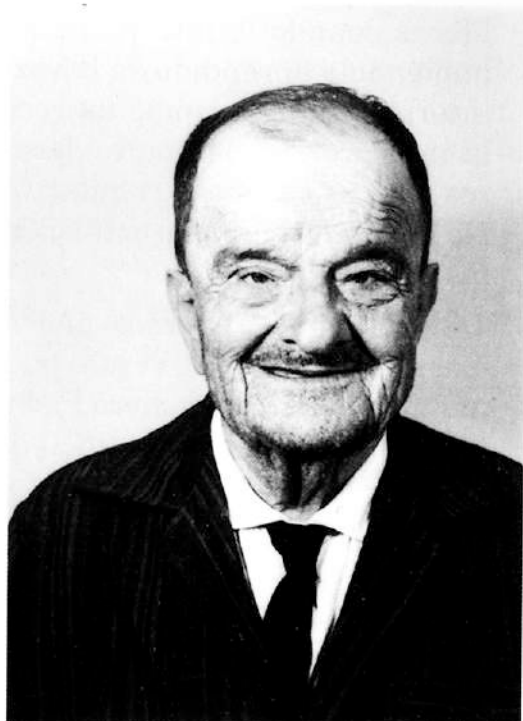


FOTO 52.—Juan en sus últimos años.

Malagueña de Baldomero Pacheco

Si el pregón fue su gran creación, el cante que más lo identificó fue la malagueña de Baldomero Pacheco. Tanto se relacionaba a esta malagueña con él que se llegó a decir por algunos aficionados que era la malagueña del Niño de las Moras.

Esta malagueña llegó a ser muy bien interpretada por la Rubia de Málaga y por El Pena padre, cantor de quien la aprendió el Niño de las Moras. Ya hemos dicho anteriormente que el propio Niño de las

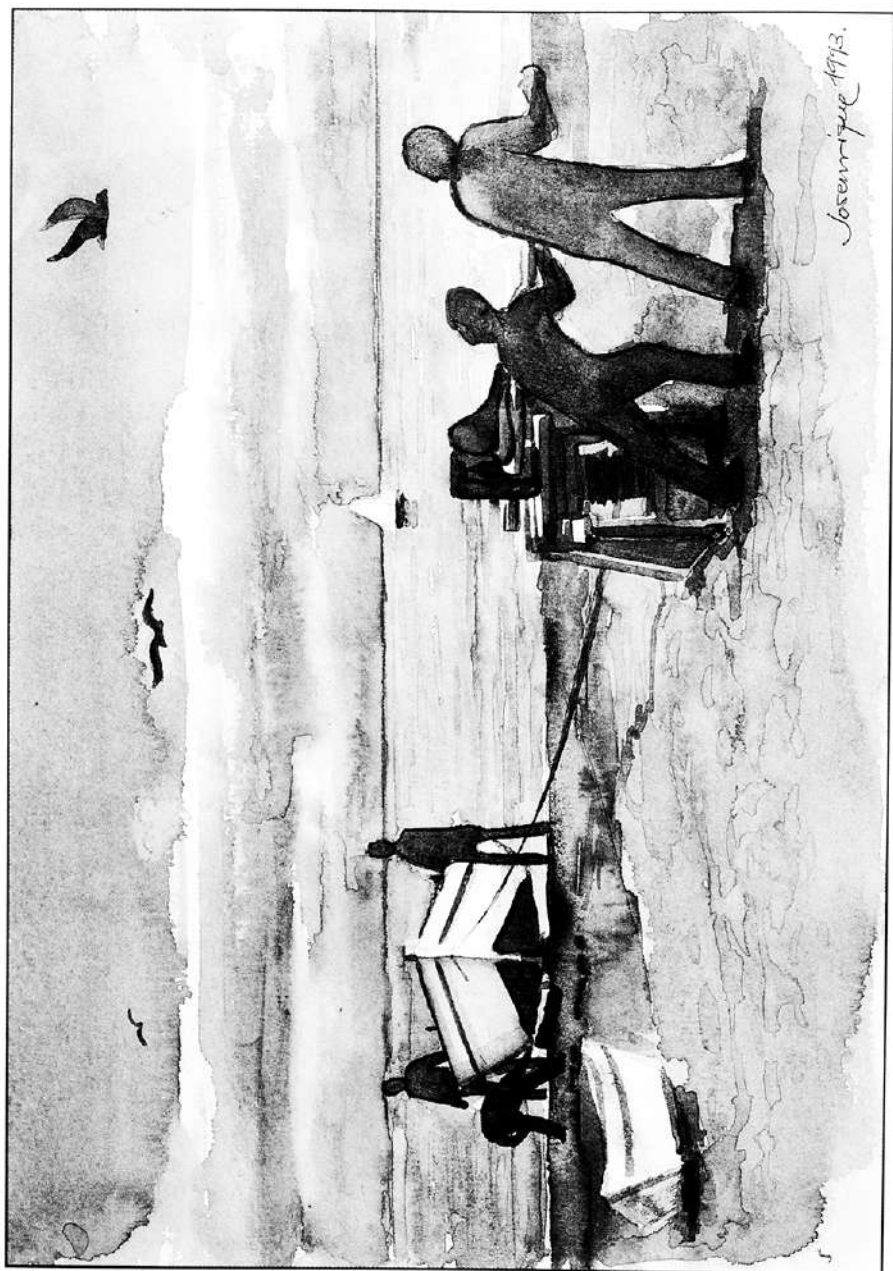
Moras cuando la interpretaba decía “del Pena”, pero habiéndola aprendido de la voz del Pena, Juan, con su interpretación, además de recuperarla porque nadie la interpretaba, la engrandece. Juan la dota de valores nuevos con su particular voz entre dulce y añeja. No hay una reunión o actuación donde no le pidan esa malagueña.

Antes relatábamos una anécdota en la que se cuenta cómo él y El Perote hacen respectivamente la malagueña de Baldomero Pacheco y la de la Trini, de tal manera que parece difícil que puedan ser superados en esos cantes.

En una ocasión, según nos cuenta Pepe Hidalgo, se encontraban en el bar Central reunidos, entre otros, Antonio Mata y Fosforito. Antonio Mata preguntó a Fosforito si había oído la malagueña del Niño de las Moras. Fosforito, al pronto, dijo que no. Pero siguiendo la tertulia se descubrió que la malagueña a la que se refería Antonio Mata era la de Baldomero Pacheco. Y no era él el único que conocía esta malagueña como la del Niño de las Moras.



Dibujo realizado por el pintor López Muñoz en 1960. Se realizó en las clases de colorido y composición, mientras el Niño de las Moras posaba en dicha clase. Estas clases se impartían en Educación y Descanso (obra sindical).



"El Torno". Autor: José Enrique Martínez de la Ossa.

A N E X O

POESÍA

Marengo de nacimiento,
allí nació junto al mar,
día que cantaron los vientos
la alegría de su cantar.

Día que fue de grandeza,
pues, quedó en la playa bordada,
como un cante a la belleza
con la espuma rizada.

Sujetado por la tralla,
con la fuerza de sus venas
canturreaba en la playa,
grababa cante en la arena.

Tradición que fue alegría
movida como una palma,
los cantes de Andalucía
le salían de su alma.

Nadie podía creer
en los tiempos que vivió,
que ni a escribir ni a leer
a él nadie le enseñó.

Grandeza de poderío
que con el tiempo alcanzastes,
al calor de tu albedrío
que con el cante lograstes.

Unos morales alquiló
y con moras, mauras las moras,
cual si fuera una canción
las pregonó a todas horas.

Entre fandango y tarantas
desde el Limonar a los Baños,
en ventas y tabernas tantas
fueron creciendo sus años.

En la venta Parisina
lanzando su voz al viento,
de la noche a la mañana
con los polos, cañas y tientos.

Cantes, bailes y "rajeaos"
de guitarras en el Morlaco,
como si fuera un tablao
venta de solera y rango.

En la Caleta un tocaor
en la venta Joselito,
que al cante lo acompañó
el famoso Realito.

Cerca una taberna había
con cante en cada momento,
con su pura melodía
para que escuchara el viento.

El Niño de las Moras y varios
que pronto hacían reunión,
malagueñas de Chacón
de la Trini y el Canario.

Se tocaba el sombreroito
porque le salía mejor
y decía: “comparito,
échale carbón de cok”.

Lo digo porque lo siento,
las moras las pregonaba
el mejor de los flamencos,
que pregonaba y cantaba.

Cuando yo era mayorcillo
malagueñas le escuché,
en la venta Los Platicos
se las cantó a un buen calé.

Soleares con las cañas y los tientos
todo aquel que el cante adora,
por mucho que corra el tiempo
no olvida al Niño de las Moras.

Igual que en el pensamiento
El Palo le rinde honores,
con amor y sentimiento
al mejor de los mejores.

Moras, mauras las moras,
aún recuerdo ese pregón
guardado en el corazón
porque el pregón me enamora.

EUGENIO CASTILLO CAÑETE
Enero-94.

JABEGOTES

El cante de los marengos
que cantó Niño de las Moras,
el cante de los marengos
es el más dulce y más tierno
que jamás meció las olas.

De los marengos y de Juan,
parido en el “sotarraje”.
de los marengos y de Juan,
queriendo mirar el “ardá”,
sentado en el rebalaje.

Primera salió mi carta,
primero me tocó “calá”,
primero en “largar la beta”,
primeros fuimos en “pateá”
los boquerones de plata.

El temporal me la partió
la jábega por la mitad,
y fue pensando en tus ojos,
que por fin me pude salvar
y braceando como un loco.

Ya duerme “vará” mi barca,
ya no hay “amocael” ni “proel”,
ya duerme “vará” mi barca,
de tanto pescar “macuco”
ya no hay “pescao” que coger.

MIGUEL LÓPEZ CASTRO

Vocabulario Básico para los jabegotes

Sotarraje: Tareas de reparación y preparación de las artes de pesca. Cosido de redes.

Ardá: Cuando un banco de sardinas se desplaza en la superficie del agua a la luz de la luna, y hace reverberar el agua, se dice que son sardinas del ardá.

Rebalaje: Lugar de la orilla donde “mueren” las olas y sus aguas retroceden hacia el mar.

Salió mi carta: Antiguamente eran tantas las barcas en la zona de El Palo (Málaga), que era costumbre sortear el orden de salida de las barcas para pescar con una baraja de cartas. Cada jábega tenía adjudicada una carta.

Calar: Echar las redes.

Largar la beta: Soltar despacio las betas o cuerdas que tiene el copo.

Patear: Cuando el copo llega a la orilla, se suele subastar el pescado sin ser sacado de las redes. El acto de la subasta por parte de un marengo, que se mete descalzo en el copo, es a lo que se le llama patear.

Amocael: Es el marengo encargado de poner sebo a los parales.

Proel: Es el marengo que ocupa el único puesto de remero, que hay en la banda de babor o cogulla en la jábega.

Macuco: Son inmaduros de diferentes tipos de pescado entre ellos bogas, besugos, etc.

Varar: Es la actividad de sacar la jábega del mar y dejarla varada o aparcada en la playa.

ABANDOLÁ

Cuando el Niño de las Moras
cantaba por malagueñas,
de puro gusto vibraban
las raíces de la tierra
y volvía locas las olas.

MIGUEL LÓPEZ CASTRO

EN SUS LABIOS EL CORAZÓN

Al Niño de las Moras

En sus labios el corazón,
su voz potente y sonora
y en sus labios el corazón,
Málaga entera lo añora
y recuerda su pregón
pregón de "NIÑO LAS MORAS".

ANTONIO BELTRÁN LUCENA

BIBLIOGRAFÍA

- LUQUE NAVAJAS, José (1988): *Málaga en el cante*. Málaga, Ed. La Farola.
- MATA GÓMEZ, Antonio (1976): *La verdad del cante*. Madrid, Ed. Centro de promoción reprográfica.
- BALLESTEROS MORENO, Juan (1984): *Añoranzas Malagueñas: Pregones y cantares*. Málaga, Ed. Imprenta Montes.
- GARCÍA HERRERA, Gustavo (1967): *Cosas de Málaga. Pregones y Cantares*. Málaga, Excma. Diputación de Málaga. Publicaciones del Instituto de Cultura.
- ROJO GUERRERO, Gonzalo (1992): *Juan Breva: Vida y obra*. Málaga, Imprime Gráficas San Pancraccio S.L.
- SESMERO, Julián (1988): *Hechos, gentes y curiosidades de Málaga*. Málaga, Ed. Bobastro.
- BEJARANO, Francisco (1966): *Del Cante y de la Malagueña*. Málaga. Imprime Dardo.
- DURÁN BONILLA, Fernando (1991): *De pregones y fandangos malagueños*, en Candil. Jaén, 76, pp. 759-763.
- DURÁN BONILLA, Fernando (1991): *Alegría de la huerta*, en Candil. Jaén. 76, pp. 779-785.

- ARREBOLA Alfredo, coleccionable n.º 2 del diario "Sol del Mediterráneo".
- RUANO, Joaquín y BARBERA, José A. (1995): *El Valle de las Viñas de Miraflores de El Palo*. Málaga, Ed. Excma. Diputación Provincial de Málaga.
- REVISTAS "EL COPO". (1983, 1984, 1986) Números consultados: 29, 30, 31, 32, 33, 35, 36, 37, 40, 61, 62, 68. Málaga, Ed. Asociación de Vecinos de El Palo.
- CAMIÑAS, J. y otros. (1989): *Terminología usada en las pesquerías artesanales del litoral mediterráneo andaluz*, en Jábega. Málaga. 61, pp. 70-80.
- NADAL, Antonio. *Ejecuciones en Málaga (1937-1940)*, en Jábega. Málaga. 23, pp. 51-64
- NADAL, Antonio. (1984): *Guerra Civil en Málaga*. Málaga. Arguval.

FOTOGRAFÍAS

PÁGINA

1.—Reverso del D.N.I.	17
2.—Las Cuevas	18
3.—Anverso del D.N.I.	19
4.—Frasquito el “Zurrala”, hermano de Juan	21
5.—Entre el colegio de San Estanislao y las casas de la playa todo eran huertas	24
6.—Las Cuatro Esquinas con la Fuente de la Olla	25
7.—Primera línea de casas en las playas de El Palo	27
8.—Matías Rodríguez, patrón de La Jopo	36
9.—Miguel “El de las sardinas” en su merendero	38
10.—Vista de las playas desde Casa Pedro, al fondo el meren- dero del “Traganúos”	41
11.—Marengos “Pateando”	43
12.—Varando la barca, en la proa, un marengo se ayuda de la palanca	44
13.—Marengos en el “enjuague”	46
14.—En La Campana con algunos amigos, tras la barra Carlos y a su izquierda Rafael “El maestro barbero”	47
15.—Juan Morales “El Canillo” pregonando moras. (Dibujo.) ...	50
16.—Niño de las Moras en la playa	60
17.—El Niño de las Moras (sentado), en sus años de éxito ...	61
18.—Su mujer, Dolores	62
19.—Juan (a la derecha), en sus mejores tiempos	64
20.—Carnet de identidad	66
21.—El “Traganúo” comiendo en su merendero	69

22.—"El Chicuelo", ataviado para una de sus comparsas	73
23.—Jábega Ana María, de Luis "El Nueve Doble", que aparece con sombrero. Junto a él, está su hermano	95
24.—Bar Rancho Grande, actualmente es el Bar Miraflores . . .	102
25.—Su hija Antonia	103
26.—Con "Breva Chico" y otros amigos	105
27.—Manolo Blanco "Carbonero de Fuengirola"	108
28.—El Niño de las Moras con sus amigos los marengos	109
29.—Emilio Román	112
30.—Primera fila de izquierda a derecha: Agustín Núñez, Antonio de Canillas, Pepe de la Isla, Manuel Ávila y el Niño de las Moras	113
31.—De izquierda a derecha: Eugenio Chicano, Niño de las Moras, La Paula, Antonio Vargas y Luis Torres	115
32.—Niño de las Moras	117
33.—Carnet de socio de la Peña de Juan Breva	123
34.—En una actuación	125
35.—El Niño de las Moras actuando	128
36.—Actuando en la caseta de El Palustre en la feria de Málaga	131
37.—Niño de las Moras pregonando	133
38.—Recibiendo un premio	139
39.—El Palo comienza su desarrollo urbanístico	141
40.—Certificación de defunción	146
41.—Octavilla de suscripción popular para hacer el monumento	148
42.—Caricatura realizada por Chicano	149
43.—Portada de la revista El Copo	151
44.—Portada de la revista El Copo	152
45.—Los autores de este libro con el cantaor Enrique Castillo y el guitarrista Pepe Sánchez, junto al busto de Juan	154
46.—Antonio Román	155
47.—Caricatura del Niño de las Moras	157
48.—Cenachero	162
49.—Cándido de Málaga	169
50.—Antonio de Canillas	169
51.—Juan Casillas (en el centro), con Paco Leal y Miguel López (a la izquierda)	172
52.—Juan en sus últimos años	175

Colabora: **AVV El Palo.**

AYUNTAMIENTO  DE MÁLAGA
ÁREA DE CULTURA



Jose Enrique